

Revista bimestral

Año IV – Núm. 8

Marzo – abril de 2007

Director: Javier Ruiz Portella

Consejo de Redacción:

José Javier Esparza, Jerónimo Molina,
Abel Posse, Fernando Sánchez Dragó,
Pascual Tamburri, Leddys Valdés-Romero

Edita: Manifiesto contra la muerte del espíritu
Asociación registrada en el Ministerio del Interior
con el nº: 171.333 de la sección 1ª.
C/ Bravo Murillo, 79, 3º B, escalera A
28003 Madrid. Tel.: 902 151 842

Correo electrónico: manifiesto@manifiesto.org

Depósito Legal: B-42991-2004

ISSN: 1698-4676

Comercializa: Áltera

Distribuye: Gelesa

www.manifiesto.org

ILUSTRACIONES

Salvo si se menciona el autor, todas las
ilustraciones del presente número son publicadas
bajo el sello: © colección particular / derechos
reservados. Ad Litteram : 55 ; col. Ad Litteram :
35, 46a ; Ad Litteram/SM : 3, 11, 14, 17, 18, 18-19,
29, 37b ; Francisco Javier Redondo Jordán, 1, 40.

Diseño gráfico: synonymes@orange.fr



Tema central

Javier Ruiz Portella

*Carne enamorada.
De su repudiación
a su banalización* 2

José Javier Esparza

*La próxima revolución
sexual. Hay doctrinas
de libertad que
desarrollan grilletes* 10

Robert de Herte

*Ese inquebrantable núcleo
nocturno...* 36

Josep Carles Láinez

*Sexualidad heroica.
Hacia una plenitud
de la sexualidad
humana* 16



Philippe Forget

*El sexo desplegado
o la carne caída* 22

Teresa Suárez

*Sexología católica.
Una sorprendente
entrevista con la sexóloga
de la COPE* 30

Entrevista

Jesús Láinz

*Han robado la historia
de Cataluña
y Vasconia* 58

Miscelánea

Fernando Sánchez Dragó

*¡En pie, patricios
de la tierra! Proclama
de Año Nuevo* 40

Poesía

Paul Valéry

C.A.L.Y.P.S.O. 34

Fernando Anaya

Carta a Smyrna 35

Rodrigo Agulló

Los nuevos reaccionarios 46

Noticias del mundo

Cientos de sacrificados 33

Correo de lectores 39

Todo se reduce a dinero 45

Letras y lecturas

Josep Carles Láinez

*La derrota que salvó
a Europa* 62



Michel Houellebecq, nuevo reaccionario.

Fernando Sánchez Dragó



Carne enamorada

De su repudiación a su banalización

Javier Ruiz Portella

¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser que, cuando se abren ante nosotros las más altas posibilidades de plenitud erótica y existencial, sea precisamente entonces cuando nos encontramos sumidos en la más anodina de las existencias y la más desvanecida de las pasiones?

OCCURRE con el erotismo, tal como lo experimenta hoy nuestra sociedad, algo parecido a lo que sucede con la modernidad en general y el reino de la Técnica en particular. Nos enfrentamos en ambos casos con la misma paradoja, absurda y cruel. Tanto en el mundo del amor y el erotismo como en el de la Técnica y la razón científica que la sustenta se han derruido ingentes barreras, desmoronado altos obstáculos que se alzaban en el camino de los hombres por alcanzar algo parecido a la plenitud. El problema... no, el drama es que, derrumbados los altos baluartes que dificultaban el conocimiento o se ensañaban contra los placeres de la carne, su hundimiento ha hecho que se alzarán otros que no sólo dificultan, sino que aniquilan toda plenitud: tanto del saber como del placer.

Dejémoslo claro una vez por todas. Ni uno solo de los ataques lanzados por *El Manifiesto* contra el ramplón materialismo de nuestra época, ni uno solo de nuestros denuos contra la dominación



Esa lánguida mirada, esa insinuante pose..., ¿hacia qué extremos confines nos invitan a partir? Todo el enigma del erotismo está ahí.



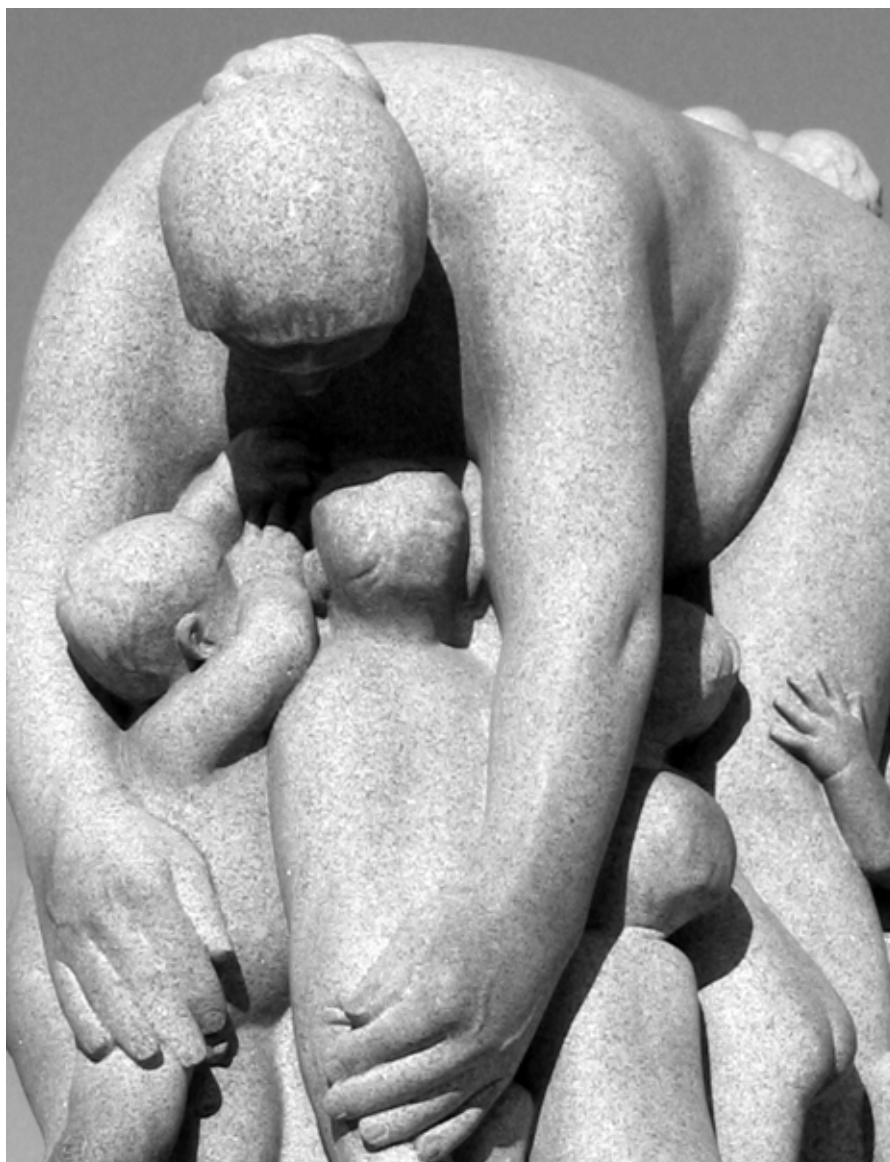
técnica que priva de alma a los hombres y de belleza a las cosas, nada de ello implica ataque alguno contra la utilización de los medios técnicos como tales —aún menos contra los conocimientos científicos que los posibilitan. Tanto el saber científico como la técnica que ha logrado, por ejemplo, aliviar las penalidades físicas y duplicar la esperanza de vida de los hombres, nos merecen el mayor de los respetos y la más encendida de las admiraciones. Nada tenemos contra los medios científicos o técnicos como tales. Nada, mejor dicho, tendríamos contra ellos si, asumiendo su condición de tales, aceptaran subordinarse a los altos fines y elevados designios —belleza, grandeza, verdad... era su nombre— en los que se cifraba antaño el destino de los hombres. Todo, en cambio, lo tenemos contra los medios científicos y técnicos cuando, abandonando su condición de tales —erigiéndose en fines—, se lanzan como desbocados monstruos que pretenden dominarlo y ponerlo todo a su merced.

Pretenden configurar el mundo según sus principios y sus métodos: analíticos, racionales, instrumentales. Como si la utilidad y la instrumentalización fueran la cifra del ser y la verdad. Como si ésta dejara de existir tan pronto como se sale del campo de la razón, sus análisis y cálculos. En una palabra, como si la más honda verdad de las cosas no estuviera tan transida de luz como de oscuridad, de razón como de misterio.

Como si fuera preciso desvelar y desgarrar el misterio profundo del mundo.

Desgarrar el misterio de los cuerpos que, entrelazados, exultan; reducir a entretenido pasatiempo la pasión que arrebatada, exalta o desgarrada: he ahí lo que busca la sexualidad de los tiempos dominados por la Técnica, la Razón y su pretendida

La carne: cuerpos que, extasiados, se abrazan al espíritu; cuerpos que, estremecidos, dejan de ser cuerpos, órganos, vísceras... —simple materia



La maternidad (Gustave Vigeland, Parque Frogner, Oslo). Íntimamente relacionadas en el orden fisiológico, la procreación y la sexualidad se separan en el erotismo, ese orden simbólico propio de los hombres y de ciertos dioses.

claridad. ¿Desgarrar el misterio de los cuerpos? No, en el erotismo no hay cuerpos: hay «carne», como con certero olfato el cristianismo ha llamado desde siempre a los cuerpos que, extasiados, se abrazan al espíritu; los cuerpos que, estremecidos, dejan de ser cuerpos, órganos, vísceras... —simple materia.

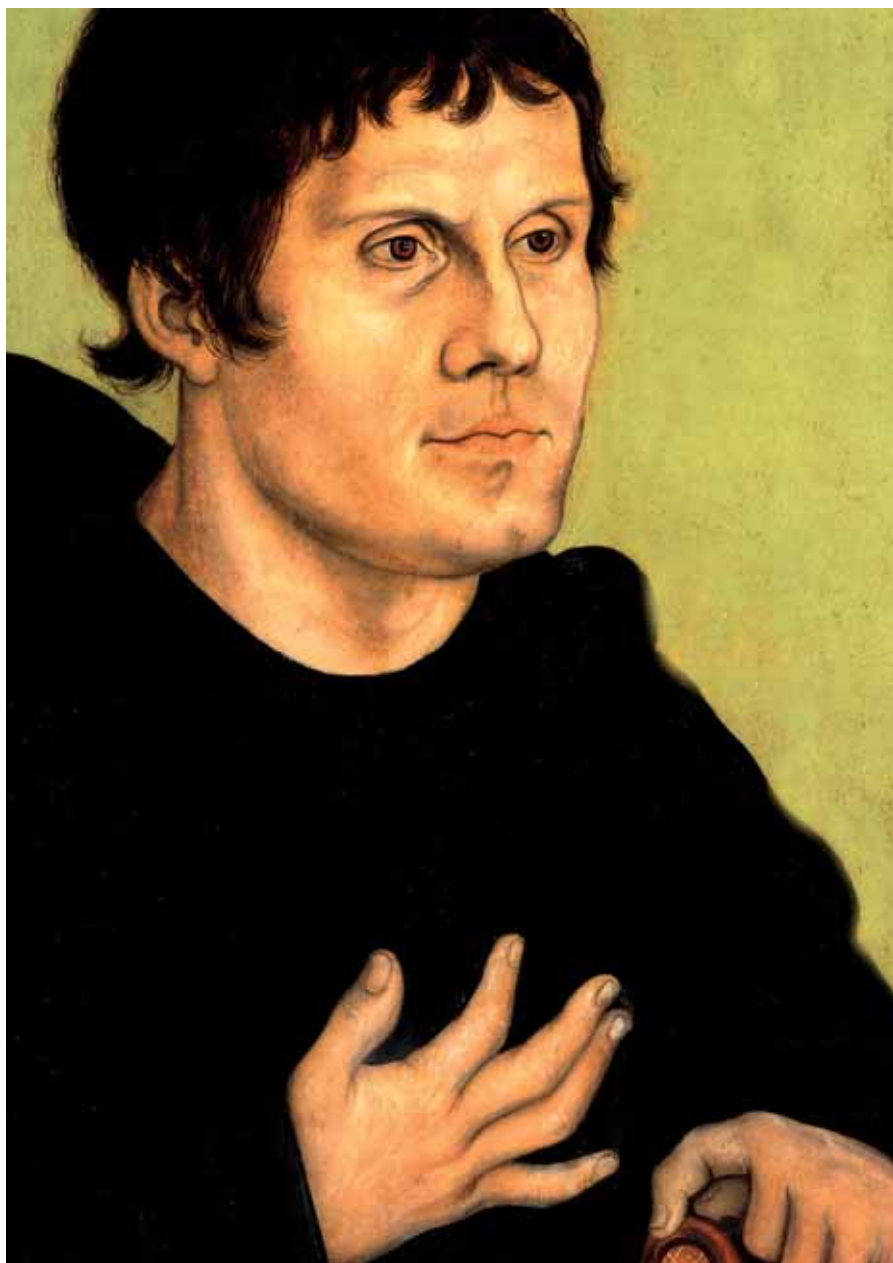
Los cuerpos se transmutan en carne; pero «carne abyecta, pecadora», dicen —o decían— los mismos que con tanto acierto la nombraron. La carne tiene que ser redimida. La carne que en la lujuria exulta sólo puede hallar cauce y pureza en el matrimonio y la procreación —ese remedio de la concupiscencia. «Bien le

está al hombre no tocar mujer. Pero, por culpa de la fornicación, que cada uno conserve su propia mujer y cada una conserve su propio marido», decía Pablo de Tarso, el fundador (I Cor. 7, 1-5).

Un poco de historia

De haber mantenido tal cual y en tales términos su animadversión por el mundo —ese valle de lágrimas— y por la carne —ese pecado que envicia, pero arrebatada—, jamás hubiera podido el cristianismo calar con la hondura con que ha calado en nuestras almas y corazones. Jamás hubiera podido configurar nuestra civilización, marcándola a fuego para lo mejor y para lo peor. Lo peor: su desprecio por el mundo y por la carne. Lo mejor: su grandeza espiritual, expresada en un aliento, un culto y una belleza cuya desaparición





Lutero, «aquel maldito monje alemán», como lo llamaba Nietzsche, acabó con lo mejor de la historia del cristianismo. Tanto donde triunfó la Reforma como donde se impuso la Contrarreforma, desapareció aquella iglesia renacentista envuelta en el arte, abocada al mundo, amante de voluptuosidad.

nocida ni doctrinalmente proclamada como vía de virtud. Todos, sin embargo —prelados y señores, clero y pueblo llano— la practicarán siempre y sin vacilar. Todos, salvo aquellos pobres de espíritu que, creyéndose que de ellos es el Reino de los Cielos, harán suya la Culpa asociada al Placer, e interiorizando en su alma la palabra de la Ley, serán incapaces de deslizarse por la inmensa manga ancha abierta por una Iglesia y una sociedad que, dictando normas del más estricto puritanismo, practicarán y permitirán durante siglos —el historiador católico Rodolfo Vargas Rubio lo ha puesto claramente de manifiesto en los números 1 y 3 de nuestra revista— exactamente todo lo contrario.

Durante siglos, decía. Hasta que llegó aquel «maldito monje alemán», como llamaba Nietzsche a Lutero, que arremetiendo contra los desenfrenos de una iglesia renacentista cada vez más envuelta en el arte y abocada al mundo, logró, junto con Calvino, acabar con la «depravación» de una sociedad que, de haberse mantenido y triunfado, habría cambiado la faz del mundo.

¿Qué responsabilidad incumbe también a la Contrarreforma católica en la gran derrota que aniquiló un mundo en el que lo mejor del espíritu cristiano se estaba hermanando con el de la renacida antigüedad pagana? La responsabilidad es grande, sin duda, pero debe reconocerse que en el catolicismo se mantuvo al menos la antigua dualidad que, como mal menor que es, constituye un indudable bien. Sobre la carne apasionada de los amantes siguió pesando la prohibición que la vuelve aún más codiciable. Se mantuvo abierta la manga ancha de la permisividad y la transgresión. Sólo cuando los burgueses remplazaron a los antiguos y libertinos señores; sólo cuando las masas proletarias y pequeño burguesas sustituyeron a un pueblo de campesinos y artesanos poco dado a remilgos y mojigaterías, sólo entonces se estre-

ción, por críticos que algunos podamos ser con su moral y su doctrina, nos lleva a lamentar amargamente que semejante desvanecimiento arrastre consigo la presencia activa de la religión en el mundo.

Esta presencia el cristianismo siempre la ha ejercido a través de una ambigua duplicidad. Por lo que atañe a la carne, dicha dualidad ya aparece en el enunciado mismo de la cuestión, en ese pecado que envicia tanto como arrebatada, en esa culpa originada por lo que más seduce y atrae. Con su inevitable consecuencia: el pecado de la carne —la carne como pecado— llama irresistiblemente, desde su seno mismo, a una constante transgresión.

La transgresión, o lo que es lo mismo, la asociación de la culpa y el placer, mar-

cará desde el siglo IV d.C. hasta tiempos muy recientes, el corazón mismo de todo nuestro erotismo. La transgresión nunca será, por supuesto, ni oficialmente reco-

*La transgresión
—la asociación
de la culpa
y el placer— marcará,
desde el siglo IV d.C.
hasta tiempos muy
recientes, el corazón
mismo de todo nuestro
erotismo*



Marilyn Monroe, la gran *sex symbol* de los años cincuenta, aún sostiene, coqueta y maliciosa, el sujetador de un bikini que, años después, caería por los suelos de nuestras playas. Muchas cosas empezaban a caer en aquellos esperanzadores años. ¿Adónde, sin embargo, acabarían conduciendo tantas promesas?



chó y cerró la manga; sólo entonces melindres y gazmoñerías se establecieron como norma única —aún transgredida, es cierto, pero en la oscuridad del burdel— de las más encorsetadas y remilgadas costumbres.

Y llegó la «liberación sexual»

Este encorsetamiento es lo que derribará la denominada «revolución sexual» acontecida en las últimas décadas de la modernidad. Con el mismo júbilo con el que saludamos la inmensa mayoría de los descubrimientos científicos y técnicos, se impone saludar la demolición de las obtusas barreras que hacían de la masturbación un vicio causante de sordera y ceguera; veían en la homosexualidad una nefanda tara; sólo consentían «el comercio carnal entre esposos en aras de la procreación y sin que medie ánimo concupiscente»; denunciaban «los bailes de salón en que los cuerpos se acercan lascivamente», así como «esos descocados vestidos que son en verano causa de tan gran peligro y turbación», como puede leerse en cualquier manual del nacionalcatolicismo de nuestros pesares. Etcétera.

¿Por qué, cuando se podría alcanzar la más alta pasión erótica, se convierte ésta en un inocuo, placentero jugueteo carente de estremecimiento y pasión?

¿Por qué perder el tiempo con esperpentos definitivamente desaparecidos y que ya nadie defiende ni invoca? ¹ ¿Por qué no denunciar sin más las aberraciones que ha traído su abolición? Por la sencilla razón de que, por decirlo con un hermoso proverbio que parece venir muy a cuento, «de aquellos polvos proceden estos lodos», y de las aberraciones de ayer se derivan —en parte al menos y como

1. Que las cosas han cambiado profundamente en el mundo católico lo prueba, por ejemplo, la entrevista que nos ha concedido en este mismo número la sexóloga de la COPE Teresa Suárez.

por reacción— las de hoy. Sólo denunciando los males del pasado podremos atacar con vigor y posibilidades de éxito los del presente: si no, tal parecería como si deseáramos reinstaurar los impedimentos que hace dos días constreñían aún a los amantes. Para hablar de forma más concreta: sólo, por ejemplo, afirmando sin vacilar la legitimidad de las relaciones homosexuales, sólo denunciando la aberración de considerarlas una enfermedad o una tara, se estará capacitado para denunciar con éxito la actual insensatez del «matrimonio» homosexual. ²

2. Ahora bien, ¿cómo no reconocer que la homosexualidad constituye una «desviación» respecto al «patrón natural» de las cosas? Por supuesto que lo constituye, de igual forma que todo el erotismo —esta práctica exclusivamente humana (y divina, por lo que a ciertos dioses se refiere); esta práctica eminentemente «cultural»— constituye algo que contraviene o se desentiende por completo del orden fisiológico o natural. La homosexualidad, y la felación, y la sodomía heterosexual...: todos y cada uno de los múltiples artificios, refinamientos y voluptuosidades que integran —diría Ovidio— el *ars amandi* constituyen (por no hablar, por supuesto, de los medios anticonceptivos) otras tantas



**Doble penetración
en una orgía griega
(copa del siglo V a.d.C.,
Museo del Louvre).**

**Página siguiente:
bailes de moda
en los clubs Play-Boy
en los años sesenta.
Empezaba la «liberación
sexual». Pero...
¿coincide acaso con la
liberación erótica?**



Sentado lo cual, y después de haber saludado tanto las innovaciones científico-técnicas como las liberaciones sexuales impulsadas por nuestro tiempo, podemos pasar a desesperarnos por el abismo de sinsentido, por el pozo de nihilismo al que acaban arrojándonos tanto las unas como las otras. Éste es el verdadero drama de nuestro tiempo: todo aquello que podría y debería acercarnos a la plenitud nos arroja a la miseria.

Una miseria dulce y suave —bonachona incluso: ahí radica su éxito. Ninguna norma, ningún nuevo impedimento se alza para maniatar la carne apasionada. O mejor dicho, sí, se alza la más implacable de las normas: la que pretende que aquí no rige norma ni principio alguno, que todo es posible —que todo, pues, resulta indiferente. En el reino de la indiferencia no se puede desde luego

desviaciones del «patrón natural» encaminado a la procreación. Sólo la eyaculación de un pene en el interior de una vagina —como ocurre en el caso de los animales— no se aparta de dicho patrón. Es curioso, todos los anatemas contra la lujuria pretendían impedir que hombres y mujeres cayéramos en la «animalidad y bestialidad de los bajos instintos», cuando, en realidad, nos estaban reduciendo a la más estricta y natural de las animalidades.

transgredir nada. Pero sin transgresión, sin el impulso que lleva a los amantes a traspasar límites, a lanzarse a lo lejos, salir de sí mismos, el erotismo no es nada: se queda en vulgar jugueteo, en mísera gimnasia de metisaca. Si la carne estremecida no se ve abocada a algo que trascender o transgredir, la carne deja simplemente de estremecerse.

Lo que sucede es que los límites que se transgreden en el erotismo no son en absoluto los de la moral. Todo el colosal desatino de dos mil años en que la «pureza» ha pretendido combatir la «concupiscencia» está ahí: en considerar que el erotismo tiene algo que ver con la moral;

y su transgresión, con la culpa o el pecado. Sería difícil, sin embargo, encontrar algo que estuviera más allá del bien y del mal que el deseo de los amantes extasiados y arrebatados. Siempre y cuando medie el pleno acuerdo entre adultos consentientes, las normas y culpas de la moral no tienen la menor vela en este entierro. Tales o cuales actitudes (por ejemplo, las de la vacuidad y banalidad contemporáneas) serán reprobables, es cierto; tales otras, encomiables (por ejemplo, las que agudicen la intensidad erótica, la búsqueda de plenitud máxima en el placer): pero ni las unas ni las otras tienen nada que ver con la moral o la virtud —salvo si ésta se entiende como la virtud romana: «fuerza», «fortaleza», «excelencia» significaba entonces.

La familia y el erotismo

Queda, es cierto —y ello puede explicar, sin duda, tanto desatino durante tan largo tiempo—, la cuestión de la familia y del choque que puede producirse entre dos órdenes distintos, pero que se confunden. Por un lado, el deseo erótico, ese impulso que no entiende ni de moralidades ni de exclusividades; y por otro, la exclusividad que debe imperar entre el hombre y la mujer que, al unirse en matri-

Sólo afirmando sin vacilar la legitimidad de las relaciones homosexuales se está capacitado para denunciar con éxito la actual insensatez del «matrimonio» homosexual



monio, tienen como fin primero asegurar la procreación dentro de la unidad de un linaje.

La confusión, el choque incluso entre ambos órdenes, parece inevitable. Desde que los hombres son hombres; o para hablar como si fuéramos «políticamente correctos», desde que los hombres son hombres, y las mujeres, mujeres, no hacen ambos sino experimentar las múltiples consecuencias de dicho choque. Todo el genio de los pueblos y civilizaciones, toda su inteligencia, ha consistido, por ello, en tratar de deslindar ambos órdenes, en limitar el conflicto entre sus exigencias opuestas, en impedir que las normas destinadas a preservar la familia y el linaje pasaran a reglamentar el conjunto de la vida amorosa. Huelga decir que si tal ha sido la inteligencia de los pueblos, religiones y civilizaciones, su necesidad ha consistido en intentar exactamente todo lo contrario.³

Es y será siempre misterioso lo que se juega en ese arrebato propiamente sagrado —¿cómo puede un Dios no haberlo conocido nunca?— al que llamamos erotismo

No es fácil, sin embargo, deslindar el orden familiar y el estrictamente sexual. No lo era, en todo caso, cuando la precariedad de los medios contraceptivos hacía que, para garantizar la unidad familiar, sólo los varones podían permitirse licencias... que estaban vedadas a unas

Las ha implicado; pero hoy ya nada implica tales consecuencias —o sólo cuando media una insensata irresponsabilidad. Todo cambia radicalmente —y ello incide por supuesto en la estructura misma de la familia— a partir del momento en que los medios contraceptivos alcanzan una seguridad total, y, generalizándose su uso, la procreación y la sexualidad pasan a constituir dos ámbitos que, aun implicándose simbólicamente y coincidiendo por supuesto en ciertos y álgidos momentos de la vida de una pareja, conforman dos órdenes de cosas profundamente distintos.

¿Por qué, cuando resultaría posible que, sin menoscabo de la libertad sexual, se viera acrecentada la fuerza de la familia y el arraigo del linaje, resulta que la primera se deshilacha y diluye, mientras que el segundo se convierte en un obsoleto término carente de sentido? ¿Por qué, cuando maternidad, sexualidad y libertad podrían conjugarse como nunca les



3. Un claro ejemplo de deslindamiento entre ambos órdenes es el constituido por Grecia y Roma, donde la libertad sexual se hallaba severamente restringida en un determinado número de casos, fuera de los cuales imperaba una libertad que, una vez abolida, se tardaría muchos siglos en reconquistar. Ahora bien, las normas que restringían los placeres eróticos de griegos y romanos no pretendían en lo más mínimo preservar la pureza moral o combatir los pecados de la carne —conceptos propiamente incomprensibles en un mundo en el que dioses y diosas eran los más gozosos y promiscuos fornicadores. Lo que pretendían dichas normas era preservar, es cierto, una pureza; pero como lo señala J.-N. Robert hablando de Roma, la pureza salvaguardada era única y exclusivamente «la de la sangre romana». Cf. J.-N. Robert, *les Plaisirs à Rome*, Les Belles Lettres, París, 2005, p. 191.

mujeres cuya sexualidad tenía que quedar estrictamente circunscrita en el ámbito matrimonial.

Digámoslo con toda crudeza: alto, pero indispensable ha sido el precio que las madres —y como por contagio, las mujeres en general— han pagado durante siglos para asegurar que los hijos que traían al mundo pertenecían a una misma sangre. O si hace falta ser más claros: el adulterio de varón con mujer no casada jamás ha implicado —porque así lo impone la naturaleza— la menor consecuencia respecto a la unidad de la sangre. El adulterio, en cambio, de la mujer casada siempre ha implicado (porque la naturaleza —no «la falocracia machista»— así lo impone) las más graves de las consecuencias.

fue dado, la maternidad se convierte en la más desprestigiada de las instituciones en el seno de una sociedad deseosa de suicidarse; en el seno de una sociedad que lleva el desprecio hasta casi el insulto cuando una mujer tiene el atrevimiento de consagrar su vida a la familia, en lugar de dedicarla a la fábrica o a la oficina? ¿Por qué, en fin, cuando sería posible alcanzar la mayor intensidad en la pasión erótica, se convierte ésta en un inocuo, placentero jugueteo carente de pasión, estremecimiento y densidad?

Sin duda porque nuestro mundo aborrece —o teme lleno de pavor— la pasión, el estremecimiento y la densidad. Sin duda porque cuando la fealdad, la vulgaridad y la banalidad lo envuelven todo, no hay razón de que las vivencias sexua-





Adán y Eva, Tamara De Lempicka, 1932, Petit Palais, Ginebra.

les escapen a su imperio gris. Sin duda porque ese mundo que cree haber dado con la clara razón de las cosas mira con pánico todo lo que vive y palpita en la luz densa e insondable del misterio. Es profundamente misterioso, en efecto; es y será siempre misterioso lo que se juega en ese arrebatado propiamente sagrado — ¿cómo puede un Dios no haberlo conocido nunca?— al que llamamos erotismo: ese «inquebrantable núcleo nocturno», como lo califica en estas mismas páginas Robert de Herte.

Ahí, en medio de ese inquebrantable núcleo nocturno es donde nos adentramos —no para disolverlo, no para aniquilarlo— cada vez que un hombre o una mujer, rompiendo la barrera de su cuerpo y de su alma, saltando por encima de su sombra, se sumergen en la ansiosa carne del otro; cada vez que los amantes rompen —transgreden— el orden corriente y gris de los días; cada vez que entre arrebatos y espasmos se lanzan en pos de lejanos confines; cada vez que aceptan someterse a los dictados de la voz que viene de muy lejos, de «las últimas habitaciones de la sangre», decía Lorca. Cada vez, en fin, que aceptan perderse para, sólo así, encontrarse.

Perderse, someterse a lo que está fuera de uno... trascenderse, no quedarse ensimismado ni en uno mismo ni en torno a la inmediatez roma de las cosas. Por eso no hay ni puede haber hoy erotismo: porque el hombre o la mujer de nuestros días se niegan a salir de su ensimismamiento. Dichoso y feliz, el «individuo soberano» se encierra en la gran cárcel de egolatría, en la prisión cuyos barrotes, dorados e individualistas, le permitirán —eso se imagina— no someterse a nada. A nada... salvo a tal cárcel. A nada grande, heroico, bello. A nada que no sea el hipertrofiado yo de un mequetrefe o el desmesurado poder de un Mercado y un Dinero ante el que, con unción, todos los mequetrefes inclinan la cerviz. ●

Javier Ruiz Portella (Barcelona, 1947), ensayista y editor. Autor del *Manifiesto contra la muerte del espíritu*. Entre sus libros cabe mencionar: *la Liberté et sa détesse* (Bruselas, 1994) y *España no es una cáscara* (Barcelona, 2000).



¿Es «pecado» la prostitución?

«El más viejo oficio del mundo» no siempre estuvo moral y socialmente reprobado. En Grecia se alzaban estatuas a las más hermosas hetairas. En Roma, en diversas fiestas, y en particular en la de las Vinales (23 de abril), donde se honraba a Venus junto a Júpiter, participaban activamente las muchachas públicas. Ovidio las anima a presentar con tal ocasión ofrendas a Venus:

iC ELEBRAD, muchachas públicas, el poder de Venus! Venus favorece las ganancias de quienes de sus encantos hacen profesión. Al ofrecerle incienso, pedidle belleza y los favores de la gente. Rogadle ser maestras en el arte del coqueteo y la seducción.¹

En Roma, comenta el historiador Jean-Noël Robert, «las cortesanas están en todas partes, aunque abundan más en determinados barrios [...]. Desde el Aventino hasta Subura cualquier romano puede escoger según sus gustos y el peso de su bolsa. Las plazas públicas, los lugares de paseo y, sobre todo, los sitios de espectáculos son los principales puntos de encuentro. Bajos los elegantes pórticos, las más ricas cortesanas exponen sus lujosas galas, y cerca del Campo de Marte, los aledaños del templo de Isis tienen fama de ser frecuentados por las más hermosas muchachas, siendo usual que a Isis se la considere en Roma como a una alcahueta. Bajo las bóvedas del gran circo o de los anfiteatros, una categoría más común de prostitutas aguarda a los clientes de las clases sociales medias que salen del espectáculo [...].

«Por su parte, la gente pudiente podía poseer en sus casas pequeños lupanares privados, como los vemos en ciertas casas de Pompeya. Al mismo tiempo, podían hacer participar en los banquetes a bailarinas de voluptuosos movimientos, como las de Gades, que, según cuenta Juvenal, arrullaban a los comensales con canciones obscenas, mientras «se echaban por el suelo contoneando sus lascivas caderas».²

Falo de bronce con campanillas encontrado en Herculano. La conjunción de una quimera, un falo arqueado y unas campanillas multiplicaba su poder de alejar las influencias malignas

1. Ovidio. *Fastos*, V, 351-354

2. J.-N. Robert, *les Plaisirs à Rome*, les Belles Lettres, París, 2005, pp. 193-194.



La próxima revolución sexual

Hay doctrinas de libertad que desarrollan grilletes

José Javier Esparza

Hemos pasado de un puritanismo extremo, que sepultó lo erótico bajo toneladas de rigor, a un permisivismo radical que ha vaciado la sexualidad hasta convertirla en algo banal, propiamente sin sentido. El discurso de la «liberación sexual» quizás haya liberado al sexo, que hoy lo invade todo, pero no ha liberado a las personas. En vez de un erotismo espontáneo y natural, lo que hoy tenemos es una sexualidad mecánica, comercializada, una *performance* técnica para unos individuos que afrontan la experiencia erótica con un exceso de mediación, ya sea la mediación instrumental de la pornografía o la mediación didáctica de los «sexólogos de la tele». ¿No haría falta una revolución sexual?

HAY doctrinas de libertad que desarrollan grilletes. Lo que nos prometen es tan gratificante, tan amable o tan placentero, que apenas reparamos en lo que hay detrás del espejismo —hasta que es demasiado tarde y nos hallamos ya atrapados en él. Hoy vivimos un proceso de este tipo en las sociedades opulentas (y sólo en ellas) a propósito de la sexualidad. Varias décadas consecutivas de discurso sobre la liberación sexual nos han persuadido de que aquí, en los pliegues de la libido, se escondía uno de los grandes tesoros de la condición humana; en consecuencia, se nos ha instado a explotar la veta hasta que el mineral aflora para, después, hacerlo circular. Ahora bien, lo que hoy vemos al otro lado del cristal, en el escaparate de la opulencia, no es exactamente un tesoro.

Opios del pueblo

¿Qué vemos? Vemos un erotismo cosificado donde el sexo funciona como simple objeto, ya real o ya, más generalmente, virtual, emancipado de las personas



de carne y hueso. Vemos una sexualidad individualista, egocéntrica, donde el prójimo desaparece como tal, como alguien con quien compartir una experiencia física o anímica. Vemos una libido mercantilizada que se extiende por todas partes como cualquier otra mercancía en los anaqueles de un hipermercado, objeto de consumo rápido para satisfacción de un público anónimo. Vemos a unas gentes que se acercan al sexo con la actitud profundamente burguesa de quien sólo busca «su mejor interés». Mientras tanto, el sistema —mediático, económico, cultural, todo eso a la vez— promociona sin cesar un discurso donde el derecho al placer actúa como horizonte último de toda existencia. Hay un anuncio radiofónico que, sin proponérselo, expresa muy gráficamente este reduccionismo: «Si tu vida sexual está bien, lo demás no importa». Nada menos. Se diría que el derecho al placer se ha convertido en un nuevo opio del pueblo.

Naturalmente, habrá quien piense que, pese a todo, vale la pena: al fin y al cabo, pocas cosas hay más gratas que el placer sexual, aunque sea en esta fórmu-





la de supermercado. Ya decíamos que hay doctrinas de libertad que desarrollan grilletes. Pero es difícil sumarse al coro del conformismo si uno repara en que los grilletes están ahí. Por supuesto, la visión varía según la perspectiva que uno cobre. Para unas generaciones crecidas en la represión sistemática de la sexualidad, ya fuera bajo el peso del tabú eclesial o ya bajo el estricto puritanismo protestante —o bajo el no menos estricto modelo de «decencia socialista», como en la URSS de los años cincuenta y sesenta—, la actual «liberación sexual» representa un evidente respiro. Pero la perspectiva forzosamente ha de ser distinta para las generaciones posteriores, que han crecido en un ambiente antitético: ese ambiente en el que, por expresarlo así, la «liberación» es obligatoria, y cuya presión alcanza, de una u otra manera, tanto a las relaciones sexuales informales como a la relación estable de pareja o incluso a la mera percepción de lo erótico. Y si uno toma distancia respecto al sexo en sí mismo, al propio hecho sexual, y centra la atención en las formas que adopta en nuestra sociedad, a la atmósfera que lo envuelve, las razones para el inconformismo aumentan. Es entonces cuando se percibe que ciertos discursos de libertad generan grilletes. Veamos por qué.

La «liberación sexual» ha liberado al sexo, pero no a las personas. El cuerpo se va convirtiendo en una especie de máquina de producir satisfacción. Página anterior: Eva vista por Alberto Durero.

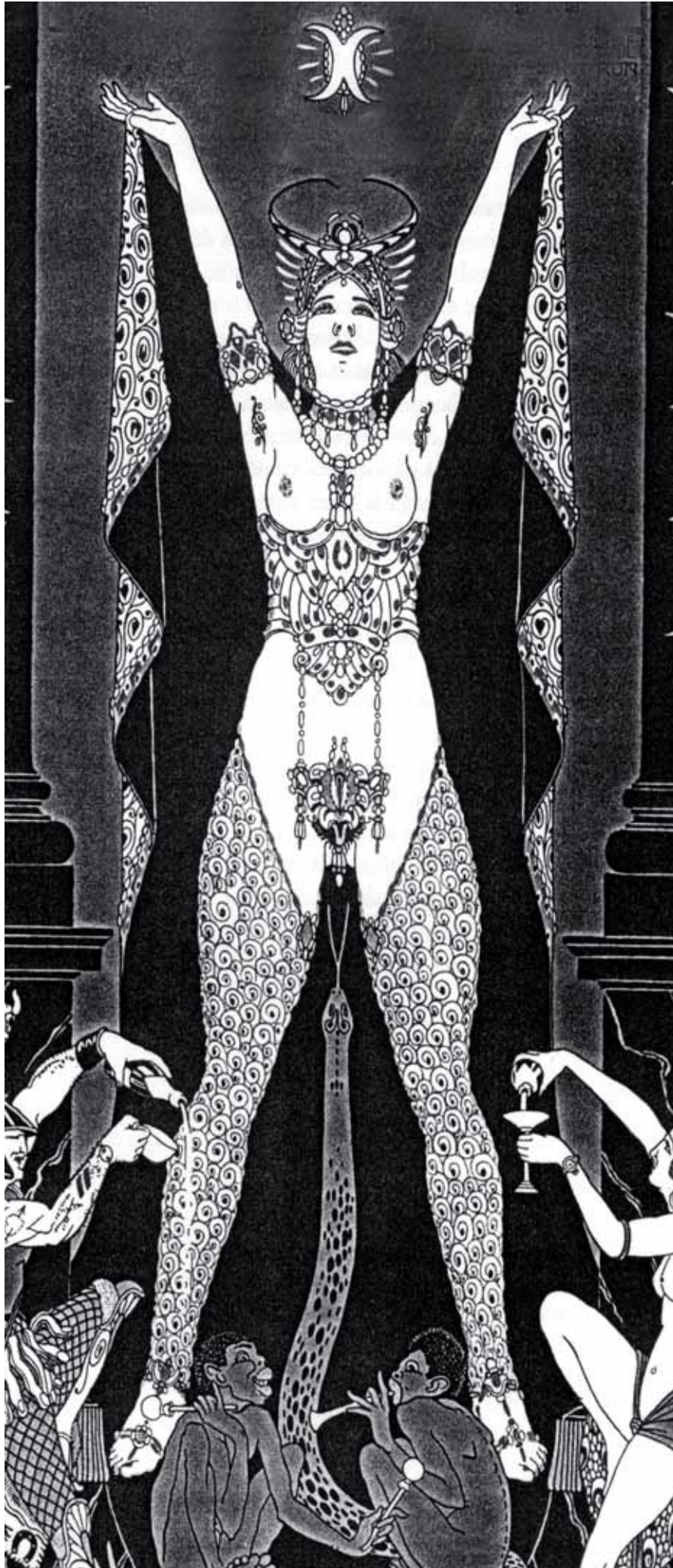
Arriba: *Dos hermanas*, Parque Frogner, Oslo.

Lo que hay que plantearse es si ésta es la sexualidad que queremos: si nuestra «realización» sexual tiene que pasar necesariamente por «mi» derecho al placer; por la banalización comercial de lo erótico, por el criterio técnico de satisfacción —«mi orgasmo»

Erotismo con grilletes

El discurso de la liberación sexual ha conducido a adoptar una forma de sexualidad sometida por entero a un prejuicio individualista, egoísta. El individualismo es esa doctrina según la cual el horizonte último del individuo es el propio individuo y su búsqueda —individual— de su mejor interés. Hoy lo tenemos tan asumido —en la vida económica, en la vida política, en la vida personal— que prácticamente se ha convertido en un automatismo psicológico: vivimos en torno a nuestro propio ombligo. En el plano de las relaciones sexuales, esto se manifiesta de la siguiente manera: la gente (mucha gente) tiende a afrontar la experiencia erótica desde un punto de vista radicalmente egocéntrico, como si el otro no existiera o, más bien, como si fuera un instrumento de la propia satisfacción, del propio derecho al placer. Consumimos sexo como quien consume hamburguesas. Con la diferencia de que nadie pensará que consumir hamburguesas le dará la felicidad, mientras que, por el contrario, un insistente discurso social nos sugiere a todas horas que el sexo sí nos la dará («si tu vida sexual funciona, lo demás no importa»). Las consultas de los sexólogos están llenas de gente que no encuen-





tra lo que busca, a pesar de que no para de buscar. Quizá porque no está buscando en la dirección correcta —quizá porque sólo está buscando para sí lo que debería busca fuera de sí mismo.

¿Otro grillete? La mercantilización, la comercialización del erotismo. La idea vigente de la sexualidad, la que nos transmiten a todas horas el omnipresente discurso publicitario o la prensa *ín*, está sometida por entero a las reglas de la civilización económica, del mercado total, que fija normas de comportamiento sexual y estándares de deseo, y que provee a los agentes de una superabundancia de objetos de consumo erótico. El mercado nos propone modelos para todo, desde las cosas que nos inspiran deseo hasta la forma en que acariciamos o en que utilizamos nuestros órganos sexuales, y repetimos esas pautas con el aire de quien sigue unas instrucciones de uso. Hoy es prácticamente imposible distinguir entre erotismo y consumo de placer; parece inimaginable una satisfacción de tipo sexual —física o anímica— ajena a los bien marcados cauces que el mercado ha puesto al efecto. Por eso es cada vez más difícil diferenciar, cuando uno mira los anaqueles del supermercado, entre erotismo y pornografía —al cabo, la pornografía ha terminado convirtiéndose en la denominación del erotismo en la época de su reproductibilidad técnica, con permiso de Walter Benjamin.

La posibilidad de una inspiración erótica implícita, tácita, sugerida, no expresa, ha sido desterrada de la circulación pública. En la era de la exposición total, de la exhibición permanente, todo ha de estar bien clarito y con su etiqueta bien visible en el anaquel correspondiente del supermercado. Se progresa hacia el terreno elemental de la obscenidad en el sentido en que la entendía Baudrillard: una exhibición directa de un objeto primario, sin posibilidad de doble lenguaje, de doble apariencia —sin posibilidad, en fin, de equívoco y, por tanto, sin posibilidad de seducción. El trámite de la seducción ha sido sustituido por el pacto directo para la cópula. Eso es algo que se percibe inmediatamente cuando uno conversa con los más jóvenes, cuya conducta sexual es ya una pauta regular establecida por la civilización económica: se acuerda la cópula



—normalmente, con pareja ocasional— como se alquila un vehículo, incluso con lectura recíproca de derechos. Es un *leasing* de la sexualidad. Uno «ficha» lo que «le pone». Es el mismo talante con el que las agencias de viajes organizan expediciones de turismo sexual, nueva forma de safari donde uno compra su derecho al placer como, antaño, compraba el derecho a la caza en la sabana.

El sexo-máquina

Tercer grillete: la sumisión de la sexualidad a la técnica, rasgo igualmente específico de nuestras sociedades opulentas; sumisión a la técnica o, aún más exactamente, a la «forma» técnica, esto es, a una manera de entender la vida como una serie de actos y pulsiones regulables mediante el adecuado ajuste, mediante su correcta administración, con el auxilio de aparatos o sin éstos, en busca de un objetivo mensurable. ¿No es lo que hacemos con la actividad física, con el «deporte»? La mayoría de la gente que nos rodea no sube montañas, no corre por el campo, no sube árboles (¿quién puede hacerlo en nuestros grandes escenarios urbanos?), sino que ha sustituido todo eso por la forma técnica del cuidado corporal: entrenamientos especializados con pulsaciones reguladas, kilómetros de esfuerzo medidos segundo a segundo sobre una compleja máquina que no se mueve del sitio, complemento del ejercicio con una dieta no menos mecánica donde la alimentación es sustituida por la administración calculada de proteínas, carbohidratos y vitaminas. Pues bien, del mismo modo tendemos a afrontar hoy, cada vez más, la experiencia erótica como una actividad técnica. La satisfacción sexual va perdiendo entidad propiamente humana para convertirse en función de una tabla de cálculo, para ceñirse a una explotación adecuada del instrumento técnico de satisfacción, ya sea el porno por Internet o la gimnasia higiénica que aconsejan los sexólogos de la tele. Tareas todas ellas donde la relación personal con el prójimo puede pasar a segundo plano, porque el Otro es prescindible, porque la prioridad es rellenar correctamente la casilla del placer, del objetivo conseguido — una casilla donde el otro no cuenta.



Un rasgo típico del erotismo contemporáneo es que el otro, el prójimo, la pareja, tiende a desaparecer, carece de importancia: la sexualidad como relación social es sustituida por el placer como satisfacción individual. La imagen-fetiche, deseo consumado, reemplaza a la seducción interpersonal. En la página anterior, fantasía erótica autosuficiente de los años treinta. Arriba, grabado del siglo XVII. Debajo, casa de baños medieval.





Apolo y Dionisos

El Apolo del Belvedere, en el Museo del Vaticano.

Individualismo, economicismo, imperio de la forma técnica. Son tres de los grandes males de nuestra sociedad y los tres están íntimamente relacionados. Más aún: son los tres vectores fundamentales de la sociedad posmoderna. No hay nada extraño en que hayan empapado también el continente del sexo, del mismo modo que han desteñido sobre los más nimios aspectos de nuestras vidas. La cuestión que hay que plantearse es si ésta es la sexualidad que queremos; si ésta es una forma completa, cabal, de entender lo

***Lo que hemos hecho
los posmodernos es
algo extraño y, desde
luego, antinatural.
Hemos cogido el sexo
y lo hemos convertido
en derecho civil***

erótico; si nuestra «realización» sexual tiene que pasar necesariamente por la prioridad individualista («mi» derecho al placer), por la banalización comercial de la imagen erótica («lo que me pone»), por la pauta técnica de satisfacción personal («mi orgasmo»).

En el espacio de dos siglos, los europeos hemos pasado del puritanismo extremo a la no menos extrema tolerancia. Tras las convulsiones revolucionarias se impuso el discurso puritano de la civilización burguesa triunfante; fue aquel discurso que acompañó a la revolución industrial, a la expansión colonial, a la implantación universal del capitalismo. Y tras el triunfo de este modelo, asistimos ahora al discurso hipertolerante de la civilización burguesa decadente; es el discurso que acompaña hoy a esta extraña mezcla de nihilismo cultural y prosperidad económica que es el Occidente contemporáneo. La religión, que escoltó a la primera fase del proceso —la puritana— como cobertura moral, terminó devorada por unas ideologías que, en realidad, siempre habían querido sustituirla, siempre habían querido prometer por sí mismas la redención. Hoy, al final del camino, estamos en una situación forzosamente transitoria, como siempre que el péndulo llega al otro extremo. Si al puritanismo decimonónico se le pudo reprochar el haber sublimado la naturaleza erótica hasta el punto de sepultarla, al permisivismo posmoderno se le tiene que reprochar el haber banalizado lo erótico hasta el punto de vaciarlo por entero.

No inventemos la pólvora. Los hombres no han tenido que esperar al siglo XX para saber que el sexo era una cosa enormemente placentera, que el erotismo puede ser una vía de realización personal extraordinaria; tampoco han faltado civilizaciones que lo han elevado al rango de experiencia religiosa. Lo interesante es ver que nunca nadie osó declarar el placer como un derecho —¡qué ingenuidad!—, ni considerar la experiencia erótica como una parte irrenunciable de la libertad individual. Esto es completamente nuevo. La Historia ha conocido fases permisivas y fases puritanas, a veces en un mismo lugar y con muy pocos años de diferencia, como cuando Roma pasó del desiporre generalizado a la reforma



*Al puritanismo
decimonónico
se le pudo reprochar
el haber sublimado
lo erótico hasta
sepultarlo.
Al permisivismo
posmoderno hay que
reprocharle el haber
banalizado lo erótico
hasta vaciarlo
por entero*

moral de Augusto. También hemos conocido razonables e indulgentes hipocresías, como cuando, en los siglos XVII y XVIII, la hegemonía de la Iglesia en Francia o incluso en España no desmentía una libertad de costumbres que hoy nos sorprende. No es, pues, una cuestión de mayor o menor «manga ancha». Lo que uno echa en falta en la visión contemporánea del sexo es, ante todo, el equilibrio.

Hay una complementariedad tradicional de lo apolíneo y lo dionisiaco, en efecto, se echa de menos. Lo apolíneo: la medida, el equilibrio, el rigor, la contención, la línea recta, la luz clara, la razón, el orden, también lo eterno y lo augusto. Lo dionisiaco: la desmesura, el vértigo, lo fluido, lo desbordado, la curva, lo oscuro, la pasión, el caos, también lo efímero y lo telúrico. Cualquier sociedad, cualquier cultura tiene que reservar sus espacios para ambas dimensiones. No es sólo cosa de helenos, de una imagen de Apolo y otra de Dionisos: en esa misma complementariedad han bebido muchas otras civilizaciones, como las orientales con sus vías de la mano derecha y la mano izquierda. Digamos que si hay una forma plenamente humana de entender lo que es simplemente humano, ésa no puede ser otra que intentar entenderlo todo a la vez y con cada cosa en su lugar. Y así como hay una vivencia dionisiaca de lo sexual, debe haber también un concepto apolíneo de lo erótico. Cuáles sean éstos y qué lugar ocupen en una cultura,



Dionisos según la pintura mural de una taberna griega.

eso es algo que los hombres han resuelto de distintas formas y con mayor o menor cierto. Pero rara vez han perdido de vista, históricamente hablando, que al lado de la pasión que arrebatada está la razón que ordena, que los hombres somos así, y que lo importante es concebir las cosas de modo tal que estas dimensiones contradictorias puedan convivir a la vez.

Lo que hemos hecho los posmodernos es algo extraño y, desde luego, antinatural. Hemos cogido el sexo y lo hemos convertido en derecho civil. Vale decir: hemos cogido a lo dionisiaco, a lo pasional y, sin realmente iluminarlo, le hemos aplicado las reglas de lo apolíneo, entendiéndolo como si fuera la ley de contratos, la sanidad pública o la regulación de los mercados de abastos. A lo apolíneo, por su parte, lo hemos apartado de su continente natural, que es el de la ética, el de la organización de la vida conforme a reglas —reglas, *horresco referens*—, y lo hemos puesto a gastar luz no sobre el sexo, sino sobre el placer, es decir, sobre aquello que nunca podrá iluminar, porque está hecho de otra naturaleza. Dionisos colocado en el altar de Apolo y Apolo vestido con los atributos de Dionisos. Es absurdo.

Haría falta otra revolución sexual. Una revolución que nos enseñara de nuevo a ver la experiencia erótica como algo profundamente personal —es decir, entre personas—, inseparable de un prójimo que nos dice algo, una dimensión añadida a otras tan hondamente humanas, irreductible a las reglas del bricolage y al cálculo de «satisfacciones». Algo que es al mismo tiempo deseo y función social, que es libertad y es a la vez responsabilidad, que es una estética y es una ética, y que además y sobre todo es amor, en toda la infinita complejidad de esta palabra. Se trataría de alcanzar una visión donde Apolo y Dionisos, la ética y el deseo, lo sublime y el instinto, puedan vivir juntos, como ambos conviven en la entraña del hombre. Y romper de una vez estos pesados grilletes. ●

José Javier Esparza (Valencia, 1963), periodista, ensayista y novelista. Fue director de la revista *Hespérides*. Ha publicado recientemente la novela *El final de los tiempos*. Entre sus ensayos cabe destacar *Informe sobre la televisión: el invento del Maligno*. Acaba de publicar *El bienio necio. Crónica del zapaterismo*.



Sexualidad heroica

Hacia una plenitud de la sexualidad humana

Josep Carles Laínez

El sexo es libertad, es gozo, es plenitud... Pero es también la mayor de las entregas, la absoluta cesión de nosotros mismos. Paradójicamente ambas cosas se han olvidado en la sociedad consumista de hoy día, donde las relaciones sexuales se convierten en el colofón de una noche de copas, sin experimentar esa plenitud, esa entrega que haría del sexo una experiencia sagrada, transcendente.

EL sexo debería ser, sobre todo, una puerta abierta a la transcendencia: desde el grito ahogado del orgasmo que nos sumerge en el tiempo anterior al tiempo, o desde la ofrenda que es reiniciar la pesquisa de un cuerpo diferente. Debemos saber y transmitir que en el sexo algo se está poniendo en juego y nos sobrepasa, nos saca de nosotros, nos ejecuta en el mismísimo momento de afianzarnos en el deseo; pues no hay deseo sin ansiedad, ni ansiedad sin búsqueda, ni búsqueda sin necesidad. Y en tal calidad deben contemplarse las relaciones sexuales: una necesidad de la mujer y del varón por igual, de dos mitades que buscan acoplarse en una autofagia hacia el otro: yo te devoro porque me destruyo por ti. Con la amenaza siempre presente de engendrar vida detrás del acto. La relación sexual más pura sería, por tanto, aquella que no devendría en gestación, salvo en la de nuestro yo más profundo, de quien admite en sí los fluidos de la vida para adquirir el conocimiento de la creación antes de lo creado. Al fracturar tal posibilidad, ese ser no nato habrá tomado forma en el interior de los amantes, transmutándose el sentir, elaborando los gemidos



como una salmodia ofertada a los Dioses y Diosas, los propios de toda pérdida mientras nos susurran que todo vuelve a comenzar, y que el placer es sagrado.

Porque aquí estoy hablando de sexo, de la reciprocidad pasional entre dos personas insustituibles. Luego, por añadidura, se va a dar la monogamia y la fidelidad, nivel superior donde la comunión se ha convertido en epifanía de un nuevo ascenso: de un ser dividido, a la existencia de la pareja en una misma esfera de voliciones, sustentadas, cómo no, en el acto de ofrecerse mutuamente para siempre, en un rito cada vez más largo, cada vez más luminoso, donde los líquidos son brebajes y la transmutación corporal un proceso alquímico, amenazado hoy por la fragmentación de las relaciones casuales y su continua alabanza.

En la pareja hacia lo uno, el hombre y la mujer se han transformado en esa Elella tan magistralmente descrita por Miguel Serrano. Y esa nueva entidad adquiere una libertad *per se*, sin necesidad de establecer pactos con rituales de la sociedad donde sobrevive, mediatizada y envenenada por las consignas de otro tipo de vínculos, de una clase bien diferente de expectativas. Porque sólo se unirá





quien mutuamente se haya conocido, quien haya experimentado el vuelco del corazón en una ligadura cada vez más estrecha, más poderosa, más inextricable.

Escasas personas mantienen relaciones sexuales plenas en la actualidad; tan sólo lo hacen a modo de simulacro, repitiendo los gestos y modelos aprendidos gracias a los medios de comunicación y asumiendo los roles de actividad y pasividad imperantes. Hemos de trabajar, por tanto, con una hipótesis radical: los hombres y las mujeres no existen en cuanto individuos; están en proceso de construcción. Disponemos, sobre todo, de machos prototipo y de hembras sumisas, pero en pocos ambientes existen el hombre-huma-

La fuerza del deseo, Gustav Vigeland, Parque Frogner, Oslo.

Página anterior : dorso de un espejo romano, 320 a.d.C.

no y la mujer-humana conscientes de querer iniciar una labor de zapa. Las miras serían encontrarse y alimentarse sólo de ellos mismos, en una tarea de desescombro, a fin de hacer emerger la verdadera paridad, fundamentada en el deseo, no en consignas políticas ni en el qué dirán de los unos o de los otros.

La sociedad occidental ha buscado hacer de la mujer algo sumiso (la judía ortodoxa y la islámica son directamente

esclavistas), destinado a la procreación y a la amabilidad, a la cual no le era necesario pensar en demasía ni, sobre todo, le ha sido permitido desear. El tiempo hizo para que, a estas desigualdades, se añadiera, en la mayoría de los casos, la falta de respeto. Esta hembra sumisa, aún abundante, con una vida programada de antemano, fue puesta en cuestión y, en cierto modo, estigmatizada con la pretendida liberación sexual del último tercio del siglo xx. Esta secuela del freudomarxismo no supuso ninguna «liberación del sexo», sino el cambio de rumbo de un aprovechamiento sin tapujos de la mujer. Afortunadamente, tal «liberación» fue ya cuestionada por los movimientos feministas, conscientes de la paradoja que encerraba pretender alcanzar la liberación sexual de la mujer a través de un modelo marcado de antemano por el poder normativo, y masculino.

Se impone, por tanto, romper esta dinámica de ritmo doble, cuya existencia sitúa a la mujer en una gama de posibilidades por las cuales siempre acaba sucumbiendo a la férula del imaginario masculino, algo que, aunque parezca lo contrario, tampoco beneficia en nada a ese supuesto macho immaculado, pues vivirá en la esquizofrenia de la contemplación de la mujer como objeto de uso, y de la «hermandad» masculina en gestos, palabras y elecciones que, necesariamente, debería conducir al cuestionamiento de sus verdaderas querencias. Sin contar, claro está, la estructura dual de la mirada masculina: por un lado, las mujeres que ve como objeto de deseo; por otro, aquellas que piensa le pertenecen (madre, hermana, esposa, hija) y sobre las cuales no tolera la mirada que él ejerce sobre las primeras. Se ha de fomentar y se deben poner las bases de ese hombre y mujer que se reconozcan y se unan en la carne y por la carne igual que se unen los trazos de una runa sobre la piedra. Esas bases, sin embargo, no pasarán ni por encuentros de familias, ni por el sexo adolescente de probaturas, e imitación de una vida adulta, a todas luces ridículas y peligrosas. El recuerdo de experiencias pasadas ha de ser siempre puro, vívido, pleno. Y esto sólo se consigue a través del respeto, la mutua dación y, cómo no, por la redención del amor.



Trampas de la desigualdad

Los usos sociales impiden que los hombres y las mujeres puedan tener una visión de la sexualidad como algo sagrado. No en vano han intentado detener siempre cualquier posibilidad de crecimiento espiritual que los condujera más allá de su opresiva moral bíblica. Evidentemente, se han provisto de pequeñas válvulas de escape, controladas y estigmatizadas, a fin de hacerlas aparecer en calidad de transgresiones o de «normalidad» tolerada, cuando en el fondo sólo son trampas que reafirman todavía más el imperio de una sociedad que busca en la perpetuación de la dependencia femenina (ama de casa, esposa y madre), que la recluye en el hogar a pesar de los trabajos que desempeña en el exterior, y en la hipersexualidad del varón, los lugares donde el *statu quo* es capaz de perpetuarse sin sufrir grandes quiebras.

Por lo dicho no extraña, en un momento de subversión de todos los valores, la creación de un caldo de cultivo mediático a favor de la legalización de la prostitución y la liberalización (en algunos países donde hasta ahora estaba prohibida, por ejemplo el Principado de Andorra) de la pornografía, y de intentar venderlo a modo de conquista de mayores libertades, en vez de considerarlos dos sistemas donde la mujer es reducida a la condición de agujero y el hombre a la de inexorable pene en erección. El sexo genital convertido en comercio trastoca la cimentación de un ámbito donde las relaciones entre los sexos puedan llegar a un equilibrio.

El advenimiento de una sociedad que re-cree el sexo como un espacio donde lo que prime sea la experiencia de un hecho tan esencial de cualquier cultura y, a la vez, territorio donde explorar nuestra propia desaparición y estrecho vínculo emocional con el otro, no puede tener, en primera instancia, un carácter democrático. No se puede pretender que sea algo rápidamente extensible a quien ostenta el poder simbólico en la relación o, por paradójico que parezca, a quien se encuentra feliz en una posición de sumisión por haber sido «educada» y adiestrada para



Sigue en la página 20



Excursus sobre la homofilia masculina

En la nueva sociedad heroica se habrá de distinguir dos tendencias al analizar la volición de un segmento social en la actualidad muy concreto. Por un lado, el de los individuos que forman el gueto gay/lésbico; por otro, el de quien, fuera de tal gueto, se sabe único y no desea ser asimilado a grupo alguno. Del primero de los casos, se enseñoera la ética bajo la forma de cómodo bienestar; el segundo habrá de verse transportado al sendero de la estética. Y en esta contradicción se encuentran también dos proyectos de vida humana: el vivir cotidiano reducido a la subsistencia, o la vida más alta arraigada en el mito. La opción de la masa gay se ha decantado por la primera, aunque la mítica que la envuelve se sigue nutriendo de aquello que ha despreciado (el amor griego o la bisexualidad de Roma). Se ha huido del silencio y la reclusión de los últimos dos mil años, pero adviene el acoplamiento a unos valores pretendidamente laicos y con una evidente marca social (y, además, heterose-

xual: noviazgo, boda con tarta, hijos, amistades de parejas, familias políticas, planes de pensiones...).

Tenemos con ello que la homofilia ha dejado de existir. El lazo que unía a Alejandro-Hefestión, Adriano-Antinoo, Byron-Shelley, Rimbaud-Verlaine, Whitman y sus «camaradas» o Kerouac-Cassady ha desaparecido. Igualmente, el homoerotismo de Homero, Platón, Julio César, Marcial, Tibulo, Virgilio, Ricardo Corazón de León, el rey David, Henry de Montherlant o Yukio Mishima. Ya no hay exaltación en las relaciones homofílicas, no existe el exceso viril que llevaba a la emulación y a la camaradería de atracción por unos valores y comportamientos, sino, para la comunidad rosa, un

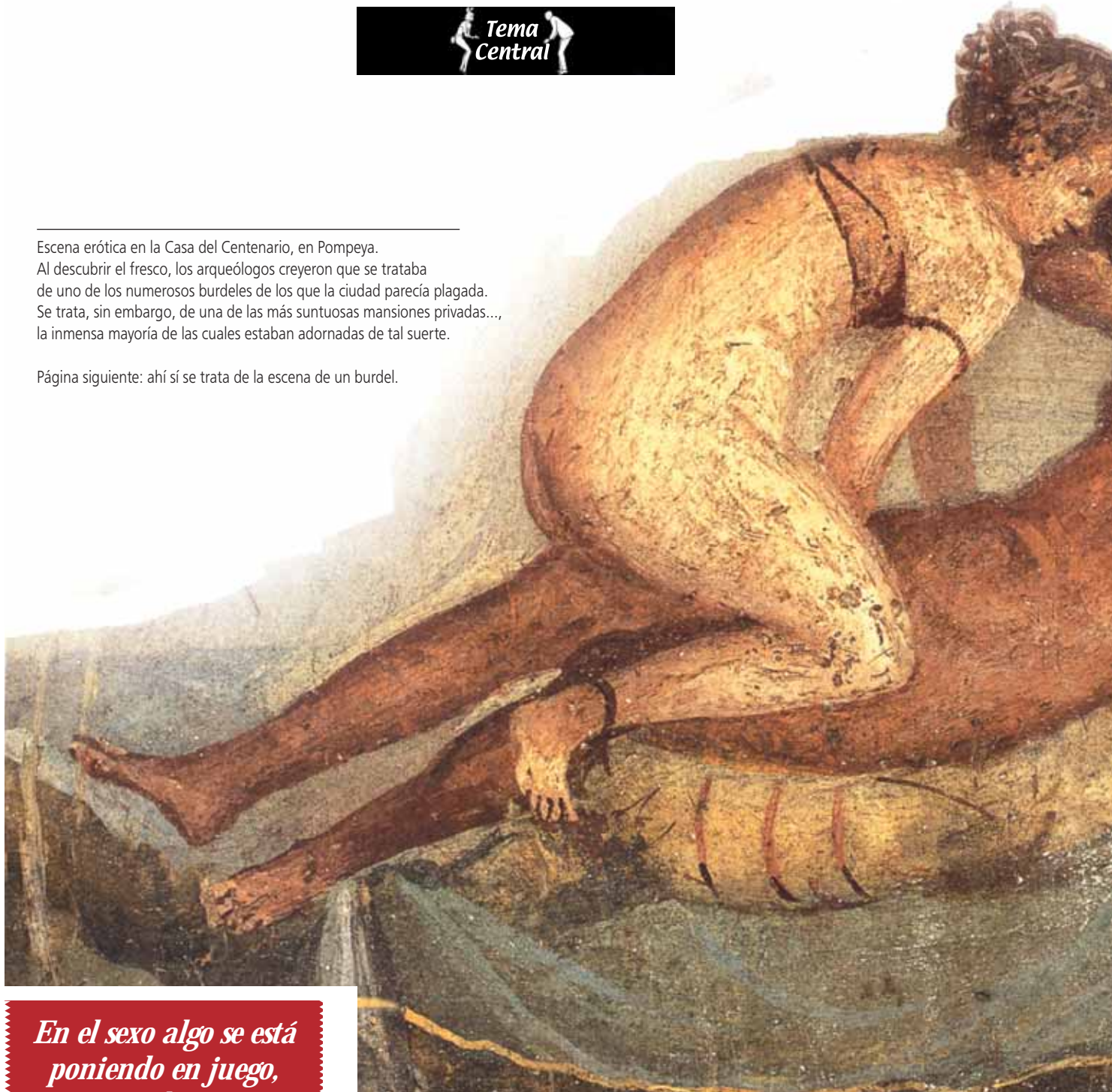
A la izquierda: motivo masculino, reja del Parque Forgnér en Oslo.
Abajo: un hombre sodomiza a un joven, *La copa Warren*, siglo I a.d.C., The British Museum.

acceso a la mera vulgaridad (en su acepción literal), una imitación de los hechos heterosexuales, con la salvedad de que éstos constituyen el basamiento de la civilización y no su remedo ridículo a través de pantomimas que pretenden tener la validez de los ritos. Aceptando estas uniones como un logro, se está acabando con otro de los pilares de la Europa trascendente. Así, frente a la homosexualidad entendida como opción personal de discoteca, como posibilidad en el supermercado de las elecciones, la homofilia heroica entra en el ámbito de la leyenda, de lo que nunca existió pero ha sido siempre, por encima de relaciones genitales, anclándose en la mirada exultante del hombre hacia los dioses, o hacia los hijos de los dioses...: ese grito de Aquiles por la muerte de Patroclo, ese treno de David por la caída de Jonatán, esa locura de Alejandro tras el último latido de Hefestión, qué lejos se encuentran de la moral del beato padre de familia o del heterosexual misógino; pero cuánto más del gay promiscuo y blando, de la drag queen enloquecida, en esta Europa que ha perdido el espíritu heroico de lo antiguo, el verdadero valor de los sentimientos y las atracciones, pues la belleza siempre será la belleza... ●



Escena erótica en la Casa del Centenario, en Pompeya.
Al descubrir el fresco, los arqueólogos creyeron que se trataba de uno de los numerosos burdeles de los que la ciudad parecía plagada. Se trata, sin embargo, de una de las más suntuosas mansiones privadas..., la inmensa mayoría de las cuales estaban adornadas de tal suerte.

Página siguiente: ahí sí se trata de la escena de un burdel.



*En el sexo algo se está
poniendo en juego,
y nos sobrepasa,
nos saca de nosotros,
nos ejecuta en el
mismísimo momento
de afianzarnos
en el deseo*

ello. Por tal motivo, el problema de la prostitución y de la pornografía quiere situarse, de nuevo, en un universo de elecciones personales, respeto (comercial, no lo olvidemos) y presunta alegría, cuando en ellas no es sólo quien ejerce la prostitución quien se ve sometido a una con-

dición de vulnerabilidad y semiesclavitud, sino el mismo usuario, pues está rebajándose y desconsiderándose al ofrecer su cuerpo a aquella persona que no se le da, salvo en el marco de una mera transacción económica; si se arguye que en el «cliente» no hay tal «dación» nos encontraremos no con una pretendida superioridad del macho sobre la hembra, sino con la carcasa vacía de lo que una vez fue un hombre, o podía haber sido un hombre, y ahora no es sino un saco de carne aferrado a un pene.

Se trata de apreciaciones muy sutiles, no lo niego, a la hora de romper los estereotipos sobre los que se ha sustentado una forma esquizofrénica de entender las

relaciones humanas; y tal vez más todavía para quienes vean en la fuerza bruta el paradigma de todas las jerarquías. A lo mejor no nos vendría mal releer a Propertio, tal vez nos haríamos una idea de cómo podrían funcionar lazos hombre-mujer más igualitarios y tendentes a esa ofrenda, ese deseo y ese amor, en un mismo plano, y sin necesidad de renunciar a uno en beneficio del otro: Caiga sobre mis enemigos una chica pasiva. / Véanme en el cuello mis amigos marcas de mordiscos; / muestren mis moraduras que ella ha estado conmigo (III, 8, 20-22); echemos a suertes, un tiro de tabas por intermediario, / a quién el niño [el amor] atiza más fuerte con sus alas





(III, 10, 27-28); Admiro mucho, Esparta, las normas de tu palestra, / y sobre todo el acierto del gimnasio femenino, / porque chicas desnudas practican sin desdoro / juegos físicos y luchan entre hombres (III, 14, 1-4)¹.

La mente judeocristianoislámica verá en el sexo el más nefando pecado, y pervertirá la natural inclinación europea a la vida transformándola en artimañas satánicas. Con todas las distancias y precauciones necesarias, por tratarse de formas y figuras sociales sensiblemente diferentes a las actuales, los versos del poeta de la Ciudad Eterna nos devuelven unos sentimientos donde se aprecia una pasión sin freno y una nula desconsideración hacia la mujer, valorándola como un igual, al menos como amante, con la misma capacidad electiva, con la misma posibilidad de cambio y de desprecio. La mujer, aquí, ni es una presa, ni una madre, ni un mero señuelo de excitación; es aquello por lo que el poeta llega a ser lo que es.

Instauración de una aristocracia sexual

La nueva aristocracia sexual ha de estar formada por los hombres y las mujeres que se hagan dueños mutuamente en el amor, pero del amor situado fuera de la

1. Estas soberbias traducciones de los versos de Propertio son del profesor Pedro-Luis Cano Alonso: *Propertio, Elegías*, Barcelona, Bosch, 1985. Cito números de libro, poema y versos.

órbita de las relaciones sexuales que no son tales, sino masturbaciones mediante el uso y disfrute de otra persona; a la vez, y en primera instancia, a una prudente distancia de las uniones que tengan como meta única la procreación.

Se ha de huir del pudor ante la desnudez o del miedo ante la toma de la iniciativa por uno o por otro, igual que se ha de huir del cumplimiento de los estereotipos y del refrendo de las estructuras sociales. Evidentemente, quien más ha de cambiar en el establecimiento de esta nueva clase de alianza es el varón, acostumbrado a sentirse el rey del mundo y la medida de todas las cosas, así como la única forma posible de mirar y de juzgar.

Cuando se haya establecido esta sexualidad heroica, de hombre y mujer como iguales, fuera de los estereotipos burgueses herederos del cristianismo, la gestación y los hijos no serán un error, una carga, un capricho o «cosa de mujeres», sino la materialización de la pasión en la carne, para que por ella viva más carne, y todo el espíritu de Europa. ●

Josep Carles Laínez es autor, entre otros, del libro de aforismos *In Hoc Signo Vincas* (1998), traducido al alemán, italiano y estonio. Recientemente ha publicado *La tumba de Leónidas* (Áltera, 2006), donde recrea la gesta de los espartanos en las Termópilas. Es asimismo jefe de redacción de la revista *Debats*.



El sexo desplegado o la carne caída

Philippe Forget

Por todas partes cuerpos y más cuerpos: desnudos, ofrecidos, expuestos... Éste es el problema: «cuerpos»—materia. Todo lo contrario de la «carne», todo lo contrario de este encuentro estremecido, ya sea conyugal o libertino, que abre a un mundo. En su lugar, la infantilización regresiva y la histerización de la sexualidad. En su lugar, arrinconando cualquier embriaguez carnal, hombres y mujeres se buscan bajo el imperativo del humor, la seguridad material y la diversión, en tanto que, almibarada, la ternura sustituye al apasionado amor.

PULPOSAS bocas, sugerentes muslos, exuberantes nalgas, huecas o voluptuosas miradas, enhiestos senos tapizan publicitariamente las paredes de nuestras ciudades o el mobiliario urbano. Cada semana, numerosas revistas de sexo, o de salud, o femeninas exhiben titulares relativos a la sexualidad, al orgasmo, a incontables recetas para «seducir», «disfrutar del sexo» y obtener grandes éxitos sexuales.

Así como se supone que disfrutamos de una plenitud de «derechos» y de «democracia», así también se supone que todos nosotros, y en primer lugar las mujeres, hemos llegado al feliz puerto de la emancipación y la libertad sexual. Queda aparentemente lejos el tiempo en que los

Insinuándose bajo la tela, los muslos de Greta Garbo aún se desvelan más. Esta foto (de la película *Mata Hari*) fue censurada en 1930 por las autoridades norteamericanas: sugería demasiado.



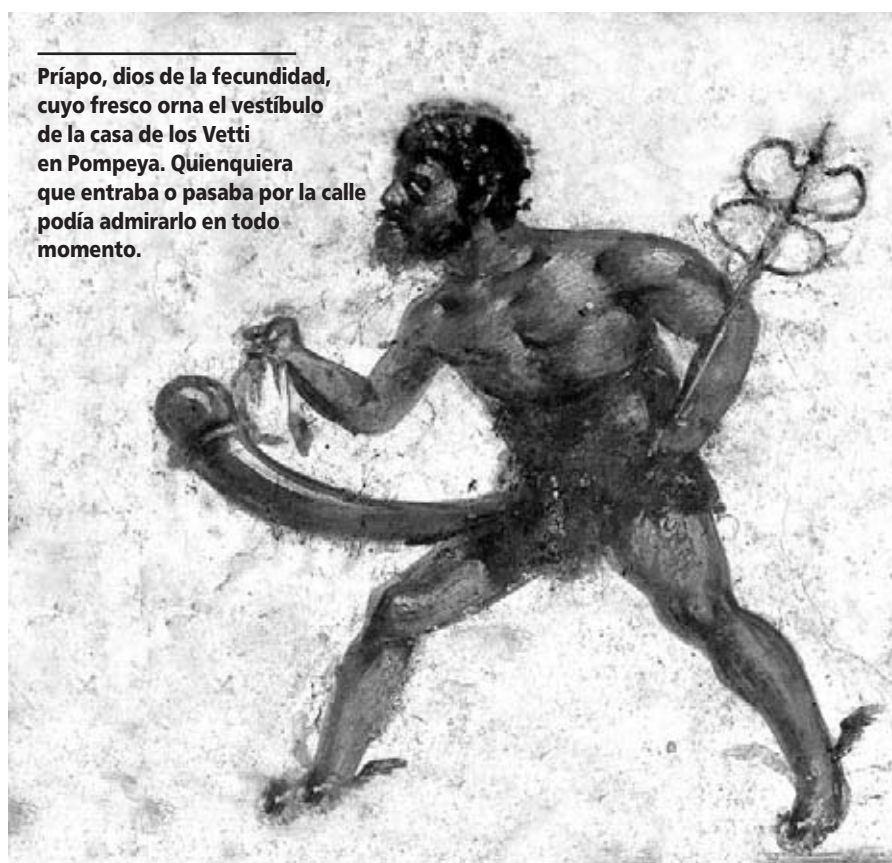
situacionistas, denunciaban en 1967 La miseria sexual en los medios estudiantiles. La revolución sexual ha pasado por aquí, y la mediatización del sexo, su obscenización, tienen que convencernos de que el mundo feliz en el que vivimos es también el de Eros.

El sexo degradado en un simple mecanismo de bienestar

Sin embargo, la realidad no es tan de color de rosa. ¡Curiosa sociedad la del sexo liberado, esa sociedad en la que no deja de aumentar el consumo de psicotrópicos; en la que se incrementa la clientela de los psicólogos y sexólogos; en la que arrecia moral e ideológicamente la guerra de los sexos; en la que sigue siendo sospechosa la experiencia erótica; en la que perece el arte erótico; en la que el sexo se comprende como un simple mecanismo de bienestar; en la que la expansión del sida, su dramatización, acaba proscribiendo toda exuberancia carnal e integrando la experiencia sexual en el proceso general de objetivación técnica y mercantil.

Es cierto que desde hace más de veinte años se ha producido una revolución sexual; pero ésta no ha modificado tanto las prácticas sexuales como nuestra cultura del encuentro amoroso y erótico. Ha transformado sobre todo la relación entre el hombre y la mujer, la relación de los jóvenes con su sexualidad, así como el rostro de la familia. Nada prueba, en efecto, que se haga mucho más el amor, y de más variada manera, que en los años sesenta o que en el siglo XVIII. Heredera del siglo pasado, burgués y puritano, ¿por qué nuestra sexualidad ultramoderna sería mucho más viva que la de otros tiempos? Herodoto, Safo, Ovidio, Apuleyo, Marcial, Margarita de Navarra, Boccaccio, Brantôme, Bussy-Rabutin... atestiguan, cada uno a su manera, la vivacidad amorosa de su época: cuando las gentes intrigaban, se encontraban, fornicaban, pecaban, jubilaban. Vivían, en suma.

Emplazado bajo los auspicios de la ternura, de la normalidad higiénica y de la seducción mercantil, el sexo contemporáneo no procede de un arte de vivir ni de una cultura del espíritu. No tradu-



Priapo, dios de la fecundidad, cuyo fresco orna el vestíbulo de la casa de los Vetti en Pompeya. Quienquiera que entraba o pasaba por la calle podía admirarlo en todo momento.

ce la experiencia viva de un mundo con su hondura espiritual, moral y estética. La gente cree sin duda que está más allá del bien y del mal... cuando donde está es debatiéndose más acá. La erosión del sentido que caracteriza a la sociedad occidental afecta al corazón mismo de su sexualidad. Así como el hombre y la mujer

Antes las gentes intrigaban, se encontraban, fornicaban, pecaban, jubilaban... Vivían. Hoy, en cambio...

de hoy no tienen por destino afirmarse como ciudadanos a través de la temporalidad de una polis y de una historia por construir, así tampoco están destinados a crecer como seres eróticos a través del acontecimiento carnal. La carne.... He ahí lo que caracteriza ese momento y ese lugar en el que la relación sexual no puede constituir un acto disperso y parcial, sino un acontecimiento que sitúa a cada uno de sus protagonistas en una identidad y

los dirige hacia un mundo. Ya sea conyugal o libertina, la carne manifiesta el crecimiento de una existencia que, superando la pulsión, se realiza como libertad. Ahora bien, la vivencia sexual ultramoderna, lejos de hacer signo hacia un mundo, lejos de transcribir la experiencia de una totalidad moral y espiritual, expresa muy al contrario la descomposición del sujeto encarnado, engendrado por una infantilización regresiva y una histerización de la sexualidad, así como por el descomedimiento narcisista del individualismo.

Esos factores de descomposición, por lo demás, no afectan tan sólo al vínculo sexual, sino también al social y político. Son las consecuencias lógicas de una sociedad que, enseñándole al hombre a concebirse a sí mismo como un ser de necesidades e intereses, lo entrega cada vez más al fetichismo de la mercancía y a la objetivación técnica. Como la libido se vierte ahora en la competición laboral y el consumo, el sexo no tiene que constituir el crisol de una rica intersubjetividad que se interpondría entre el individuo y el objeto mercantil. La expansión ilimitada de la economía-mundo induce ahora la desvalorización de la ley y de





la simbología paternas: al carecer de semejante eje unificador, legislativo y judicial, el ser-en-común se disuelve en la inmanencia de los antojos.

Desde muchos aspectos, la sexualidad siempre ha concentrado en sí misma el espíritu y las prácticas sociales de una época; la nuestra lo refleja abundantemente, bastando ver hasta qué punto el sexo —troceado— se produce en campos de explotación comercial, mediática, técnica y política. La sexualidad actual sufre así la ingeniería del capital que, so pretexto de emancipación, la expropia del mundo de la vida (*Lebenswelt*) y la arroja a la ciega circulación del valor y del signo. Como en tantas otras dimensiones de nuestra existencia, la sexualidad es condenada por las fuerzas de la

Insinuación, coquetería, miradas maliciosas o lánguidas... galanteo en pos del amor o de una noche de placer. Todo un arte hoy casi desaparecido.

*Ya sea conyugal
o libertina, la carne
manifiesta
el crecimiento de una
existencia que,
superando la pulsión,
se realiza como
libertad*

Técnica a su definitiva debilitación. También en el ámbito sexual está vigente nuestro destino de alienados.

Pero semejante destino no es tan sólo el fruto de una historia social y política. Abandonando sociología y psicología, dejándonos guiar por una fenomenología antropológica y moral, veremos cómo la sexualidad ultramoderna es originariamente elaborada por el trabajo del resentimiento: la civilización occidental que ha ambicionado en demasía lo verdadero, se dedica por ello a neutralizar la carne del mundo y a escamotear la intimación a emplazarse entre Cielo y Tierra, Origen y Promesa.

Gusto, carne y sentido

La atracción que los amantes se inspiran está determinada en primer lugar por el gusto. Las cualidades que esperan el uno del otro ponen de manifiesto su gusto y su vivencia preferenciales, al tiempo que suscitan las modas por las que se expresa sentimiento amoroso. Así es como, tradicionalmente, el amor de una mujer hacia un hombre se expresaba las más de las veces a través de la admiración. Las cualidades que una mujer esperaba encontrar en un hombre y por las cuales le admiraba eran, entre otras, las de brillantez y audacia (ideal griego), de valentía e hidalguía (ideal caballeresco), de elegancia y mordacidad (ideal libertino), de probidad y orgullo (ideal republicano), de conocimiento y trabajo (ideal burgués), de lucha y de solidaridad (ideal revolucionario)... Por su parte, la atracción que un hombre experimentaba por una mujer podía pasar por la emoción del corazón, no sólo por la de los nervios; el hombre siempre se veía impresionado por cualidades como la belleza y la voluptuosidad, la gracia y la pureza, el espíritu y la astucia, la bondad y la virtud, la discreción y la entrega, el compromiso y la generosidad.

Hombre y mujer se acercaban así el uno al otro por medio de todo un patrimonio moral y estético, lleno de cualidades intersubjetivas y personales que parecen haberse esfumado de la psicología y del vocabulario ultramodernos. Caracteres y personas trataban de encontrarse; el temple y la delicadeza, la autenticidad y la amabilidad, la elegancia y la



lujuria constituían un cosmos moral y estético, principalmente ordenado en torno a la belleza del alma y del cuerpo en cuanto al vínculo carnal en el que habitaban hombres y mujeres.

En su calidad de seres-afectados los amantes se conocían y se sentían. La sexualidad se comprendía dentro de un destino personal, de un proyecto existencial en el que estaban en juego la dignidad y la indignidad, la libertad como aceptación o como transgresión. El sexo se vivía así dentro de una tematización hermenéutica de la existencia, a la vez que se manifestaba en él el sentido de una vida interpelada por la decisión y la responsabilidad.

**Lo que está en juego
no es el cuerpo.
Es la carne exaltada**

A través de la sexualidad yo me comprometo también ante el mundo y ante el otro. Pero la palabra «sexualidad» es impropia para designar la experiencia mundana del sujeto. De lo que se trata es de la carne, de una carne que me asigna entre Cielo y Tierra, elevación y perdición, contemplación y consumación. Hay carne porque, arrojada como cuerpo entre los cuerpos, la existencia, al tener que conocer la opacidad de los elementos, se ve obligada a iluminar, dándoles una dirección, al sujeto, al mundo y al otro. La existencia es una encarnación en la que se enfrentan el Sentido y lo Oscuro, lo Enunciado y lo Enigmático. La carne es este cuerpo habitado por el sentido, esta instancia en la que se muestra en la materia y el espíritu el vínculo fundador de una persona y de una historia. Más que un cuerpo, soy una carne. Por ello, si no quiere perecer, el sexo es envuelto por la carne, y ésta me convoca como sujeto moral y erótico.

Eros es en efecto este dios que nos lleva a buscar la presencia del otro. Pero si yo puedo dar muestras de gusto, es porque yo mismo estoy encarnado. Los amantes se encuentran como carne; carne contra carne, carne dentro de la carne, se buscan, se sienten como presencia encarnada. La proximidad del otro y del mundo es posibilitada por la carne que concita a la vez al espíritu y a la materia, al alma



Eros: el dios que nos lleva a buscar la presencia encarnada —no «pura», no «abstracta»— del otro. «Los amantes se encuentran como carne; carne contra carne, carne dentro de la carne, se buscan, se sienten como presencia encarnada.»

y al cuerpo. Cuando se rehúsa carne, la existencia se queda desgarrada, dividida entre retos contradictorios, entre visiones del mundo opuestas y estalladas.

El *Homo sapiens* es también el hombre del gusto (*sapor*). Conocer y buscar el bien y el mal, lo bello y lo feo, proceden ante todo de una sola y misma experiencia antepredicativa. En este sentido, las fecundas, y ya citadas, cualidades morales de la relación amorosa no hacen sino

expresar el movimiento de una carne que puede anhelar tanto la altura del abismo como la plenitud o la simple linealidad del sujeto. Cuando los amantes se eligen, es que han reconocido compartir una misma dirección, por una noche o por una vida, o que uno de ellos, desgarrado entre dos direcciones, sucumbe al otro, aunque luego sufra quizás hasta la muerte para restaurar el sentido inicial quebrantado: pensemos por ejemplo en la Presidenta de *Las amistades peligrosas*.

Caída nocturna o redención solar, serenidad, quemadura o glaciación, mancha o pureza: el sexo siempre es interpretado según el rasero del «gusto», es decir, de una tradición metafórica en la que el espíritu y la materia se compenetran, en que la experiencia moral es vivi-

**También en el ámbito
sexual está vigente
nuestro destino
de alienados**





da como dirección, en la que, en definitiva, la existencia es aprehendida como carne. Por ello, poco es lo que se puede comprender de la sexualidad si se la desvincula de la carne. Por ello también, si no remite a los retos de la carne, el amor corre el riesgo de convertirse en una palabra hueca. La seducción pone en presencia a seres encarnados y no a existencias objetivadas.

Penuria afectiva: no se busca ni belleza moral, ni tensión existencial, ni embriaguez carnal

Este largo análisis antropofenomenológico del encuentro carnal puede permitirnos ahora evaluar los actuales criterios de la seducción y el comportamiento amoroso. La acción seductora se desarrolla hoy bajo el imperativo del humor, de la seguridad material y de la diversión. Son, por cierto, las mujeres quienes buscan sobre todo tales cualidades en un hombre: que las haga reír, que salga con ellas, que les posibilite comodidad material y tranquilidad burguesa.¹ Sin embargo, los hombres tampoco se quedan atrás

Manifestación de prostitutas en las calles de París exigiendo que se reconozcan y legitimen sus servicios.

Sobreimpreso, un divertido anuncio de preservativos. Su uso parece aumentar cada vez más entre los adolescentes: una afortunada consecuencia de la educación sexual, la cual privilegia, sin embargo, «el aspecto naturalista, científico y médico de la sexualidad».

en materia de prosaísmo materialista, estando simplemente su demanda más centrada en la satisfacción de la pulsión sexual.

*Más que un cuerpo,
yo soy una carne.
Por ello, si no quiere
perecer, el sexo
es envuelto por
la carne, y ésta me
convoca como sujeto
moral y erótico*

Así resulta instructivo constatar que nadie espera del otro ni belleza moral ni cualidad espiritual, como tampoco halle ningún profundo anhelo de embriaguez carnal. Ambos sexos o sea del frente se aprecian según el orden de los placeres ponderados por el dispositivo mercantil: se trata de consumirse un poco buscando un buen «equilibrio psicosexual», de relajarse juntos participando ambos en el circuito del ocio. La seducción ultramoderna está programada por una antropología de las necesidades que determinan las elecciones sentimentales de cada cual.

1. En un artículo publicado en *l'Evenement du jeudi*, n.º 495 y titulado «Encuesta sobre 30 millones de francesas», se indica que para el 87% de las mujeres, el hombre ideal es el que «las hace reír»; para el 84% el que «abre una cuenta de ahorro-vivienda para ofrecerles la casa de sus sueños»; para el 74% «el que les da la sorpresa de invitarlas al restaurante»; para el 59% «el que se queda con ellas mirando la televisión». Con independencia de los porcentajes indicados, el contenido de las preguntas ya expresa cuál es el ambiente del encuentro amoroso.



Frente a frente ambos, el hombre y la mujer ultramodernos se descodifican mutuamente según una tabla de los servicios que pueden prestarse el uno al otro; prestaciones sexuales, prestaciones de entretenimiento, prestaciones de seguridad (en el plano de la imagen social, del cuerpo o del yo narcísicos) constituyen los argumentos del contrato que, sin declarárselo nunca abiertamente, conciertan el hombre y la mujer que supuestamente se gustan. No son, pues, unos seres de carne que se abordan, sino unos individuos funcionales que buscan la buena conexión. El otro, concebido como un complemento funcional, gustará si trae consigo la imagen y las recetas de la felicidad. La selección de las parejas se efectúa especialmente según el ritmo y la jerarquización de las prestaciones por cumplir. ¿Qué esperan al encontrarse? ¿Compartir lo mejor y lo peor de sí mismos y de la vida? No, desde luego: esperan que su «conexión» les proporcione un ambiente bueno y «simpático», una atmósfera en la que puedan «expandirse» como productores y consumidores fuera de cualquier riesgo de compromiso.

Dentro de esta perspectiva debemos insistir en este «humor» que tanto se solicita. Se tiene que reír porque, aparte de la sobrevivencia material y financiera, nada debe tomarse en serio; cualquier dimensión moral, histórica y política de la vida intersubjetiva o bien es ridiculizada, o bien es considerada aburrida o fútil. Es preciso desterrar cualquier sentimiento fuerte, cualquier sentimiento noble, cualquier gravedad, cualquier elaboración crítica: amenazarían con comprometer a la gente en un rumbo y una responsabilidad comunes. Ahora bien, el individuo ultramoderno está condicionado a cultivar tan sólo su pequeño ego; por ello, payasadas y juguetes le resultan necesarios para evitar ser responsable de sí mismo y del otro, así como para abolir cualquier horizonte polémico y decisivo.

La mujer europea, que siempre ha dado el tono de las relaciones sociales, y que mediante la promesa de sus favores empujaba al hombre a la gloria, la audacia, el saber, el deber o la revuelta, se ha convertido ahora en esta occidental que



*La mujer europea,
que con la promesa
de sus favores
empujaba al hombre
a la gloria, la audacia,
el deber o la revuelta,
lo selecciona hoy
por sus capacidades
humorísticas y sus
talentos de ahorrador*

lo selecciona según sus capacidades humorísticas y sus ridículos talentos de ahorrador. Pero ¿no será acaso que esta mujer, vaciada de cualquier transmisión, está expresando su zozobra al no querer aclamar otra cosa que gesticulaciones? ¿No será que al hombre sólo le queda el papel de payaso, cuando se sabe impotente para asumir la ley vertical del Padre?

Y la ternura sustituye, almibarada, al apasionado amor

A la seducción efectuada mediante el humor corresponde el amor definido por la ternura. La demanda de ternura caracteriza el vínculo amoroso de nuestra época, estando ambos sexos persuadidos de amarse cuando son cariñosos el uno con el otro. Se aman en función de la ternura obtenida; con otras palabras, se intenta obtener gracias a la «pareja» un ambiente tierno y almibaradamente algodoneso que tranquiliza y protege. El acto carnal, por lo tanto, sólo tiene que expresar la ternura en medio de una blandengue intimidad cuyo calor hace oficio de acuerdo entre las carnes.²

Lejos de constituir un encuentro con el otro, este amor centrado en la ternura traduce una vivencia profundamente infantil de la relación carnal. Como lo observa muy atinadamente Tony Anatrella, «la ternura no es el amor. La ternura es la actitud afectiva mediante la cual el niño tiene necesidad de ser protegido para vivir en seguridad. Con su entorno y consigo mismo».

A este respecto conviene añadir que la educación sexual en la escuela no desalienta esta tiranía de la ternura. Es cierto que instruye acerca de la «naturaleza de las cosas» y de los procesos biológicos; pero, por otra parte, proporciona estas informaciones al niño ignorando demasiado a menudo la fase de evolución de su vivencia psíquica, como si el niño

2. Cabe subrayar a este respecto que numerosos artículos de la prensa femenina preconizan regularmente la atmósfera tierna de los preludios a expensas de la penetración, juzgada demasiado pulsional y masculina. Hace falta que la mujer civilice al hombre...





podiera asimilarlas intelectualmente al igual que un adulto; y, por otra parte, al privilegiar el aspecto naturalista, científico y médico de la sexualidad, se olvida su dimensión antropológica y simbólica, reduciéndola de tal modo a una funcionalidad parcial de un cuerpo dominado por la técnica.

Lejos de rechazar cualquier educación sexual en favor de una mojigatería oscurantista, sería mejor que, manteniendo su enfoque fisiológico, se la dotara progresivamente de sentido mediante toda una pedagogía de la relación humana. La infantilización de la sexualidad y el imperativo solipsista del cariño están esencialmente ligados a la infantilización de nuestra cultura.

Detrás de la obnubilación de la ternura, gobiernan emociones y humores caóticos. «Al estar condenada la pareja a mantenerse adolescente y sometida a lo aleatorio de la emotividad, de ellos se derivan frágiles relaciones las que, ante la menor dificultad, quedan disueltas en la nada.» Esta reflexión de Tony Anatrella se ve confirmada por el creciente número de divorcios y por la expansión de la familia monoparental. En 1999 la cifra de divorcio superó los 100 000 casos,

«El imperativo solipsista del cariño» da lugar a frágiles relaciones que, ante la menor dificultad, acaban en divorcios cada vez más numerosos. Cuando el divorcio era la excepción, daba lugar a divertidas comedias; como aquí, en los Estados Unidos, en las postrimerías del siglo XIX.

mientras que en 1900 era de aproximadamente 7 000, y en 1970 de 37 500. En la actualidad, aproximadamente uno de cada tres matrimonios corre el riesgo de acabar en divorcio, cuya iniciativa toman generalmente las mujeres.

Esta crisis de las parejas ilustra su dificultad para situarse y actuar en una temporalidad y en una dirección comunes. Han creído poder repetir la atmósfera algodonosa de la ternura de los padres, y

Se intenta obtener gracias a la «pareja» un ambiente tierno y almidaradamente algodonoso que tranquiliza y protege

han fracasado en la confrontación de sus anhelos y de su narcisismo. El artista crea su obra en torno a un motivo, y éste le insta a abrirse y crecer como energía creativa; la pareja ultramoderna, que no actúa ni en pro de un linaje ni de una polis, y ni siquiera en pro de una negatividad libertaria, no dispone de ningún poderoso motivo para conjuntar los acontecimientos de su vida.

El creciente número de hogares monoparentales se deriva de esta temporalidad rota entre hombres y mujeres. Puesto que ya no hay ningún proyecto que asumir, ningún linaje que proseguir, ningún progreso transgeneracional que sostener; puesto que el dispositivo social pretende quebrantar cualquier búsqueda espiritual destinada a superarse a sí mismo, al igual que cualquier utopía social; puesto que la procreación ya sólo se la considera desde el punto de vista de la necesidad fisiológica y sentimental, los hombres tienen escasos motivos para querer ser padres; y si lo son, no lo son en absoluto como palabra de axiología y de autoridad. En la esfera de las costumbres —y no del poder económico y científico—, los hombres saben que han perdido el poder de regular las conductas, y que esta regula-



ción pasa en lo sucesivo por el discurso de lo femenino o de lo juvenil.

Su valor lo experimentan en sus competencias profesionales y en las recompensas del consumo. Así pues, ya no tienen por qué molestarse con los deberes del cabeza de familia, ya no tienen por qué preocuparse de defender su autoridad ante todos; es incluso lógico que traten de deshacerse de la mujer y de sus necesidades (entre otras, del niño) a fin de dedicarse mejor a las exigencias del trabajo o de la distracción. Como la ley simbólica del Padre ya no ordena el vínculo social, los más lúcidos de los hombres no se sienten obligados a ejercerla como una competencia particular dentro del matrimonio funcional. Por lo que atañe a la mujer, al aceptar su liberación como sexo, al liberarse del cosmos masculino, sabe que su nueva soberanía reposa en la prohibición de cualquier regreso del Padre. Le resulta, pues, necesario vivir ahora en un mundo sin transmisión patrimonial y sin historia. ¿Qué experiencia del mundo le queda por vivir, fuera de cualquier tradición o de cualquier utopía? Su único bien es el fruto orgánico de su vientre, y la mujer no tiene ningún motivo de compartirlo con un hombre cuyo regreso se dedica a impedir constantemente. Por lo que atañe al niño, demasiado a menudo sólo constituye el teatro vivo del luto inconcluso del Padre y de su ley, tanto por lo que concierne a la familia como por lo que respecta al cuerpo social, ese ersatz de un mundo perdido y de un alba sin promesa.

Desde que todos los ideales del progreso moral y político han sido conquistados por las potencias de la economía y la técnica, la inversión del sentido causa estragos por doquier. El sexo liberado no significa la gloria de la carne, sino la fetichización mercantil y técnica del cuerpo. La sexualidad se hizo visible el día en que el sistema del «consumo dirigido» se apropió de ella como campo de explotación. En la antropología liberal y puritana del capitalismo, la verdad de las cosas reposa, en efecto, en su valor añadido, procedente de su producción por el trabajo y de su circulación como bienes mercantiles. Por consiguiente, cosas y seres no tienen derecho a repo-



«Al no haber ni proyecto que asumir, ni linaje que proseguir, los hombres tienen escasos motivos de querer ser padres; y si lo son, no lo son en absoluto como palabra de axiología y de autoridad.» *Padre e hijo*, Parque Frogner, Oslo.

sar en el lugar que es el suyo, en el secreto de su vivencia y en la guardia de un emplazamiento identificado y comprendido como lengua, gusto, narración e historia. Tienen que ser exteriorizados y expuestos como objetos, es decir, como «material de signos que se intercambian» bajo la norma de un equivalente soberano: el dinero. ●

Philippe Forget. Filósofo. Antiguo investigador en el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Director de la revista *l'Art de comprendre*. Autor, junto con Pilles Policarpo, de *l'Homme machinal. Technique et progrès : anatomie d'une trahison* (Syros-Alternatives, 1990).



Sexología católica

Una sorprendente entrevista con Teresa Suárez, sexóloga en la COPE

José Javier Esparza

A la ortodoxia católica se le ha reprochado desde siempre el haber impuesto una visión coercitiva de la sexualidad, una condena de la carne que relegaba el erotismo al terreno del pecado. Sin embargo, desde una visión netamente católica de la vida también es posible aportar una concepción abierta y franca del sexo. Ésa es la tarea que viene desarrollando, para sorpresa de muchos, la sexóloga Teresa Suárez, cuya sección radiofónica en *La tarde con Cristina*, en la cadena COPE, ha cobrado justa fama. Hela aquí.

—¿Ha existido alguna vez una sociedad donde el sexo sea tan importante y esté tan presente como en la nuestra?

—Yo no creo que el sexo como tal sea tan importante en nuestra sociedad; lo que parecen importantes son algunas prácticas sexuales, casi siempre relacionadas con algún tipo de industria. Me refiero a que la sexualidad como forma de estar en el mundo no es algo opcional —y de una manera u otra ha sido siempre importante en la sociedad— porque los humanos somos personas corporales, es decir, sexuadas (no como los ángeles). Nuestra sociedad liberal ha tenido la pretensión de traducir los deseos que constituyen el corazón de cualquier ser humano en necesidades para las que oferta servicios que cuestan dinero y, por lo que se ve, el engaño es bastante rentable desde el punto de vista económico (parece que en este momento la industria del «sexo» compite con la droga en el ranking de facturación a nivel mundial).

—Desde los años sesenta, corrientes muy fuertes de la cultura occidental emprendieron una ofensiva para conseguir la «liberación sexual». Hoy el sexo se ha emancipado, sin duda, pero, desde su punto de vista profesional, ¿ha significado también una mayor liberación de las personas?

—En una sociedad como la nuestra donde parece que las posibilidades de elegir son

cada vez mayores, lo que vemos es una grave disminución de la libertad como experiencia existencial, que no tiene nada que ver con la posibilidad de elegir sino de estar satisfecho. Pongo un ejemplo. Si yo encuentro al compañero de mi vida, si me enamoro, si le amo con todo mi ser, ¿cuándo soy, desde el punto de vista existencial, no teórico, más libre? ¿antes de conocerle que podía elegir entre todos los posibles «candidatos» a mi amor o cuando estoy en sus brazos? Evidentemente, cuando estoy en sus brazos y, evidentemente también, en ese momento la libertad como capacidad de elegir ha desaparecido. Por este motivo, nosotros entendemos la libertad como la capacidad de estar satisfecho, no de elegir. La mal llamada «liberación sexual» ha aumentado la capacidad de elegir (siempre entre lo que los poderosos nos ofertan) pero no la capacidad de estar satisfecho, que se relaciona más con la experiencia de «ser de», de «pertener a», es decir, la satisfacción se relaciona más con el vínculo y la liberación sexual nos vende la autonomía como máxima liberación: solos y tristes, basta mirar a nuestro alrededor.

—Sabemos cómo se entiende el placer desde el discurso dominante: es una suerte de derecho individual (el «derecho al orgasmo», como se decía antes) vinculado a un acto



sexual. Pero, desde su perspectiva profesional, ¿se corresponde ese concepto del placer con el de las personas comunes y corrientes? ¿Lo que uno espera realmente es satisfacer un «derecho», o se trata más bien de otra cosa? ¿Cómo entendemos hoy el placer?

Desde el punto de vista sexual considero que existen tres niveles de placer. El orgasmo sería el nivel más biológico, relacionado con mecanismos neurológicos y hormonales. Después podríamos señalar un placer que tiene que ver más con las emociones, con el estar a gusto, con la desaparición de ciertas tensiones, es decir, más psicológico. Por último, estaría el placer espiritual, que incluye a los otros dos. Hablando del placer sexual se trataría de



un placer intenso a nivel biológico, que produce bienestar psicológico y que se acompaña de la experiencia apasionante de tener entre los brazos al amado, a toda su persona, con todo su ser, no sólo su cuerpo sino sus deseos y sus miedos, todas sus posibilidades de valor. Cuando una relación sexual se da de esta manera, el placer no produce sólo satisfacción, se transforma en gozo y el gozo es duradero. En una terapia sexual se trata de educar a las parejas para que la experiencia de placer sea completa de manera que les «construya» humanamente.

—A la pornografía se le han atribuido tanto efectos perniciosos (en particular en el ámbito moral) como efectos benéficos (una especie de «sexualidad de sustitución para casos de urgencia»). Desde una perspectiva sexológica, ¿cómo puede valorarse la explosión del mercado de la pornografía, especialmente a través de Internet?

—La pornografía crea adicción y la adicción produce falta de libertad. Cuando algún paciente acude a consulta porque se encuentra «enganchado» a la pornografía, en mi opinión, la tarea más importante es ayudarlo a que haga experiencia de por qué no le ayuda la pornografía. Creo que siendo leales con la propia experiencia, las personas pueden reconocer lo que les ayuda y lo que no les ayuda. Muchas personas afirman que la pornografía es buena y útil, que les ayuda en sus relaciones sexuales, y esta afirmación refleja que nunca han hecho experiencia del verdadero placer sexual de que hablaban antes. Es confundir el prensado de paletilla de York con el jamón de pata

El amor posee una dimensión carnal, física, que tradicionalmente quedaba oculta en el discurso católico. Sin embargo, la entrega completa al cónyuge es un ejemplo insuperable de *charitas*. Sobre esta base es posible construir desde el catolicismo una sexología muy elaborada, como propone Teresa Suárez.

negra, basta haberlo probado alguna vez para que nadie pueda engañarnos.

—*Erotismo y pornografía: ¿son dos mundos antagónicos, dos dimensiones distintas de una misma realidad?*

—El erotismo es el mundo de los deseos, en este sentido, es inextirpable de una relación sexual verdadera, es el deseo del hombre como hombre, en su carne —como decía Benedicto XVI en su encíclica *Deus Caritas est*—, por su mujer y el deseo de la mujer, como mujer, en su carne, por su marido. No debemos tener miedo a llamar a las cosas por su nombre. Es importante no confundirlo con el comercio de las personas que se llama pornografía. Se habla de congreso de erotismo cuando en realidad se trata de vulgar pornografía; no deberíamos permitir este uso inadecuado de algo tan bello. Todo el arte de la seducción, del deseo entre un hombre y una mujer cuando

son reflejo del verdadero erotismo, tienen dentro el «para siempre»: nadie puede abrazar a la persona que ama con toda su alma sin que en ese abrazo esté escrito este «para siempre». En la pornografía lo que está escrito es un precio.

—*La pornografía ha fijado un canon no sólo de atracción sexual, sino también de comportamiento. ¿Ese canon se refleja realmente en la conducta sexual de las personas?*

—El mercado fija patrones de comportamiento de la misma manera y por el mismo motivo por el que fija tallas determinadas de ropa: para vender. La gente acaba por compararse con patrones exter-

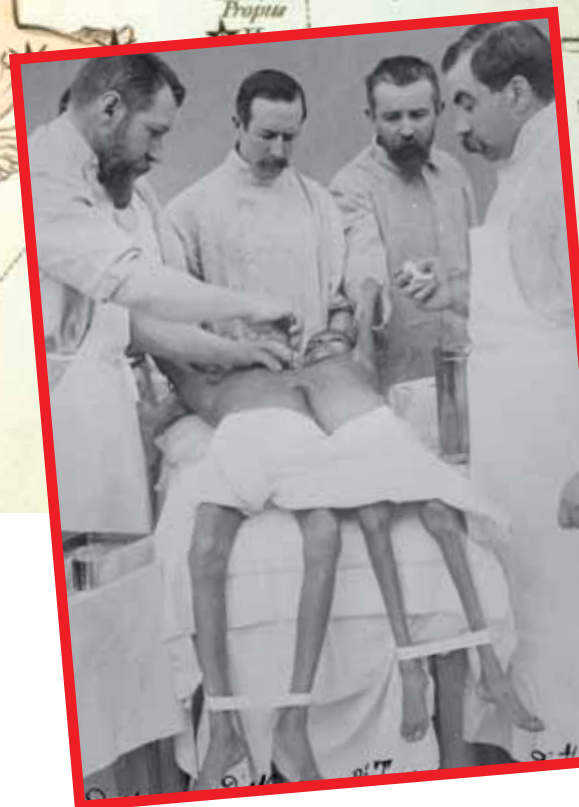


nos en lugar de admirar y admirarse del milagro de una relación sexual con el amado. Es repugnante. Hemos cambiado la admiración por el milagro del amor por la competición o la comparación, como si alguien de fuera pudiese decirle a mi corazón si está contento o no lo está. Las consultas están llenas de parejas que sufren por este «compararse». Es realmente triste todo este deterioro humano.

—*Sin miedo a la political correctness: ¿la homosexualidad puede entenderse realmente como una «opción personal», según se nos dice, o más bien viene determinada por factores psicológicos y ambientales? Y, en este último caso, ¿cuánto hay en ella de determinación genética y cuánto de conducta «desviada» respecto al patrón natural?*

—De la homosexualidad sabemos realmente poco, pero de lo poco que sabemos es que uno es lo que es y que no





podemos elegir nuestra identidad sexual, sólo reconocerla. Un homosexual es aquel que tiene como sujeto de su deseo sexual a otro de su mismo sexo, no aquel que realiza prácticas homosexuales, aunque las realice de forma exclusiva.

La experiencia de la complementariedad es una grandeza. Un hombre sólo puede hacer experiencia del mundo femenino cuando una mujer, su compañera, le introduce en ese mundo, y una mujer puede hacer experiencia de lo totalmente otro, totalmente diferente, del otro sexo, cuando un hombre, su compañero, le introduce en el mundo masculino. Quien es homosexual nunca podrá hacer esta experiencia humana y esto es claramente un menos.

Me parece cruel la forma tan banal de hablar de la homosexualidad que hay hoy en día, sin tener en cuenta el sufrimiento de personas a las que está vedada la experiencia humana de la complementariedad. No concibo una opción libre que decida impedir esta experiencia. Aquí también hay mucho negocio con el sufrimiento humano, basta ver las cifras económicas que se manejan en el mundo del comportamiento homosexual.

La homosexualidad: ¿genética o adquirida? En sí misma, la cuestión —a cuyo respecto las opiniones científicas andan divididas— es de todo punto intrascendente. Sin embargo, ciertas investigaciones sobre gemelos homosexuales podrían favorecer tal vez la perspectiva de la «homosexualidad genética». Ello podría incluso hacer correr el riesgo de que a ciertos médicos se les ocurriera la aberración de «curar» a los homosexuales de modo similar a como se cura —y ahí sí se trata de una deficiencia— a los siameses.

—*En una sociedad como la nuestra, cada vez más individualista y, a la vez, más anónima, donde los aparatos sustituyen cada vez más a las personas, ¿podremos reconquistar el erotismo como algo genuino y plenamente humano?*

—Sin duda, basta un poco de ternura para con uno mismo, una pizca de ternura que recupere al propio yo como protagonista de nuestra vida, basta no censurar nuestros deseos, no renunciar a ellos. Es necesario ser leales con nuestra experiencia y compararla con aquello que Otro ha escrito en nuestros corazones desde la eternidad: estamos hechos para amar y

ser amados sin límite, y menos que esto no nos basta. No nos conformemos con la paletilla de York: ¡existe el pata negra! Creo que la dificultad está dónde mirar, dónde encontrar esta seriedad con los propios deseos, dónde somos tomados en serio: hace falta un lugar concreto donde uno pueda hacer experiencia de esto que digo, poco a poco, recuperando nuestra persona, un lugar donde hagamos experiencia de ser amados sin condiciones.

Yo sólo puedo contar mi experiencia. El lugar donde no sólo no se censuran mis deseos, sino que son tomados en serio; el lugar donde la pretensión del infinito se va cumpliendo paso a paso, en un camino humano, es la Iglesia: Jesús de Nazareth es Aquel que transforma en infinito cada uno de mis abrazos limitados. ●



Encuentran restos de cientos de sacrificados y devorados por los aztecas durante la conquista de México



Numerosos esqueletos encontrados en un yacimiento prehispánico descubierto recientemente en México demuestran que los aztecas capturaron, sacrificaron y comieron parcialmente a cientos de personas que viajaban con una columna de las fuerzas conquistadoras españolas en 1520.

El lugar fue rebautizado «Tecuaque», que significa «donde se comieron a la gente», por Hernán Cortés. Los prisioneros estuvieron enjaulados durante meses esperando su turno.

Los cráneos y huesos encontrados en la zona de Tecuaque, cerca de Ciudad de México, revelan que sacerdotes aztecas arrancaron el corazón a unas 550 personas, que luego fueron desmembradas y hervidas, informa Catherine Bremer, de la agencia Reuters. Aparentemente la caravana fue interceptada porque viajaba lentamente y estaba integrada también por hombres y mujeres mulatos, mestizos, mayas y caribeños.

Los prisioneros estuvieron en jaulas durante meses, mientras que los sacerdotes aztecas seleccionaban a unos cuantos diariamente para sacrificarlos sacándoles el corazón en honor a sus dioses. «Durante seis meses el sacrificio fue continuo. Mientras los prisioneros escuchaban como eran sacrificados sus compañeros, otros iban siendo seleccionados», narró el arqueólogo Enrique Martínez, jefe de la excavación en la ciudad de Calpulalpan. Hay algunos restos de soldados españoles, pero son pocos; la mayoría pertenecen a la población civil que les acompañaba.

Algunas veces los sacerdotes y los ancianos del pueblo, que realizaban los rituales en las escaleras de los templos, se



comían los corazones ensangrentados o la carne de brazos y piernas que se desprendía de los huesos al hervirlos. Abundan los cortes de cuchillo de obsidiana y marcas de dientes en los esqueletos. Los aztecas blanqueaban los huesos con lima y los llevaban como amuletos. Algunos se utilizaban como ornamentos en los hogares.

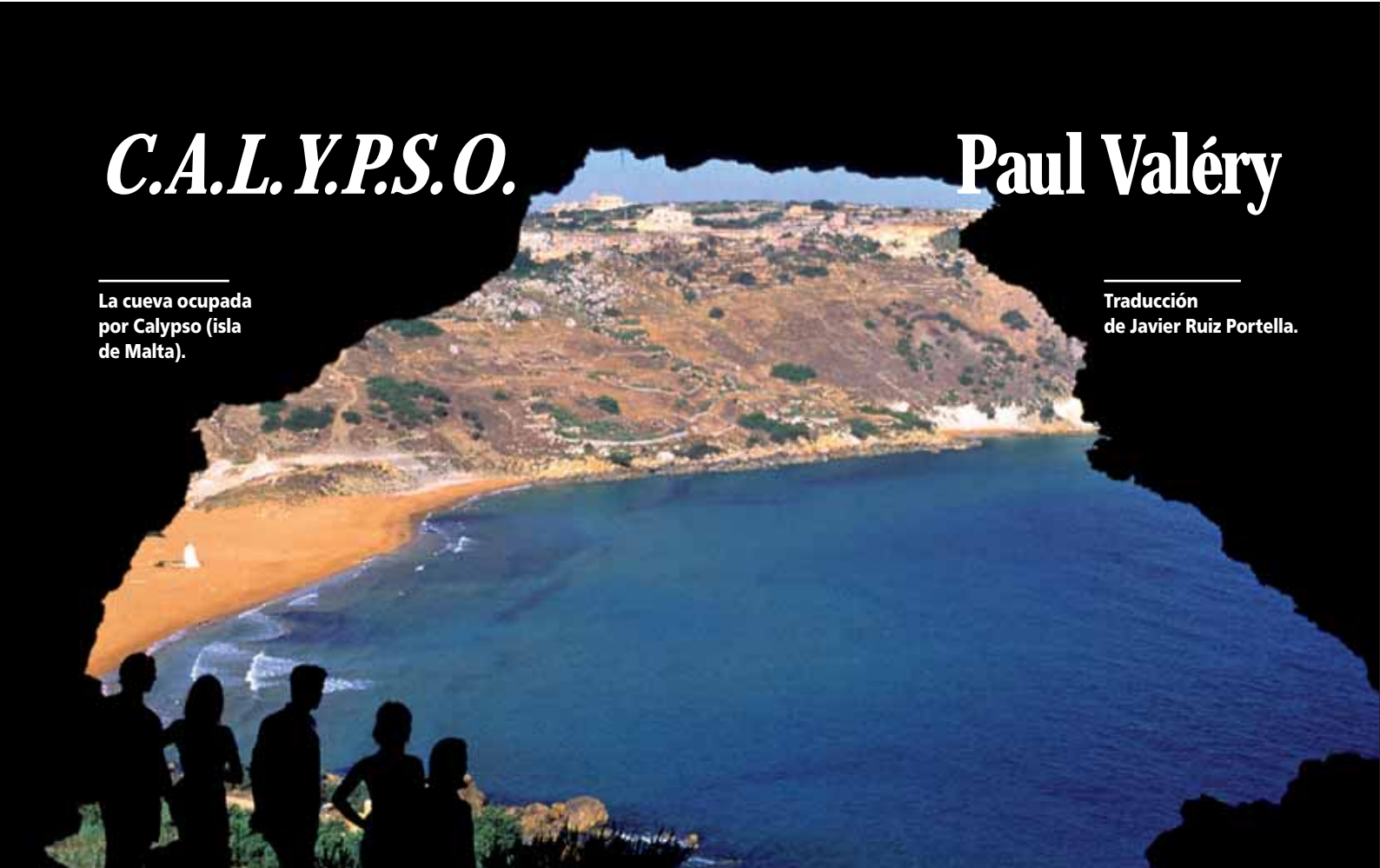
Al enterarse de la prolongada masacre, Cortés renombró el lugar con el vocablo náhuatl *Tecuaque*, que significa «donde se comieron a la gente», y envió a su ejército a acabar con sus habitantes que, al saber que los españoles se aproximaban, tiraron las pertenencias de sus prisioneros a los pozos. «Escondieron todas las pruebas de lo que habían hecho con los prisioneros», concluyó Martínez.

El soldado Bernal Díaz del Castillo, cronista de la conquista de México, cuenta que, al aproximarse al Templo Mayor y observar el altar de Huitzilopochtli, «...éste tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado de ello, como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor. Y allí le tenían presentados (al dios tutelar) cinco corazones de aquel día sacrificados».

La película de Mel Gibson *Apocalypto*, criticada por los partidarios del indigenismo, permite comprender por qué mueren las civilizaciones.

La cueva ocupada por Calypso (isla de Malta).

Traducción de Javier Ruiz Portella.



SURGIDA apenas Calypso a la mirada del día en el umbral de su gruta marina, todo se hacía ardiente y amargo en las almas, y tierno en los ojos.

INTRODUCÍASE ella sutilmente en el mundo visible, arriesgándose poco a poco y con mesura. A veces, con admirables movimientos de fragmentos, su cuerpo puro y perfecto se proponía a los cielos, ofrendado como único objeto del sol.

PERO nunca se adentraba tanto en el imperio de la luz plena como para que todo su ser se desprendiera del misterio de las sombras de donde emanaba.

SE HUBIERA dicho que, tras ella, una potencia la retenía de entregarse entera a las libertades del espacio, debiendo, so pena de la vida, mantenerse semicautiva de esa inaudita fuerza de la que su belleza sólo era, acaso, una especie de pensamiento, o la figura de una Idea, o la empresa de un deseo encarnado en esa aventurada CALYPSO —a la vez su órgano y su acto.

ES por ello, y por la prudencia de sus maniobras delicadamente pronunciadas y reanudadas, y por toda su temblorosa y nacarada carne, por lo que cabía soñar que ella fuera no sé qué parte infinitamente sensible del animal cuya gruta habría sido la inseparable caracola.

PARECÍA ella agarrarse y pertenecer a esa caracola que se ahondaba en tinieblas que se adivinaban tapizadas por una

sustancia viva, cuya expansión en torno a su ser, en la oscura roca de los bordes, la envolvía con temblorosas guirnaldas propagadas con escapes y pliegues curiosamente irritables, y desde donde germinaban brillantes gotas.

CALYPSO era como el fruto natural de ese cáliz de carne húmeda en torno a ella entreabierto.

APENAS surgida Calypso, y en el umbral de su marina cueva plantada, creaba amor en toda la plenitud desplegada. Lo recibía y devolvía con un donaire, una energía, una ternura y una sencillez que sólo suyos fueron siempre. Mas también con un capricho que, sin duda, le era ley.

ASÍ sucedía siempre que ella se recogía y retiraba, sin que se hubiera podido saber nunca la causa, ni prever el motivo de tan funesta recogida, esquivándose a veces, fundida como un reptil en medio del más estrecho de los abrazos, y retrayéndose otras, pronta y viva como mano que se arranca cuando el hierro ardiente roza.

Y sobre ella el manto vivo de su caracola caía.

INAUDITOS males y calamidades se alzaban de inmediato bajo los cielos. Toda la mar se hinchaba y precipitaba contra la roca, rompiendo y sacrificando contra ella enorme cuantía de sus más altas ondas. Se divisaban naufragos diseminados en la amplitud del agua trastornada. Terriblemente rugía y golpeaba el agua en las cavidades sumergidas de la isla, en cuyos antros mugían abominables blasfemias y las más obscenas injurias, o se exhalaban lamentos que el alma rompían.

QUIERO Dios, el destino o el peor de los demonios que la voluptuosidad de tu sien no se perdiera nunca.

Atrapada entre la ceniza y la piedra
un mosaico retiene tu imagen
y el mismo gesto íntimo
con el que probablemente periciste.

La serenidad de tu boca,
visible apenas,
mantiene el abandono
con el que te ofrecías.

Por azar sigue todo intacto:
la música despeinada sobre tus hombros,
tu aparente indiferencia de reina desnuda
enumerando entregas por leves suicidios.

Y qué es el deseo decías
sino una tentativa inútil por dejar de ser.

Quién podría pensar que tú,
cisne de termas oscuras,
novia fugaz de los instintos,
cayeras esclava por siempre de un esbozo.

Nadie sostiene ya tu rumor de desaparecida,

diosa del alivio,

rosada encubridora,

a tu espalda se citan los reos de la carne,

un cortejo de siglos,

que esperan

pacientemente

a ser petrificados.



Fresco en Pompeya:
Venus saliendo de las aguas.

Ese inquebrantable núcleo nocturno...

Robert de Herte

Que el erotismo responda a su ser, que se mantenga luminosamente nocturno, que preserve la contradicción que constituye su núcleo, que no regrese a la negra noche del sexo maniatado por la moral, ni se pierda en la pastosa, desapasionada luz de la norma que promulga, implacable, que aquí no hay norma... ni transgresión. A ello nos exhorta Robert de Herte.

No existe ninguna definición verdaderamente satisfactoria del erotismo, esa cualidad propiamente humana que hace que el deseo sexual siga el rumbo de la inventiva entre dos seres. El erotismo no es lo contrario del pudor, el cual sólo tiene sentido en la medida en que hace que algo sea deseable. Tampoco es lo contrario de la pornografía, la cual sólo resulta sugerente (es su gran ventaja) cuando, mostrándolo absolutamente todo, revela... que no hay nada que ver. Por lo demás, D. H. Lawrence ya lo dijo todo cuando denunció la hipocresía de una sociedad que condena la pornografía al tiempo que cierra los ojos ante su propia obscenidad. Cualquier discurso publicitario, cualquier discurso perteneciente a la lógica del mercado resulta hoy más obsceno hoy que una vagina abierta fotografiada en primer plano.

Durante siglos, el erotismo fue denunciado como lo opuesto a las «buenas costumbres», como algo que excitaba las pasiones sensuales, contradecía una moral basada en la devaluación de la carne. Contrariamente a otras religiones, el cristianismo siempre ha sido incapaz de elaborar una teoría del erotismo, no por haber ignorado el sexo, sino por lo contrario: por haberlo convertido en una obsesión negativa. Pasado el tiempo de los mártires, la abstinencia se convirtió en la marca de la vida devota y la sexualidad en el campo escogido del pecado.



La actriz Pamela Anderson fotografiada en 1990 por Stephen Wayda para la revista *Playboy*. O el erotismo visto por la industria del espectáculo y de la prensa.





La actividad sexual, considerada un mal menor, sólo será admitida en el marco conyugal. La Iglesia condenaba una sexualidad que no estuviera destinada a la procreación, al mismo tiempo que cultivaba la idea virginal de una procreación sin sexualidad. Por tal motivo, sin duda, el discurso sobre el sexo se mantuvo durante tanto tiempo en el ámbito exclusivamente literario, médico o simplemente vulgar —aunque resulta significativo que, desde siempre, el desnudo ha servido de base a la enseñanza de las bellas artes como la forma más adecuada de formar de cara a la categoría de lo hermoso.

Cualquier discurso publicitario resulta más obsceno que una vagina abierta fotografiada en primer plano

La modernidad naciente emprendió luego un vasto trabajo de simbolización del que fue víctima el erotismo. Basándose en una idea del ser humano como individuo autosuficiente, le resulta imposible pensar una diferencia sexual que, por definición, implica lo incompleto y lo complementario. La descalificación de las pasiones y emociones, supuestamente generadoras de «prejuicios», acompa-



La desnudez no es, en sí misma, sinónimo de erotismo. Basta ver la escultura hiperrealista de la izquierda... Y compararla con las tres mujeres (arriba), cuya sensualidad está enaltecida por la obra del escultor.

ñó por otra parte el auge del poder del individuo en favor del racionalismo científico. La inteligencia sensible —la del cuerpo— se vio por consiguiente devaluada, ya sea como portadora de pulsiones «arcaicas», ya sea por emanar de una «naturaleza» de la que el hombre, para hacerse propiamente humano, tenía por misión emanciparse. La modernidad, por último, transformó sistemáticamente el interés en necesidad, y la necesidad en deseo. Sin ver que el deseo no se reduce precisamente al interés.

Autor de una hermosa *Antología histórica de las lecturas eróticas*, Jean-Jacques Pauvert llegó a estimar que «en el año 2000, pese a las apariencias, hay muy poco —o casi nada— de erotismo». Esta afirmación del experto puede sorprender. Y, sin embargo, se limita a constatar que el erotismo, reprimido ayer por una censura que lo condenaba a la clandestinidad y a la prohibición, está hoy amenazado exactamente por su contrario.

Si la omnipresencia de la imagen impide ver, y si la gran ciudad constituye en realidad un desierto, así también el sexo ensordecedor llega a hacerse inaudible. La omnipresencia de las representacio-

nes sexuales priva a la sexualidad de toda su carga. Contrariamente a lo que se imaginan los reaccionarios pornófobos, la pornografía mata al erotismo por exceso, en lugar de amenazarlo por defecto. Es éste también un efecto de la modernidad. El proceso moderno de individualización, en efecto, ha conducido en primer lugar a la constitución de la intimidad, luego a la inversión dialéctica de la intimidad, y ha acabado transformándose en exhibición del sujeto en nombre de un ideal de transparencia.

Al sexo se le incita hoy a ponerse a la altura del espíritu de los tiempos: huma-

Al sexo se le incita hoy a ponerse a la altura del espíritu de los tiempos: humanitario, higienista y técnico

nitario, higienista y técnico. La normalización sexual encuentra nuevas formas que ya no tratan de reprimir el sexo, sino que intentan convertirlo en una mercancía como las demás. La seducción, demasiado complicada, se convierte en una pérdida de tiempo. El consumo sexual tiene que ser práctico e inmediato. En el mundo de la comunicación, el sexo tiene que dejar de ser lo que siempre ha sido:



aparición de comunicación tanto más deliciosa cuanto que se sitúa en un fondo de incomunicabilidad. En un mundo alérgico a las diferencias; en un mundo que desde múltiples aspectos ha reconstruido social y culturalmente la relación de los sexos bajo el horizonte de un dimorfismo sexual atenuado; en un mundo que se empeña en ver en las mujeres unos «hombres como los demás», cuando son en realidad lo otro del hombre, es preciso que el sexo deje de «alienar», cuando no es en realidad sino un juego de alienaciones voluntarias. El deseo políticamente correcto de suprimir la correlación de fuerzas que se establece a veces a favor de un sexo y otras del otro mata de tal forma el erotismo, puesto que ya no hay ninguna relación amorosa que se despliegue en una plena igualdad, sino sólo en una lid: una inestable desigualdad que permite darle la vuelta a todas las situaciones. El sexo no es sino discriminación y pasión, atracción o rechazo igualmente excesivos, igualmente arbitrarios, igualmente injustos. En este sentido no resulta exagerado decir que el verdadero erotismo —salvaje o refinado, bárbaro o lúdico— sigue siendo más que nunca un tabú.

La voluntad de suprimir la transgresión mata parcialmente el erotismo. Porque sí hay normas en materia sexual... como las hay en todas las cosas. El error consiste en creer que son normas morales, mientras que el otro error consiste en imaginarse que cualquier conducta puede erigirse en norma, o que la existencia de una norma deslegitima por ello mismo todo lo que está fuera de normas. El erotismo implica la transgresión,

siempre que esta transgresión resulte posible sin dejar de ser transgresión, es decir, sin ser erigida como norma.

Entre los «jóvenes de los suburbios» para quienes las mujeres sólo son agujeros con carne alrededor, las chupadoras profesionales envueltas en siliconadas formas, y las revistas femeninas transforma-



¿Quién es quién?...

A la izquierda, la masculinizada culturista Ana Cowen; arriba, un joven en pose afeminada. ¿Será que la (pretendida) igualdad implica la indiferencia?...

das en manuales de sexología barata, el erotismo aparece bloqueado por doquier. Los jóvenes, en particular, tienen que hacer frente a una sociedad que es a la vez mucho más permisiva y mucho menos tolerante que en el pasado. Así como la dominación desemboca en la desposesión, también la pretendida liberación sexual sólo ha conducido finalmente a nuevas formas de alienación. Pero el sexo, porque pertenece ante todo al ámbito de lo incierto y de lo turbio, siempre se escapa a la transparencia. El exhibicionismo aún lo hace más opaco que la censura, pues a este deseo de transparencia responde siempre con la metáfora. A la iluminación bajo los proyectores, el mundo del sexo opone, afortunadamente, lo que André Breton denominaba su «inquebrantable núcleo nocturno». ●

Robert de Herte, ensayista, editorialista de la revista francesa *Éléments* desde comienzos de los años setenta. Entre sus obras figura en español: *11 de septiembre de 2001: ha empezado el III milenio*, Barcelona, 2002.





El Manifiesto sigue despertando entusiasmo y esperanza

«No es la contaminación o el paro lo que encoleriza, sino que todas estas cosas se camuflen tras el hermoso velo de la democracia.»

Muchas gracias

Topé con el texto del *Manifiesto contra la muerte del espíritu* (como muchas de las mejores cosas en la vida) por pura casualidad y de rebote mientras «buceaba» por esta inmensa maraña de información que es la Red. Y me caló. Supongo que todo el mundo conoce la sensación de ver en algún momento plasmados en el papel muchos de los sentimientos que uno encierra acerca de las cosas más trascendentales que una persona puede plantearse, pero que uno nunca pudo expresar en palabras. A partir de mi encuentro con el *Manifiesto*, lo transcribí con mi puño y letra (para hacerlo un poco más mío, pero sin dejar de ser de todos) y lo guardo en un cajón de mi habitación como si fuera mi personal «mapa del tesoro», al que acudo siempre que —por causas de la inmisericorde vida diaria— se me olvida dónde está la X que marca el lugar. Muchas gracias a todas las personas que han hecho esto posible.

Benjamín R. Ormaechea
Estudiante, La Coruña

Esto no es democracia

Permítanme, como joven que soy, exponerles, a la luz de una iniciativa como la del *Manifiesto*, algunas consideraciones

sobre una juventud, que detrás de su aborregamiento, no deja de manifestar una profunda desazón.

En el fondo estamos hartos de todo. Es algo mucho más profundo que la expresión violenta de un descontento general que se está extendiendo entre la juventud [...]. No es el paro. No son nuestros míseros trabajos [...]. No es el exorbitante precio que hay que pagar por vivir bajo techo. [...] Tampoco es la contaminación, la deforestación, el acelerado cambio climático o el exterminio diario de cientos de especies.

Lo que realmente nos encoleriza es que todas estas cosas se camuflen tras el hermoso velo de la democracia.

No existe tal democracia. [...] Los señores que hoy dominan siguen siendo unos pocos. Detentan un inmenso poder [...]. Desde sus bancos, sus multinacionales, sus constructoras o sus escaños manejan nuestra vida. Dirigen nuestros pasos, buscando en último término su propio beneficio.

Les entregamos el diezmo para no ser expulsados de su sistema, ese abominable sistema del dios Dinero, que no entiende de belleza ni de justicia, y que tiene la particularidad de hacer creer a muchos necios que las cosas deben ser así. [...]

Nos estamos dando cuenta de que el mundo que hemos heredado está corrupto, podrido. [...] Nos han hecho caer en el más estúpido de los sinsentidos.

Trabajamos para proporcionarles mayores riquezas, para poder pagar cosas que en realidad no necesitamos, pero que se han tornado en indispensables a nuestros ojos.

El verdadero problema lo podremos apreciar dentro de unos cuantos años, cuando una generación de bestias semi-humanas, criadas y educadas en este envilecedor ambiente, salgan a nuestras calles con la intención de atropellar a los demás en su carrera por ser el más rico o el más poderoso, pues esto y poco más es lo que de sus padres han podido aprender. [...]

Ignacio Ramiro Escalada
Madrid

Me ha impactado el contenido del Manifiesto

Tengo veinticinco años, trabajo de panadero y desde hace poco he empezado a navegar en Internet y a buscar información sobre aquellos temas que me interesan. Una de las primeras páginas que he visto es la vuestra y me ha impactado el contenido del *Manifiesto*, pues siempre me he debatido entre la idea del Dios de los curas y la existencia de un «algo» diferente.

Sigfrido Reyes
Sabadell (Barcelona)

¡En pie, patricios de la tierra!

Proclama de Año Nuevo



Fernando Sánchez Dragó

En esta proclama, publicada originalmente en *El Mundo*, Fernando Sánchez Dragó se muestra como un verdadero reaccionario, es decir, alguien que reacciona ante la indignidad y el oprobio. El nuevo y brillante presentador del telediario nocturno de Telemadrid sostiene que cualquier tiempo pasado fue mejor que el que estamos viviendo, pero que todavía no hemos alcanzado el fondo de la decadencia. Para seguir hurgando en ella siempre habrá poceros.

PROCLAMA de Año Nuevo. Y proclamación, mediante ella, de los Derechos Universales de la Literatura. Decía Nietzsche que «sólo como fenómeno estético se justifican eternamente la existencia y el mundo». Así es, aunque así no os parezca. Lo sabía de niño, lo olvidé en mi juventud, lo negué luego, lo reconozco ahora. Sólo un anciano, al que la edad torna invulnerable, puede atreverse a decir en la Europa de hoy, depresiva, represiva y mojigata, que la estética es su ética y que siempre había sido, para él, así.

«Hoy navego a todo trapo con pabellón pirata», proclama Dragó, que en la foto (de Francisco Javier Redondo Jordán) luce un hermoso *yukata* japonés.



Fue la estética de la aventura y la literatura, por ejemplo, y no la tediosa ética de la política, la que me condujo a correr al toro del antifranquismo. Lo que de verdad me importaba entonces era el anti, no el franquismo. Hubiera luchado con igual denuedo contra cualquier otro sistema dominante. *Rebeldía, j'écriston nom.*

Poeta y profesor Valverde: *Nulla ethica sine æsthetica.*

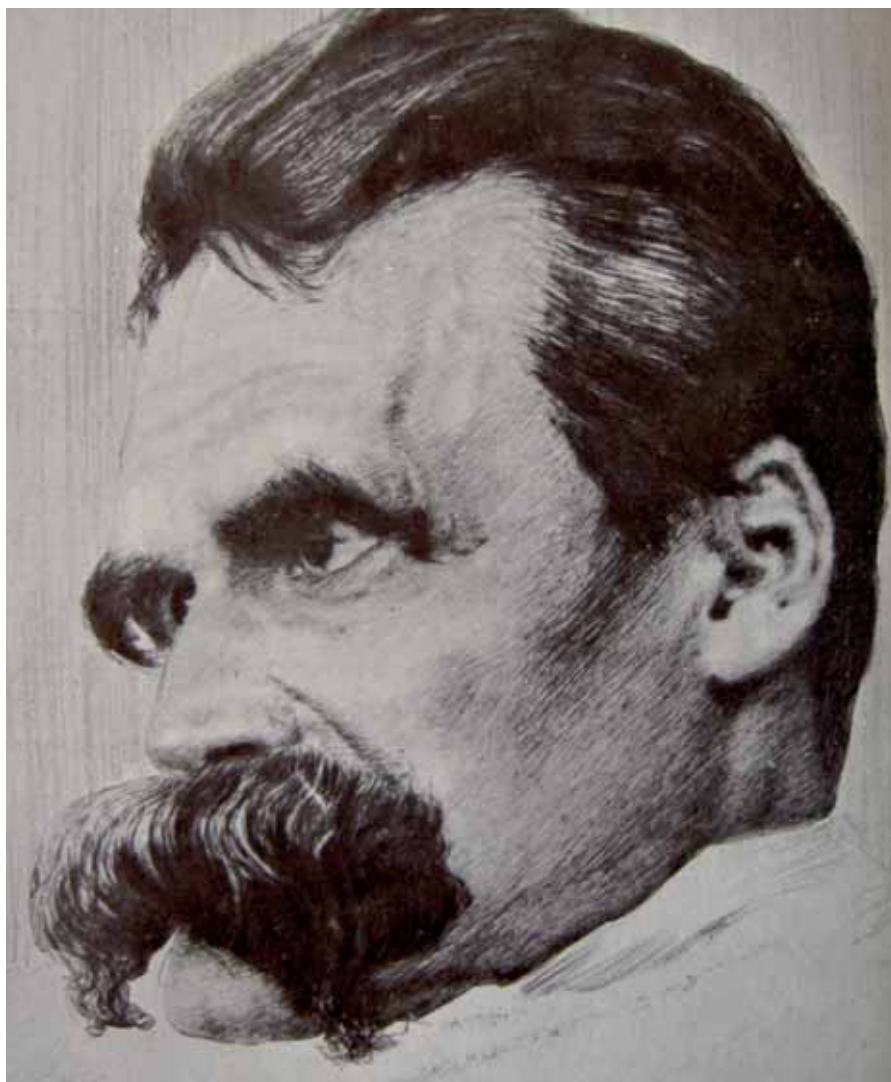
Hoy puede ser un gran día, hoy ganaré unos cuantos —pocos— amigos y me granjearé una montonera de enemigos. Tanto lo uno como lo otro me causa intenso placer. Sobre todo lo segundo, pues de amigos voy sobrado, y de enemigos, en los últimos tiempos, no. Su mutismo me preocupa. Sería horrible carecer de ellos. Cela, que los tenía a mares, les agradeció los servicios prestados en la dedicatoria del *Pascual Duarte*. ¿Cómo es posible que mi última novela sólo haya suscitado elogios sin merecer o, por lo menos, recibir el espaldarazo de una, digo una, crítica aviesa? ¿Con lo que se prestaba a ello por tratar, entre otras cosas, de la Guerra Civil y elogiar, por ejemplo, la figura de José Antonio, en lo que, dicho sea de paso, me ratifico! Mal asunto. ¿Será porque he cumplido los setenta, llevo unas cuantas soldaduras en los sifones del corazón y me dan por amortizado o incluso por amortajado?

Lo dicho, pues... A situación de emergencia, toque de rebato. Hoy puede ser un gran día (para mí, se sobrentiende). Hoy salgo sin adarga a campo abierto, hoy diré lo que me plazca, hoy canto de plano, hoy —los Dragó vienen de Córcega— navego a todo trapo con pabellón pirata. ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Señor Conde-Duque de León y demás validos —balidos— del Santo Oficio de la Corrección Política: desplieguen, por favor, sus servilletas, desayúnense con esta epístola satírica y censoria, con este desahogo, y envíenme después a los corchetes.

El dictador Primo de Rivera, padre de un héroe, tildó a Valle-Inclán, máximo esteta, de eximio escritor y extravagante ciudadano. Razón llevaba en las dos cosas.

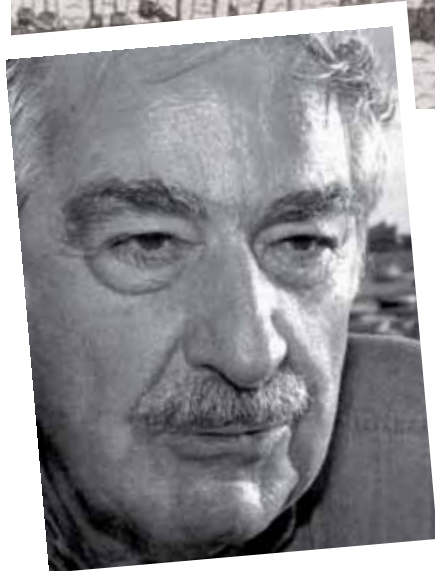
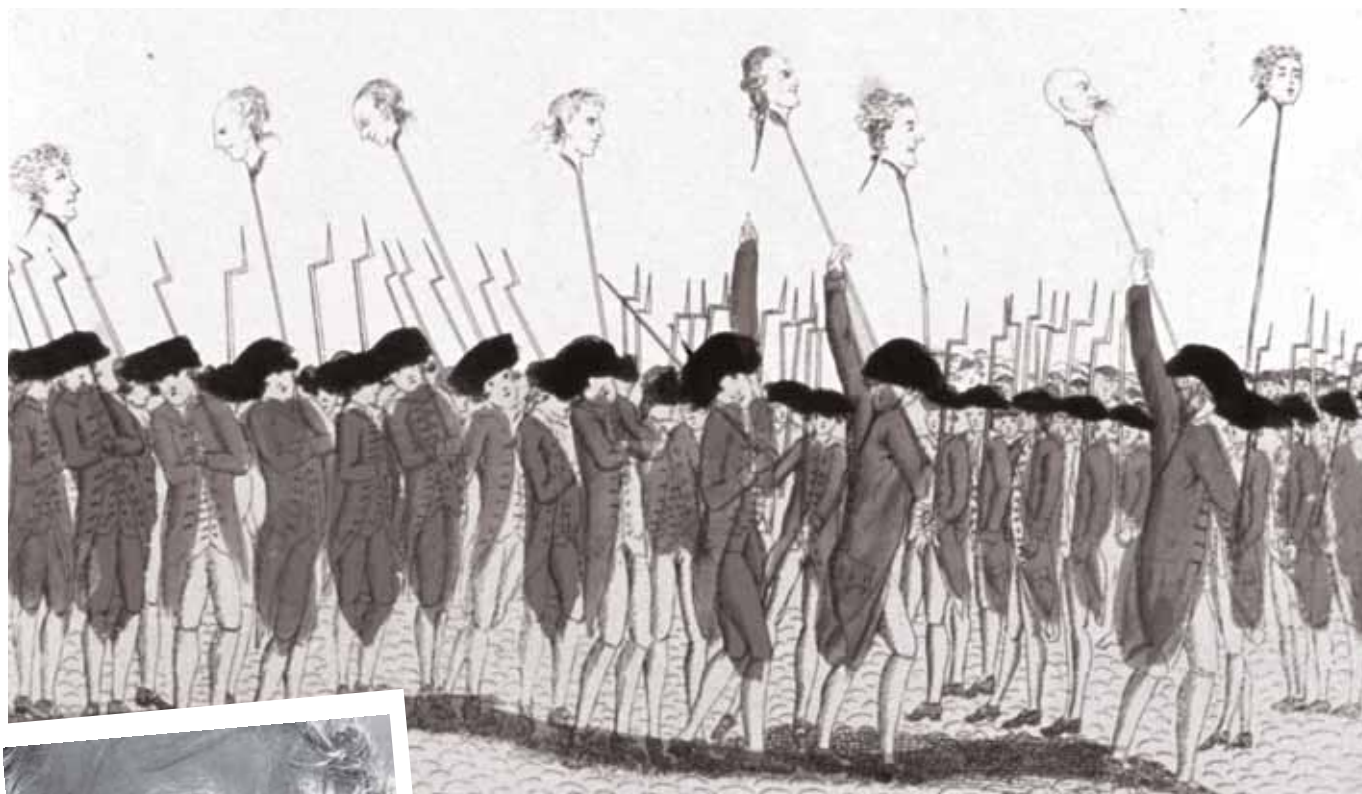
Por cierto: hace poco, al término de una conferencia por mí dada no sé dónde, se me acercó un joven licenciado en



Según Nietzsche, recuerda Dragó, «sólo como fenómeno estético se justifican eternamente la existencia y el mundo».

«El dictador Primo de Rivera, padre de un héroe, tildó a Valle-Inclán, máximo esteta, de eximio escritor y extravagante ciudadano. Razón llevaba en las dos cosas.» He aquí dos imágenes relacionadas tanto con el esteta como con el héroe.





«Confieso que, como a Álvaro Mutis, no me interesa casi nada de lo que en el mundo ha sucedido tras la caída de Constantinopla; detesto a los *sans-culottes* de la toma de la Bastilla y me hubiera gustado ser lugarteniente antirrevolucionario de la Pimpinela Escarlata.»

distinción y extiéndame el certificado pertinente. A tal deseo responde mi proclama.

¿Acaso no decía el mejor Neruda en su poema *Walking around* que sería delicioso asustar a una monja con un lirio cortado o dar muerte a un notario con un golpe de oreja?

Pues ni más ni menos. Estoy, vucencia, hasta el gorro de la modernidad, de la posmodernidad, de las postrimerías del siglo XX, de las estribaciones del XXI, del tercer milenio y del apocalipsis que nos rodea. Derivó el mundo desde la aristo-

cracia —gobierno de los mejores; nada que ver con la sangre azul— hacia la rebelión de las masas y ahora estamos metidos hasta el cuello en la de la chusma. ¿Apocalipsis, dije? No, no... Post-apocalipsis, quise decir. El fin del mundo ha llegado y nadie —o casi nadie; seré optimista— se ha dado cuenta. La telebasura, sin necesidad de acudir a otras contundentes pruebas de cargo, aunque las hay, lo demuestra.

Estoy hasta el gorro de que todos los políticos entonen una sola y misma cantilena, la del cambio, dando así por supuesto que se cambia siempre para mejor y nunca —lo que es mucho más frecuente— para peor. Donoso Cortés, filósofo decimonónico casi tan cavernícola como yo y diputado en Cortes, dijo durante un celeberrimo discurso pronunciado en ellas:

—Señorías, están ustedes completamente equivocados. El mundo no avanza. Retrocede.

Lo suscribo. ¿Por qué se dice siempre —en todas las épocas, en todos los lugares— que cualquier tiempo pasado fue mejor? Así es, y eso sirve también para mí y para cuanto había en el mundo cuando yo vine a él. No me refiero al franquismo, que es anécdota pasajera y bagatela exclusivamente española, sino al pla-

*Fue la estética
de la literatura
y la aventura
la que me empujó
a correr el toro
del antifranquismo*

Económicas para preguntarme qué diablos significaba una rarísima palabra que yo había utilizado en el curso de mi exposición.

—¿Cuál? —pregunté con cortesía.

—Eximio —dijo él.

No pude evitarlo. Monté en cólera.

—¡Pues eso significa que tú no eres un ex simio —aullé—, sino que sigues siendo un mono y no has bajado de los árboles!

Perdóneme el cuitado. La culpa no era suya, sino de la LOGSE y demás planes de estudio. Yo, amigos lectores y enemigos inquisidores, no soy ni pretendo ser escritor eximio, engorrosa etiqueta que a nada bueno conduce, pero sí me tengo —desde niño— por ciudadano extravagante. Reconózcame el Estado esa



neta entero y a cuanto en él se cuece. Lo de ahora es infecto; en lo de entonces, no todo lo era; y en cuanto a lo que se acerca... Mejor salgo corriendo. ¿Dónde la *traditio*—que en latín significa entrega— y la *aurea catena*, la cadena dorada, que con sólidos eslabones de metal precioso se forjaba y a cuyo hilo transmitían el saber y la *sophia perennis* los abuelos a los nietos, los padres a los hijos, los maestros a los aprendices, los profesores a los alumnos y los curas a los monaguillos?

¡Otro mundo es posible! Gritan ahora los ignoras. Y lo grave es que, seguramente, llevan razón. Todo, incluso el generalizado horror y la barbarie generalizada de los tiempos que corren, puede ir a peor.

Estoy, vucencia, hasta el gorro de los revolucionarios, de los rupturistas, de los reformistas, de los progresistas, de los predicadores, de los salvadores de la humanidad o, simplemente, de la patria y de los grandes hombres, clérigos sin sotana y solemnes aguafiestas que todo lo cuestionan y lo ponen patas arriba. Se da mandato a los políticos para que administren y conserven el mundo, no para que se lo lleven por delante. Así ha sido siempre, decía la sabia voz del pueblo en el Egipto de Sinuhé, y siempre será así.

Pero no era verdad.

¿A do fue Tebas? ¿Dónde Tell-el-Amarna? ¿Qué se hizo de Alejandría? ¡Ojalá siguiera el islamizado, occidentalizado y descabado Egipto de hoy en manos de los faraones, del guerrero Horemheb y de los sacerdotes de Amón!

Me arrogo, vucencia, como escritor extravagante, aunque no eximio, el soberano derecho —conferido por mi real gana— de anteponer la estética de lo sublime a la ética prosaica de los buenos ciudadanos y no tengo, por ello, inconveniente alguno, en confesar que, como a Álvaro Mutis, no me interesa casi nada de lo que en el mundo ha sucedido tras la caída de Constantinopla; que detesto a los *sans-culottes* de la toma de la Bastilla y que me hubiera gustado ser lugarteniente antirrevolucionario de la Pimpinela

Escarlata; que deploro la victoria de Abraham Lincoln frente a los gallardos caballeros del Sur en la guerra de Secesión de los Estados Unidos; que aborrezco al comodoro norteamericano que con sus naves negras descerrajó el secular bloqueo

de Japón y abrió ese último reducto de la belleza al salvajismo fabril del mundo exterior; que maldigo a quienes asaltaron y destrozaron el Palacio de Invierno, bendigo la memoria de los últimos Romanov y cierro filas con las fuerzas leales del Ejército Blanco; que desprecio al masonazo, militarote y borrachín Kemal Ataturk, y derramo inconsolables lágrimas por el naufragio de la fastuosa cultura otomana; que me asquea Sun Yat-Sen y añoro la China del taoísmo, los emperadores, los guerreros de terracota y los mandarines; que me gustaría haber llegado a la India Eterna cuando lo hizo Burton o cuando Kipling andaba por allí y antes, en todo caso, de que Nehru, Indira Gandhi y sus descendientes la profanaran y modernizaran; que aún sueño antes de dormirme, como lo hacía en mi niñez lectora y peliculara, con el África Negra de los exploradores y los colonizadores, de Tanganika y Zanzibar, de la búsqueda de las fuentes del Nilo, de Livingstone, de Stanley, de Speke, de Tarsán de los Monos... Hoy sólo quedan allí sátrapas tribales, negreros, funcionarios de la ONU y curitas laicos de *oenegé*.

Esto por lo que hace al mundo y a su universal historia, pero no consentiré que mi

país —crema, traca, *hit parade* y apoteosis de cuanto aquí denuncio— se vaya de rositas.

¡Linda trayectoria! De la España Mágica, que yo mismo, en otros tiempos, canté, y de lo que me arrepiento, a la España Trágica de las guerras civiles y de mis *Muertes Paralelas* y de ella, ahora, a la España Hortera. ¿Final de trayecto? ¿Qué vendrá después? Tiemblo al pensarlo.

Estoy, vucencia, hasta el gorro de su Gobierno y de cuanto su Gobierno hace y representa, de los Estatutos —todos— y de las trifulcas cainitas, de las disputas mediáticas, de la Memoria Histórica, la República, el Alzamiento y la guerra, de los *flatus vocis* (tolerancia, solidaridad,



«Aborrezco al comodoro norteamericano que con sus naves negras descerrajó el secular bloqueo de Japón y abrió ese último reducto de la belleza al salvajismo fabril del mundo exterior.» En la imagen, el comodoro Pery dibujado por un artista japonés.

¿Por qué se dice siempre —en todas las épocas, en todos los lugares— que cualquier tiempo pasado fue mejor?



«¡Abajo *Salsa Rosa*, el socialismo, los okupas!...», proclama también Sánchez Dragó.

En la foto, José Montilla, presidente socialista de la Generalitat de Catalunya, cuyo Gobierno es particularmente complaciente con los okupas.

multiculturalismo, diálogo, talante, negociación, Alianza de Civilizaciones), de los pedigüeños y los quejicas, de los que sólo saben protestar y poner el cazo, de quienes se fotografían en pelotas o se rapan el pelo al cero para mamonear, de los nacionalistas, de los turistas, de las feministas y feministas que quieren obligarme a decir albañila y a rezar el madre nuestra, del desarrollismo, de los parques

**Los septuagenarios
y los niños somos,
por ley de edad
y de encogimiento
de hombros,
invulnerables**

temáticos, los minicines y los centros comerciales, de Marina D'Or vacaciones todo el año, de Marbella, de El Pocero, de los banqueros, del Ibex, de Endesa, de las opas, de la obras de Gallardón, del crecimiento económico, de las gubernamentalísimas organizaciones no gubernamentales, de los emigrantes (que Alá me proteja por decirlo), de los manifestantes, de la televisión, de la Operación Triunfo, de la Fórmula 1 y de la mística del fútbol, el tenis y el baloncesto, de los guiris de pantalón corto y en chancletas, de las púberes canéforas que van por el mundo enseñando los michelines del ombligo con el borde superior del pantalón a la altura de la rabadilla, de las pasarelas, de las top model y su ridícula forma de caminar, de las alegres comadres y los atontolinados compadres que hibernan, bailan el rock y se alimentan con mortadela en los hoteles cutres de Aguadulce, Oropesa y Benidorm, del Código Da Vinci, el Temple, el Santo Grial y María Magdalena, de los tertulianos radiofónicos (yo lo soy), de las encuestas, de las campañas de fomento

de la lectura, de la moralina de los anuncios institucionales, de los matrimonios civiles adobados con tul ilusión, de los estúpidos controles de los aeropuertos, de la tortilla de patatas servida en copa, de las gilipolleces de Ferrán Adriá y los cocineros creativos, de los millones de cursis, de los millones de horteras, de los millones de consumistas papanatas, de la plebe en general y de casi todo lo que por ser español y habitante del siglo XXI me ha caído en perra suerte.

¿Qué esperar, por otra parte, de un país en el que hubo un ministro del Interior que se llamaba Mayor Oreja (perdóname, Jaime, pero un chiste es un chiste), hay ahora otro que se llama Rubalcaba, manda en Cataluña un individuo que lleva nombre de vino andaluz y el banquero más importante se apellida Botín?

Nomen est omen

Y ahora, Conde-Duque, envíeme vuecencia los corchetes, pero es mi deber avisarle de que va a perder el tiempo. Los septuagenarios y los niños somos, ya lo dije, por ley de edad y de encogimiento de hombros, invulnerables. Tanto, verbigracia, como por trágala del Sistema lo son Sus Señorías. Y además me importa un pito, se lo aseguro, lo que vuecencia piense, lo que sus ministros opinen y lo que la gente diga. A la vista está.

Non serviam. Año nuevo, ¿vida nueva? ¡Viva Valle-Inclán! ¡Abajo *Salsa Rosa*, el socialismo, los okupas, el centenario del Quijote, Soria Ya y Teruel Existe! ¿Será el de hoy un gran día? ¿Tendrá cojones *ElMundo* para publicar este artículo? ¡En pie, patricios de la tierra! Tal es mi envite. Fin de la proclama. ●

Fernando Sánchez Dragó (1936, Madrid) es uno de los intelectuales españoles más originales e inclasificables. Es ensayista y novelista, recuperador de las tradiciones españolas y difusor de lo japonés, director de programas culturales y de debate. En la actualidad presenta el telediario de la noche en Telemadrid. Su última novela es *Muertes paralelas*, en la que reconstruye los asesinatos de su padre y de José Antonio al comienzo de la guerra civil.



Dardo contra



el espíritu

Todo se mide,
todo se pesa...
Todo se reduce a dinero
¡Los hijos también!

Capital

Nº 74 Octubre 2006. 2,80 euros (only Spain)
Canarias 2,95 € Portugal 2,80 €

www.capital.es

Capital

ESPECIAL
MODA HOMBRES

DOSSIER
Páginas 78 a 89



EL BAUTIZO
SUPONE UN
MÍNIMO DE 600 €



EL PRIMER AÑO
DE UN BEBÉ SALE
POR UNOS 6.000 €



LA COMUNIÓN
PUEDE SUPERAR
LOS 3.000 €



LA VUELTA
AL 'COLE' SE LLEVA
UNOS 700 €



LA UNIVERSIDAD
PRIVADA, 9.000 €
EL PRIMER AÑO



UN HIJO CUESTA 300.000 € HASTA QUE SE VA DE CASA



Los nuevos reaccionarios



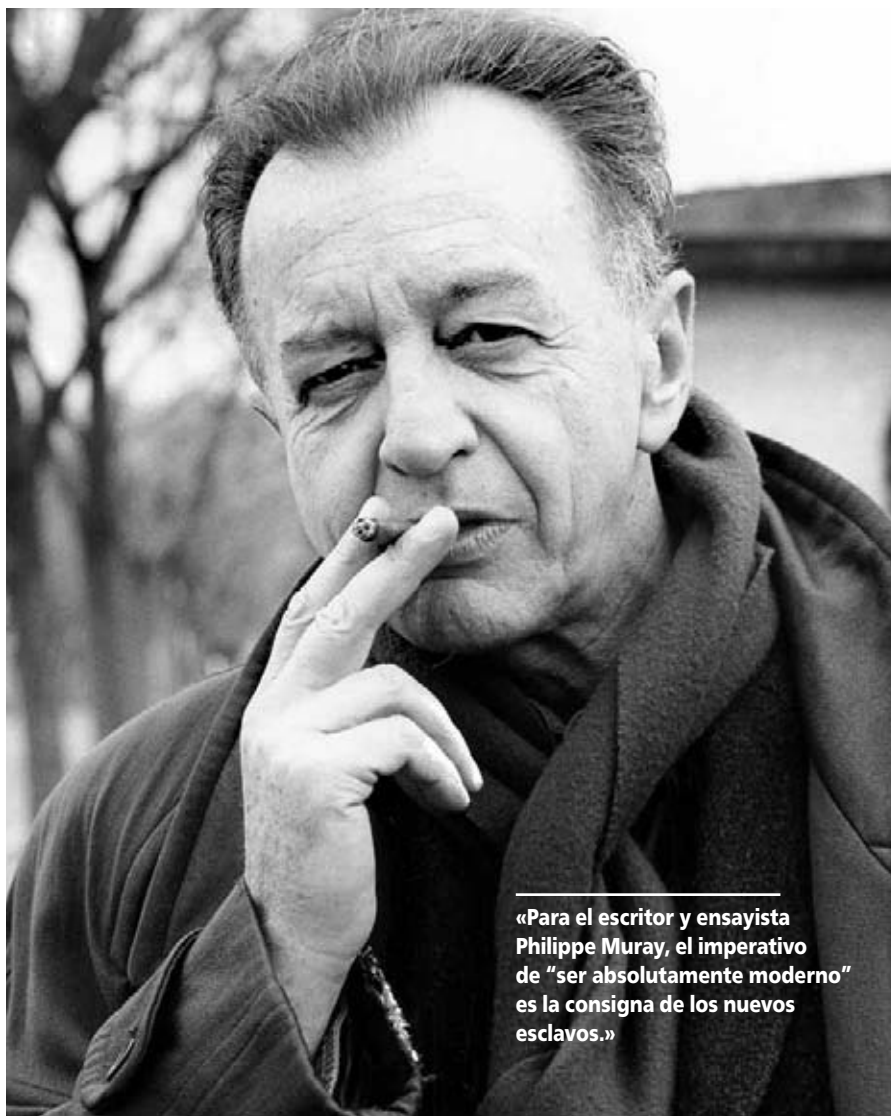
Rodrigo Agulló

¿Primeros signos de descomposición de la hegemonía del «pensamiento único» de la «izquierda divina» instalada en el aparato mediático-cultural? ¿O tempestad en un vaso de agua? La polémica sobre los «nuevos reaccionarios» que se abrió hace unos pocos años en Francia deja al menos entrever una evolución en el panorama intelectual europeo en el que el cuestionamiento de las verdades oficiales de los evangelios del progresismo apoltronado está dejando de ser patrimonio de extremistas marginales, ultraconservadores nostálgicos y otros «malos oficiales» del sistema.

EN el año 2002 aparecía en Francia el libro *Llamada al orden. Encuesta sobre los nuevos reaccionarios*¹ firmado por Daniel Lindenberg, profesor de ciencias políticas en París y miembro del Consejo de redacción de la revista *Esprit*. El «libro» (94 páginas de afirmaciones mal razonadas y extrapolaciones chapuceras, en tono de denuncia) mete en el índice a toda una retahíla de autores franceses acusados de transgredir impunemente los códigos de la «decencia» progresista, y poner en cuestión los dogmas sagrados del mejor de los mundos posibles en el que vivimos. ¿Y cuales son esos «tabúes» tan impudicamente puestos en cuestión? Daniel Lindenberg ofrece una lista: la cultura de masas, la libertad de costumbres, los intelectuales, Mayo del 68, los Derechos del Hombre, el mestizaje, el islam y la idea de igualdad.

El mismo título y tono del libro revela esa vocación de «policía del pensamiento» y ese afán depurador característicos de la nueva izquierda «moral» y «buenista» que, instalada en el confort de la ideología oficial, ha hecho dejación de la

1. Daniel Lindenberg, *le Rappel à l'ordre. Enquête sur les nouveaux réactionnaires*. Seuil, París, 2002.



«Para el escritor y ensayista Philippe Muray, el imperativo de "ser absolutamente moderno" es la consigna de los nuevos esclavos.»





función crítica propia de toda actividad intelectual que se precie de serlo, y además se permite trazar las líneas de lo permisible y lo no permisible. Ello pone de manifiesto la auténtica función social de esa *intelligentsia* progresista: la legitimación ideológica del orden de cosas imperante, el aplastamiento de cualquier atisbo de pensamiento crítico y disidente, y el embalsamamiento de nuestras sociedades en las delicias de la sociedad del espectáculo, feliz y post-histórica en la que vivimos.

¿Y quienes son los denunciados? Se trata de una miscelánea de intelectuales, historiadores de las ideas, filósofos y escritores que, lejos de constituir un grupo



El novelista Michel Houellebecq (aquí en compañía de Fernando Arrabal) «explora el universo de este hombre contemporáneo que es el primer espécimen de una mutación antropológica inédita en la historia: la del hombre encerrado en su pura contingencia material, sin ninguna dimensión de trascendencia, religiosa o profana».

Jean-Marie Le Pen... o el diablo personificado, según ha decretado el Sistema.

Otros «nuevos reaccionarios».

Abajo, a la izquierda: el politólogo Pierre-André Taguieff.

En la segunda columna, arriba (a la derecha), Samuel Trigano; abajo (a la izquierda), el filósofo Alain Badiou.



organizado o un movimiento consciente de serlo, se caracterizan por sus diferencias de formación y de enfoque, por sus distancias generacionales y por lo heteróclito de la producción de algunos de ellos. Muchos proceden de la izquierda o incluso de la extrema izquierda, y su obra está lejos de poner en cuestión el fundamento básico de la forma política y sistema de convivencia de las sociedades occidentales, esto es, la democracia.

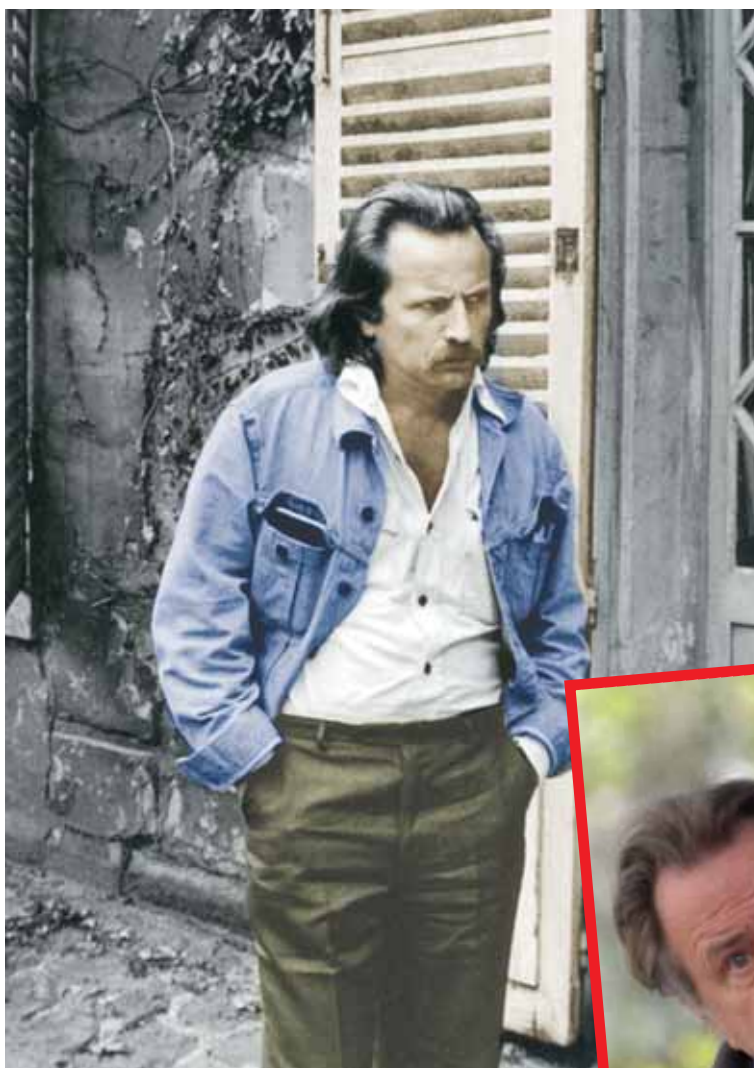
Dicho esto, conviene poner de relieve que entre ellos se encuentran algunas de las mejores cabezas en el panorama intelectual francés. No se trata precisamente de «marginales» publicados en editoriales de catacumba, sino de intelectuales, académicos y escritores interna-

cionalmente reconocidos. Entre estos «nuevos reaccionarios» se encuentran figuras como los filósofos Alain Finkielkraut, Marcel Gauchet y Alain Badiou, los politólogos Pierre Manent y Pierre-André Taguieff, el historiador y soviétólogo Alain Besançon, el escritor y ensayista Philippe Muray, el sociólogo Samuel Trigano, los novelistas Michel Houellebecq y Maurice Dantec, los periodistas Élisabeth Lévy y Philippe Cohen, el lingüista Jean-Claude Milner, el escritor Régis Debray y muchos otros. La lista es larga. ¡Se incluye hasta un extraño rastreo de los «atisbos reaccionarios» en una «vacación sagrada» del 68 como Guy Debord! Buen trabajo para 94 páginas. Cuando de lo que trata es de denunciar, sobran los análisis.

Más allá del contexto en el que se inscribe el panfleto de Lindenberg —esa tradición tan francesa de denuncias estilo «J'accuse», de búsqueda de publicidad mediática y de ajustes de cuentas entre *vedettes* intelectuales— el libro, y mucho más que el libro, la polémica posterior generada en torno al mismo, ponen de relieve que «algo se mueve» en el remanso autocomplaciente de lo «políticamente correcto». Algo que revela una tendencia que, de consolidarse, podría significar el principio del fin de la hegemonía incontestada de esa «ideología orgánica» (valga el término gramsciano) que se sirve como pitanza espiritual para nuestras sociedades. El principio del fin del discurso de esa nueva izquierda que ya hace tiempo evacuó todos sus valores revolucionarios originarios, para inflarse de sentido moral y de humanitarismo *soft*. Esa izquierda que, tras acelerar la desvalorización de todos los valores, se ha sumado al nuevo dogma relativista, dogma que viene a favorecer la inercia de nuestras sociedades frente al proceso de hibridación de

pueblos y culturas en el seno del mercado global y del «mundo feliz».

La llegada del Frente Nacional a la fase final de las elecciones presidenciales francesas en 2002 dio en el país vecino la primera señal de alarma seria de que



El escritor Régis Debray en 1975, pocos años después de haber participado en acciones terroristas con la guerrilla del Che en Bolivia.

A la derecha: Régis Debray en la actualidad, el «nuevo reaccionario» para quien «no hay sociedad sin una idea de lo trascendente o sacro que la cohesione».

«algo falla» en el seno de la ciudad alegre y confiada. Algunos empezaron a preguntarse qué. Quizá fuese que en todas esas fiestas... se estaba quedando fuera el pueblo. Pero la contestación a estos aguafiestas no podía ser, evidentemente, acusar al pueblo de «reaccionario» —al menos todavía no—, sino más bien denunciar al «populismo», la nueva «bes-

tia negra» de los bienpensantes. Había que señalar culpables —y ahí se sacó a escena a los «nuevos reaccionarios». La acusación principal dirigida contra ellos era la de haber favorecido, con sus ataques a los fundamentos sagrados de nuestras democracias avanzadas, los avances —¡oh, cielos!— de la bestia inmunda del populismo de extrema derecha, de la exclusión y de la xenofobia.

Lo cierto es que gran parte de la reflexión de muchos de esos «nuevos reaccionarios» se dirige a explorar las líneas de fractura entre la realidad oficial y la realidad «real», líneas de fractura que explican sobresaltos como el de las elecciones presidenciales francesas de 2002. Y ello no con el objetivo de promover un



modelo antidemocrático —todos estos autores están muy alejados de lo que comúnmente se considera «extrema derecha»—, sino en el ejercicio de algo que se supone constituye un elemento esencial del auténtico orden democrático: el pensamiento crítico.

Por un retorno de la política

La sorpresa electoral en Francia, los resultados negativos de los referendos sobre la Constitución europea y la proliferación de partidos populistas son señales significativas de una tendencia de los ciudadanos europeos a no seguir acatando con disciplinada docilidad las decisiones que otros toman por ellos. El aparato mediático-cultural europeo, en la línea de las élites transnacionales favorecidas por la globalización, suministra un discurso legitimador al servicio de ese proyecto de mercado global de consumidores que hace tabla rasa de culturas, identidades o valores, y que instala definitivamente a Europa en la post-historia. El mérito de estos «nuevos reaccionarios» consiste en «reaccionar» contra las convenciones de ese «pensamiento débil», nómada y desarraigado, ya sea en su vertiente «progresista» o en su vertiente «neoliberal», para pasar a cuestionar los fundamentos de nuestras sociedades y analizar las preocupaciones reales de los ciudadanos.

Y entre esas preocupaciones, que se encuentran en las raíces del alejamiento entre gobernantes y gobernados, se encuentra lo que en Francia se ha venido en llamar la creciente sensación de una «triple expropiación» de las libertades ciudadanas, ocasionada por tres fenómenos: la inmigración, la tecnocracia bruselese y la globalización neoliberal.

Los «nuevos reaccionarios» reaccionan contra esa idea, propagada por la nueva izquierda post-marxista, que entiende la democracia como la dictadura de algunas minorías (inmigrantes, homosexuales, antiglobalizadores...) que, con el apoyo mediático, imponen su voluntad a la mayoría. Por el contrario, redefinen

la democracia como participación en el proceso de toma de decisiones, conforme a las reglas dictadas por la mayoría. Los «nuevos reaccionarios» reaccionan, entre otras cosas, contra ese ejercicio masoquista de denigración sistemática del pasa-

do y la cultura europeas, contra la degradación de la escuela y la educación, contra la disolución de las identidades y contra la alienación de la cultura de masas.

ticando las oligarquías reinantes adeptas al liberalismo economicista. Durante las últimas décadas se ha venido acentuando en Europa el declive de lo político. El poder político se paraliza ante la toma de decisiones que pueden implicar desgastes electorales o costes sociales. La economía y la gestión técnica desplazan a la política, en un enfoque aséptico que recuerda más a la dirección de una empresa o sociedad anónima que a la de una nación. Los Estados nacionales europeos ceden sus poderes frente a las grandes fuerzas económicas de la globalización, así como frente a los regionalismos y otros intereses particulares. El Estado pierde progresivamente su carácter de portador de un sentido comunitario que supere a la mera agregación de individuos. El Estado ya no tiene nada que proponer, ni que ofrecer, aparte de servicios sociales y del nivel de bienestar suficiente para «comprar» las próximas elecciones. Por otra parte, el proceso de construcción política europea se estanca o se diluye, y se perpetúa así el estatus de la Unión Europea como gigante económico y enano político.

La política implica en primer término la voluntad de tomar las decisiones necesarias para el bien común, aun las más difíciles o dolorosas. Implica una asunción realista del carácter conflictivo de las sociedades humanas. Implica sobre todo un sentido trascendente de servicio a la comunidad, entendida como algo más que una mera suma de los individuos que la componen. Ésta es una interpretación fuerte del hecho político, defendida por algunos de los pensadores denunciados, en un ejercicio calificado —no podía ser menos— como eminentemente reaccionario.

De entre los pensadores denunciados por Lindenberg, quizás el que cuenta con



Guy Debord en un aula universitaria italiana. Incluso una «vaca sagrada» de Mayo 68 como el fundador de la Internacional Situacionista y detractor de «la sociedad del espectáculo» es considerado un «nuevo reaccionario».

do y la cultura europeas, contra la degradación de la escuela y la educación, contra la disolución de las identidades y contra la alienación de la cultura de masas.

Y en primer término, varios de estos autores reivindican un retorno fuerte de la política frente a la dominación de la lógica económica y frente a la tecnocracia. Apuestan por la democracia —entendida como participación organizada del pueblo en las decisiones comunes— frente a ese despotismo ilustrado *soft* que prac-

De entre los pensadores denunciados por Lindenberg, quizás el que cuenta con



El escritor Maurice Dantec (exiliado en el Canadá por su denuncia de «la islamización de Francia») anuncia su exilio en un club nocturno de París.

la más veterana trayectoria neo-reaccionaria es el antiguo comunista y consejero de Estado de la era Mitterrand, Régis Debray. Ya en fecha tan temprana como 1978 Debray arremetía contra la «leyenda dorada» de Mayo de 1968, al señalar que este acontecimiento fue en realidad «la cuna de la nueva sociedad burguesa», mercantil, individualista y despolitizada. Debray se interesa especialmente por el estudio de las creencias colectivas en el ámbito de los grupos humanos. Para Debray no hay sociedad sin una idea de lo trascendente que la cohesione. Trascendencia que no tiene por qué implicar necesariamente confesionalidad religiosa: el ateísmo no excluye forzosamen-

te todo sentido de lo sacro. Este sentido, como se ha demostrado históricamente, puede referirse también a elementos no confesionales, tales como el culto a los héroes, a los orígenes míticos de la comunidad, a una cierta idea de la nación o de la misión de la misma.²

En el terreno del pensamiento político, el autor más destacado del grupo es sin duda Pierre Manent. Manent —dis-

cípulo de Raymond Aron, y uno de los principales filósofos políticos europeos en activo— es un liberal en sentido clásico. Pero es el suyo un liberalismo más político que económico, tan cercano a Tocqueville como alejado de los «neoliberales» al uso. Manent desarrolla el análisis político de Tocqueville, que parte de la defensa del principio democrático para advertir a continuación de los peligros que conlleva la aplicación absoluta de ese principio: erosión de los valores que cohesionan el cuerpo social, y exacerbación igualitaria. Para Pierre Manent, la democracia es viable en la medida en que el principio de igualdad formal se conjuga con el mantenimiento de determinados

2. Régis Debray, *Modeste contribution aux discours et ceremonies officielles du dixième anniversaire*, Maspero, París, 1978. Una vibrante reivindicación del patriotismo republicano francés se encuentra en *À demain De Gaulle*, Gallimard, París, 1992.





Es el retrato de una sociedad que en su fuero interno se auto-odia, reniega de su pasado, se suicida demográficamente y terminará gritando «¡Osama, mátanos!»

valores que se sitúan por encima del dictado de las leyes. El principio democrático debe, entonces, establecer compromisos con «las necesidades de la vida social, con los contenidos morales heredados de las épocas predemocráticas». ³

Manent denuncia la meliflua visión irénica que renuncia a asumir la realidad del conflicto. Reivindica la política en lo que conlleva de capacidad de mando y

3. P. Manent, «Tocqueville et la nature de la démocratie»: «Para amar bien la democracia, es preciso amarla moderadamente». Citado en *Pierre Manent et la question de l'homme*. Daniel Tanguay. Universidad de Ottawa. Politique et Sociétés, vol 22, n.º 3, 2003.

de toma de decisiones. Invoca la permanencia del Estado y de la nación como agentes esenciales de la realidad política. Se rebela contra la pérdida del sentido trascendente de la función del Estado y contra la «desacralización» de la nación. Sus denuncias contra la futilidad de intentar unificar Europa en torno a valores universales abstractos, contra la entrada de Turquía en la Unión Europea y sobre la incompatibilidad esencial del islam con la identidad europea han levantado ampollas en la *intelligentsia* biempensante.

Una parte de la obra del muy eminente neorreaccionario Marcel Gauchet —Director de Estudios en la École des hautes études en sciences sociales y redactor jefe de la revista *le Débat*— se inscribe dentro de esa preocupación. Para Gauchet no son los intercambios económicos los que aseguran la cohesión social, sino la política. Sin embargo —subraya Gauchet—, «la hegemonía de la comprensión económica del movimiento de las sociedades está anclada de tal forma en el espíritu de los dirigentes que toda reflexión política cae en un abandono cada vez más pronunciado». ⁴

Este autor denuncia el cosmopolitismo de la clase dirigente francesa, que asume «un discurso neoliberal, transnacional, post-nacional, que [...] no casa con la herencia y el genio histórico de Francia». Para Gauchet, esa clase dirigente, cegada por sus intereses a corto plazo, hace dejación del servicio a los intereses de la nación y de los ciudadanos. Gauchet denuncia el proceso de disolución del pueblo francés —asumida como inevitable por las clases dirigentes— en nombre del universalismo «buenista», en la corriente de la globalización.

Ése es un punto esencial que explica el abismo de incomprensión que se abre entre las «élites, desconectadas de la realidad, y

4. Marcel Gauchet, «Les élites perdent la tête». Entrevista en *La revue pour l'intelligence du monde*, n.º 6, enero/febrero de 2007 (traducción del autor). Una interesante síntesis de algunos aspectos del pensamiento de Marcel Gauchet se encuentra en el artículo de Jacques Gevaudan «Marcel Gauchet, le fossoyeur des illusions», 29 de noviembre 2003: <http://www.polemia.com>.



las expectativas de los pueblos, desorientados y en busca de sentido». Porque, para Gauchet, «es un gran error creer que los pueblos están dispuestos, a ese precio, a rechazar su historia y su cultura».

En su obra *La democracia contra sí misma*, Gauchet analiza el papel central de la ideología de los derechos del hombre en la consagración del «individuo rey», irresponsable y titular de todos los derechos, desarraigado y sin puntos de referencia colectivos. Los derechos humanos —advierte Gauchet— no son en sí mismos una política. Identificar la esencia de la democracia con el mero respeto de los derechos humanos es un error: ese enfoque no proporciona por sí solo los medios para cumplir con la vocación esencial de toda construcción política, que es asegurar la cohesión del cuerpo social. Para asegurar esa cohesión es necesario proponer metas comunes que hagan de contrapeso frente al individualismo, frente a un individualismo alimentado por la consagración de la «religión» de

los Derechos del Hombre como valor supremo.

«La capacidad de anticipación de nuestras sociedades es muy débil, y la de nuestros dirigentes es nula.» Deserción de la política y de la voluntad frente a procesos considerados inevitables: la globalización es inevitable..., la inmigración es inevitable... ¿Cuáles serán los resultados finales, para Europa, de tanta inercia?⁵

5. Marcel Gauchet, «Les élites perdent la tête». En esta entrevista —que no tiene desperdicio— señala Gauchet: las élites «vuelven su agresividad contra este pueblo que no quiere ser como los otros —mientras que ellos, nuestros brillantes sujetos, se han sabido hacer cooptar por la nueva internacional de los biempensantes y de los bien provistos. [...] Ello nos permite designar la urgencia, mas allá de la derecha y de la izquierda, de una reforma del discurso y del proyecto públicos. Pero para actualizar el modelo nacional, sería preciso comenzar por reconocer que la globalización no es el fin del Estado-nación».

Solo una crisis grave marcará la hora del despertar. No se puede ignorar impunemente la política, tal parece ser la lección de Gauchet. Reivindicación de la voluntad política, y búsqueda de un sentido colectivo... Indudablemente, nos encontramos más cerca de Carl Schmitt y de Heidegger que de Mayo del 68.

La crítica de la modernidad

Parecida crítica a la ideología de los derechos del hombre —que él denomina «la religión de la humanidad»— se encuentra en la obra de otro neorreaccionario ilustre, Alain Finkielkraut. Este pensador judío-francés se sitúa por méritos propios a la cabeza del palmarés neorreaccionario, por cuanto su obra tiene como hilo conductor la crítica sistemática de la modernidad. El análisis de la crisis de la educación, que desarrolla a partir de su obra *La derrota del pensamiento*, se inscribe entre las preocupaciones centrales de Finkielkraut. Para éste, la educación



Manifestación dolorida en París con ocasión del entierro del cura de los pobres, el abate Pierre. O cuando la caridad está de moda.

A la derecha, Alain Finkelkraut, uno de los más ilustres «neorreaccionarios», hablando en Jerusalén.



האוניברסיטה העברית בירושלים
THE HEBREW UNIVERSITY

se entiende como transmisión de una herencia, como nexo de continuidad entre las generaciones, como proyección desde el pasado hacia el futuro. Esta dimensión es esencial, y sin embargo queda en nuestros días relegada por el enfoque pragmático que concibe la educación como mera preparación para un mundo hipertecnificado. Retomando los análisis de Heidegger sobre la Técnica, Finkelkraut alerta sobre el riesgo de desaparición de la cultura general, para ser sustituida por una razón instrumental al servicio de las necesidades de la Técnica.⁶

La defensa del estudio y del esfuerzo, el vínculo con la tradición, la reivindicación de una cierta idea de sabiduría, todo ello entra en confrontación directa con

las teorías de la «nueva pedagogía», la discriminación positiva, el igualitarismo y el culto a la novedad «per se» en la escuela. La educación se ha convertido en un gran campo de experimentación de las teorías del progresismo a la moda, que han convertido a buena parte de los sistemas educativos en una grotesca «máquina de descerebrar».⁷

En la estela de Heidegger, de Hanna Arendt, de Leo Strauss y de Nietzsche, Finkelkraut estudia la génesis y el desarrollo de la modernidad, y sus consecuencias para el espíritu y para la tierra. De Heidegger y Hanna Arendt retoma la reflexión sobre el desenvolvimiento de la razón instrumental, la erosión de las tra-

diciones y la cultura, el dominio de la Técnica sobre el hombre, y los riesgos que ello entraña para la supervivencia del mundo. Con Leo Strauss coincide en la reivindicación de los pensadores antiguos. En la línea de Nietzsche, aborda la crítica de la fase final en la evolución de la modernidad: el advenimiento del nihilismo.

La crítica de la modernidad y la disección de su elemento central, la idea de Progreso, está en el centro de la obra del filósofo y politólogo P-A Taguieff. El diagnóstico de Taguieff sobre nuestra época es que sufre de una crisis colectiva de depresión o de melancolía. Sumidos en el relativismo y la indiferencia, los hombres pierden la voluntad de actuar y de ejercer sus responsabilidades. Esta fatiga de vivir es la desastrosa consecuencia psicológica del hundimiento de la idea de progreso heredada de la Ilustración. Al hundirse los dos pilares —el culto al Futuro y la fe en el Progreso— sobre los que reposa la religión civil de la moder-

6. Alain Finkelkraut, *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona, 1987. Para una disección del sentido de la modernidad: *Nous autres, modernes*, Ellipses/École Polytechnique 2005.

7. La revista francesa *Éléments* en su número 104 (marzo 2002) incluye un interesante dossier sobre la crisis del sistema educativo: «la Machine à décerveler? L'École est-elle à vendre?». Igualmente la revista *El Manifiesto*, en su número 5 (junio 2006), «Juventud: el hundimiento».

nidad, sólo queda la duda y la angustia, de la que el hombre de nuestros días trata de escapar instalándose en un presente continuo, en un presentismo sin finalidad ni sentido. El hombre posmoderno trata de llenar su vacío interior aturdiéndose en la pléyade de sensaciones que le ofrecen las sociedades del capitalismo globalizado. Pero se trata de un vano intento de escapar del aburrimiento. Este agitarse sin sentido, esta idolatría por las «novedades» cada vez más «nuevas», esa puerilización generalizada constituyen la caricatura posmoderna de la idea moderna de progreso. Taguieff lo denomina

del resentimiento, y que constituyen un «opio psíquico» y como tal esencialmente incapacitadas para transformar el mundo. Entre esas utopías, incluye al «inmigracionismo» como «la última utopía de los biempensantes».⁹

Sobre las ruinas de la utopía progresista, Taguieff apela a edificar un «conservadurismo alternativo» que no violenta ni el pasado de la humanidad ni su naturaleza, y que responda a exigencias morales y espirituales. Semejante llamada a sustraerse a ese nihilismo relativista de las élites, semejante incitación a asumir el patrimonio del pasado para reinstaurar

Deconstruyendo el «mundo feliz»

El pensamiento de estos autores parte de un enfoque claramente antiutópico. Pocos lugares comunes más caros al pensamiento progresista que la arrebolada invocación —con suspiros y ojos en blanco— a la utopía, como sueño irrealizable pero deseable, cuya sola mención ya otorga un marchamo de superioridad moral. Pero los «nuevos reaccionarios» no están por las cursiladas, como veremos.

Phillipe Muray, novelista y autor de una inclasificable obra crítica de estilo



El mundo de Houellebecq es siniestro. Y lo es, sobre todo, porque no alberga ninguna esperanza. Disturbios en París.

«bougisme» (podría traducirse algo así como «movimentismo») y llama a la resistencia contra ello.⁸

A la par, Taguieff denuncia las «utopías azucaradas» de la nueva izquierda y de los movimientos antiglobalización, nacidas —según él— de la decepción y

un sentido y dotarse de un proyecto común, no podía sino sonar a oídos «progresistas» como algo eminentemente reaccionario o, lisa y llanamente, fascista.

8. Pierre-André Taguieff. *Résister au bougisme. Démocratie forte contre mondialisation techno-marchande*, Mille et une nuits, París, 2001. *Le Sens du progrès. Une approche historique et philosophique*, Champs-Flammarion, París, 2004, págs 328 y ss.

9. Pierre-André Taguieff. «L'immigrationnisme, dernière utopie des bien-pensants». Publicado en *le Figaro*, 9 de mayo de 2006. En este texto Taguieff denuncia «la instrumentalización de la compasión por los pobres y de la indignación frente a la miseria humana». Este «gran chantaje de los biempensantes» [...] «desarma a las naciones democráticas frente a las nuevas amenazas».

Es en Houellebecq donde verdaderamente «tocamos fondo» en la expresión de la sordidez de la falta de perspectivas del hombre occidental

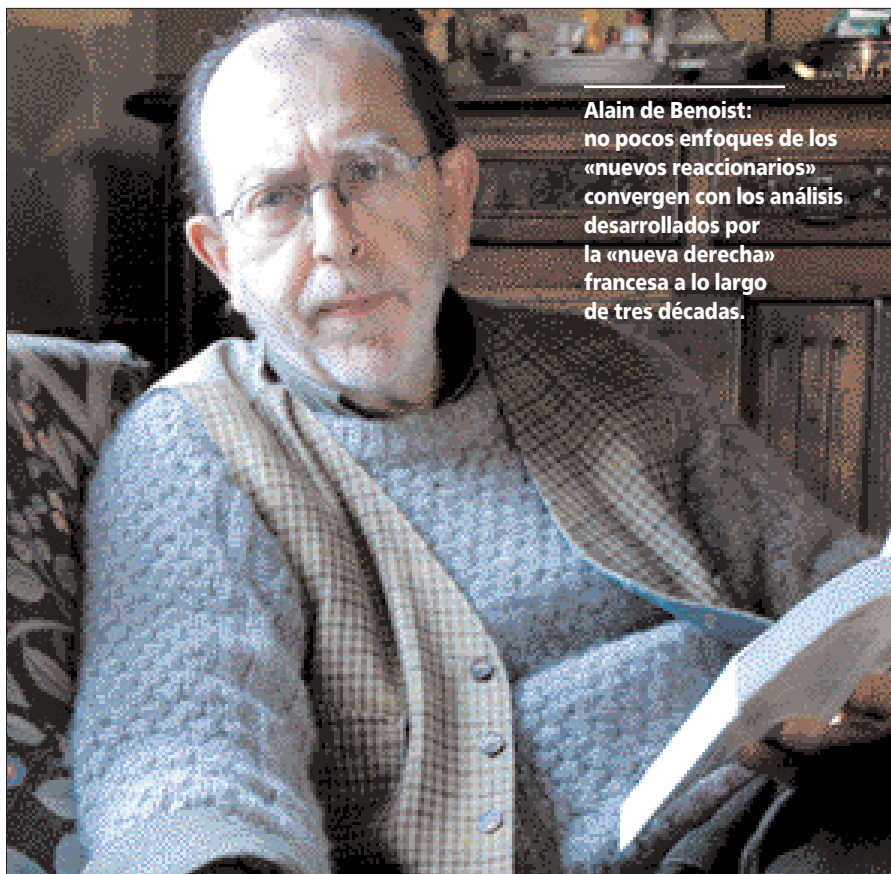


sardónico y panfletario, combate el mundo moderno en todos sus aspectos. Para Muray, el imperativo de «ser absolutamente moderno» es la consigna de los nuevos esclavos. Muray acuña la expresión «homo festivus» para designar al prototipo de hombre de la post-historia, producto del igualitarismo de la cultura de masas y de la sociedad del espectáculo, que vive en un eterno presente de felicidad festiva y de sonrisa tonta, privado de sentido y vacío de proyectos. Auténtico epítome del nihilismo, se trata en realidad del «último hombre» que anunciaba Nietzsche, y que se manifiesta en la

Malos tiempos, en la patria de la Ilustración, para los espíritus libres

rías hasta la «tolerancia» como supremo valor. El culto a la imagen, el turismo, los «rebeldes» de diseño, la solidaridad de pacotilla, la obsesión del cambio por el cambio, el feminismo, la caza de «fobias» (homofobia, xenofobia...), el multiculturalismo, la apología del mestizaje, el

en la obra del novelista Michel Houellebecq donde encuentra su definitiva plasmación literaria. Es en Houellebecq donde verdaderamente «tocamos fondo» en la expresión de la sordidez de la falta de perspectivas del hombre occidental. Provocador oportunista para algunos, gran escritor para otros, Houellebecq es sin duda el gran fenómeno literario europeo de los últimos años. En sus novelas *Las partículas elementales*, *Ampliación del campo de batalla*, *Plataforma* y *La posibilidad de una isla*, Houellebecq explora el universo de este hombre contemporáneo que es, sin



Alain de Benoist: no pocos enfoques de los «nuevos reaccionarios» convergen con los análisis desarrollados por la «nueva derecha» francesa a lo largo de tres décadas.

forma de un turista bronceado y en bermudas. Para Muray, vivimos en el «imperio del bien», donde lo virtual ha sustituido a lo real, y lo políticamente correcto ha aplastado la libertad crítica. El «mal» ha sido oficialmente proscrito, y quien no se someta es arrojado a las tinieblas exteriores por los nuevos inquisidores. La obra de Muray es una corrosiva diatriba contra los dogmas y fetiches de las sociedades contemporáneas, desde el neo-lenguaje políticamente correcto hasta la religión de los derechos humanos, desde la omnipresencia reivindicatoria de las mino-

pacifismo, el «arte» contemporáneo, el «buen rollito»... Todo un catálogo de mojigaterías contemporáneas que pasa por la criba de un autor que no duda en gritar que el rey está desnudo.¹⁰

Si el retrato del «último hombre» tiene su expresión crítica en Philippe Muray, es

10. Philippe Muray, *Après l'Histoire, I et II*, les Belles Lettres, 1999 y 2000. *Exorcismes spirituels*, cuatro volúmenes, id., 1997-2005. *Festivus Festivus*, Fayard, París, 2006. Philippe Muray falleció en 2006.

saberlo, el primer espécimen de una mutación antropológica inédita en la historia, esto es, la del hombre encerrado en su pura contingencia material, sin ninguna dimensión de trascendencia, ya sea religiosa o profana, inerte en su inconsistencia, desprovisto de voluntad y de sentido. La del hombre cosificado, rebasado por la ciencia y por la técnica, ante cuya realidad no presenta mucha más relevancia que la que presentaría un insecto.

El mundo de Houellebecq es sinietro. Y lo es, sobre todo, porque no alber-

ga ninguna esperanza. Desprovisto de artificio literario y de enfoques morales, con la frialdad del escalpelo de un cirujano, nos desentraña la miseria de ese triste pelele que intenta sobrellevar su vida con un poco más de placer. Es el retrato de una sociedad que en su fuero interno se auto-odia, reniega de su pasado, se suicida demográficamente y terminará gritando «¡Osama, mátanos!». En realidad, toda la obra de Houellebecq puede leerse como un largo ajuste de cuentas con el proceso puesto en marcha por Mayo del 68: con ese proceso de desvalorización de todos valores de una civilización para, en último término, sustituirlos por el vacío de un mundo aséptico configurado como un gigantesco supermercado. La obra de Houellebecq puede sintetizarse en una constatación escueta que dice: «¡esto es lo que hay!». ¹¹

Y es que estos autores, de un modo u otro, prestan su voz a una melancolía subyacente, callada o reprimida por el hombre contemporáneo. Lo hacen al levantar acta de la pérdida definitiva del sentido de lo sagrado, del desencantamiento del mundo; al deplorar la sustitución de la razón simbólica por la mera razón instrumental; al hacer el inventario de la gran aventura de la modernidad, y de su implosión final en la edad del vacío; al diseccionar el nuevo hombre del nihilismo y la «perfección» anodina de su mundo. ¿Nostalgia de la imperfección de las épocas anteriores, de sus verdades simples y de sus valores «fuer-

11. Michel Houellebecq: «El mundo como supermercado y como burla» (<http://biblioweb.sindominio.net>). En este artículo Houellebecq analiza la imposibilidad del hombre contemporáneo para hacerse portador de una Voluntad: «La lógica del supermercado induce [...] a la dispersión de los sentidos; el hombre de supermercado no puede ser orgánicamente un hombre de voluntad única [...]». De ahí viene cierta depresión del querer en el hombre contemporáneo [...] no es que deseen menos; al contrario, desean cada vez más; pero sus deseos se han teñido de algo un tanto llamativo y chillón [...] son en gran parte un producto de decisiones externas [...] publicitarias. Nada en esos deseos que evoque la fuerza orgánica y total, tercamente empeñada en su cumplimiento, que sugiere la palabra «voluntad».

El Estado ya no tiene nada que proponer ni ofrecer, salvo servicios sociales y el bienestar suficiente para «comprar» las próximas elecciones

tes»? La obra de estos autores puede también leerse como un homenaje póstumo al viejo mundo...

Cuando el pensar es un oficio de riesgo

En el libro de Lindenberg se manifiesta el reflejo totalitario de cierta izquierda que no busca sino la intimidación y el eventual aplastamiento del disidente. El mismo método elegido —la lista de nombres y de crímenes cometidos, acompañada de calificativos bien sonoros— tiene un claro sabor estalinista. El proceso es conocido: campaña de denigración sistemática, arrepentimientos y golpes de

Los «nuevos reaccionarios» reaccionan contra la democracia entendida como la dictadura de algunas minorías (inmigrantes, homosexuales, antiglobalizadores...) que, con el apoyo mediático, imponen su voluntad a la mayoría

pecho del acusado, y condena final a purgar los pecados en el ostracismo, todo ello en un clima de delación generalizado. En caso contrario, el reo se arriesga a comenzar un peregrinaje por los tribunales de justicia, donde afrontará las consecuencias de sus crímenes de pensamiento y de sus ofensas a minorías varias. Y tal vez algo peor. ¿A que tipo de condena equivale, en la Europa de nuestros días, la acusación de islamofobia?

Las campañas de difamación, el hostigamiento sistemático y el acoso judicial están a la orden del día para quien se atreva a abordar ciertos temas intocables, tales como la inmigración o la presencia del islam en Europa. Tal ha sido el caso de Maurice Dantec —escritor «de culto», a caballo entre la novela negra y el cyberpunk, hoy expatriado en Québec— al referirse a la islamización de Francia. O el caso de Houellebecq, por referirse críticamente al islam en una de sus novelas y en declaraciones públicas. La lista sería larga...

Malos tiempos, en la patria de la Ilustración, para los espíritus libres. Sin embargo, el exceso de celo y la torpeza del comisario político Lindenberg hicieron que el libro produjera, en cierto modo, un efecto contrario al que sus promotores esperaban. La lista de acusados era demasiado larga, la importancia de los mismos demasiado grande, la maniobra demasiado burda y el «libro» demasiado malo... Excesivos fallos. Por otra parte, estos «nuevos reaccionarios» no resultaron ser presa fácil, y demostraron no estar dispuestos a dejarse intimidar. En consecuencia, en el país vecino se produjo una cierta reacción de solidaridad con los perseguidos en esta nueva «caza de brujas». Y lo que es más importante, se produjo una novedosa toma de conciencia sobre el «matonismo» intelectual del *establishment* progresista, así como sobre las crecientes cortapisas al debate público en el seno de nuestras *modélicas* democracias. ¹²

12. A poco de aparecer el libro de Lindenberg, varios de los denunciados (Alain Finkielkraut, Marcel Gauchet, Pierre Manent, Philippe Muray, Pierre-André Taguieff, Samuel Trigano y Paul Yonnet) firmaron en el semanario *L'Express*, en noviembre de 2002, un

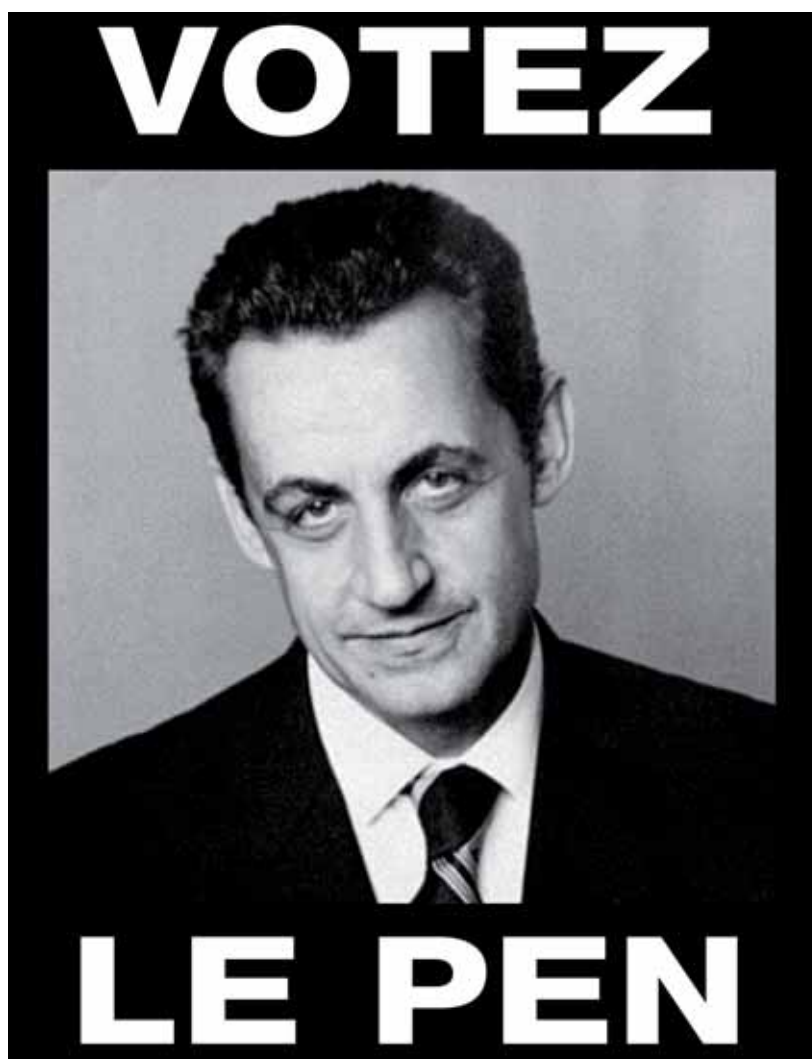


¿Nuevas convergencias para el futuro?

En realidad, no cabe asignar a este conjunto de autores, agrupados bajo la etiqueta periodística de «nuevos reaccionarios», las características de grupo o de corriente identificable como tal dentro de las «familias de pensamiento». Se trata de autores con notable disparidad de intereses y de enfoques, con diferente formación y con marcadas distancias generacionales. Entre ellos se dan tomas de posición social y políticas contrapuestas, y sus puntos de coincidencia tal vez nunca hubieran llevado a designarlos con un apelativo común, de no haber sido por Lindenberg y la amalgama realizada en su libro-denuncia.¹³

«Manifiesto por un pensamiento libre». En este texto los autores reivindicaban su derecho a inquietarse «de la indiferencia creciente de las élites que abandonan al pueblo a su suerte», y añadían que «esta caza de brujas sustituye la vana agitación denunciadora a la reflexión sobre los fundamentos y finalidades de la acción política en el mundo actual». También denunciaban el intento de los bienpensantes de «militarizar la vida del espíritu y recuperar la calurosa mediocridad del antifascismo estalinista y sus mentiras». Citado en Jean-Claude Marin: «Fièvre épuratrice dans l'intelligentsia». Dossier en la revista *Éléments* n.º 108, abril de 2003 (págs. 34-42). Para una pequeña historia de las prácticas en Francia de esta nueva «policía del pensamiento», *les Maîtres Censeurs*, J. C. Lattès, 2002. En España, el dossier de la revista *Hespérides*: «La nueva Inquisición», otoño de 1996.

13. Muchos de estos autores (la mayoría procedentes de la izquierda o extrema izquierda) se sitúan hoy en un arco ideológico que varía desde la izquierda socialdemócrata clásica a posiciones liberal-conservadoras, si bien la crítica radical que realizan de los fundam-



Cartel electoral de la izquierda según el cual votar a Sarkozy equivale a votar a Jean-Marie Le Pen.

Pero en todos estos autores, de un modo u otro, asoma un estado de ánimo común. Una estado de ánimo que se manifiesta en la crítica de la deriva que, desde

entos de nuestras sociedades les sitúan cuando menos en una posición «extravagante» con respecto a esas etiquetas ideológicas. Un punto de desencuentro importante entre muchos de estos autores son sus posiciones en política internacional: así en lo referente al peso de los Estados Unidos en el mundo, la política exterior norteamericana o la del Estado de Israel.

14. Se echa de menos una mayor presencia de todos estos temas —que podemos calificar en propiedad como «el tema de nuestro tiempo»— en el debate público español. Tal vez cuando acabemos de dilucidar si España existe o no existe, o cuando finalice el énesimo recuento de los muertos en la guerra civil.

hace unas décadas, han tomado nuestras sociedades. Deriva que ellos analizan sin detenerse ante los tabúes impuestos por la corrección política. De ahí sus convergencias. Y ahí reside su fuerza: en la denuncia sistemática del secuestro de la realidad por la ideología, de lo real por lo virtual; en el estar a la escucha de los ciudadanos y de sus preocupaciones reales. Porque, cuando la ideología oficial al servicio de las élites transnacionales quiere forzar la realidad a encajar en su modelo de mundo feliz, la realidad no siempre se somete. ¿Es la realidad reaccionaria?

En Francia donde siempre aparecen los primeros signos de las tormentas venideras. Francia es el laboratorio de las ideas que han

incendiado Europa. ¿Fue solamente la polémica sobre los «nuevos reaccionarios» una nueva trifulca en los salones, siempre agitados, de la inteligencia parisina? Tal vez sí. ¿Puede haber sido el síntoma de fuerzas más profundas que trabajan en el seno de la conciencia europea? En ese caso, tal vez estemos ante los primeros signos de que, más allá de la vieja división entre la izquierda y la derecha, se dibujan nuevas convergencias que apuntan al futuro. Cuando la reacción se hace más subversiva que conservadora, de la reacción a la revolución no hay más que un paso. La Historia siempre está abierta.¹⁴

Rodrigo Agulló es licenciado en Derecho y diplomado en Relaciones Internacionales. Simultanea su trabajo en una consultoría internacional con la crítica literaria y de ensayos en diversos medios nacionales y extranjeros.

Entrevista con Jesús Laínz

Han robado la historia de Cataluña y Vasconia



Javier Ruiz Portella

Los nacionalismos vasco y catalán se basan en la mentira. Desde su aparición, con motivo del Desastre del 98, han manipulado la historia y las personalidades de sus regiones para tratar de inventarse unas identidades distintas de una España caricaturizada. Jesús Laínz ha estudiado la historia que los Sabino Arana y Prat de la Riba, así como sus discípulos, han ocultado.

—La principal impresión que uno siente al concluir la lectura de tu libro *La Nación falsificada*¹ es una profunda desazón. Uno se queda como aplastado bajo un gran peso: el de la colosal patraña sobre la que se asienta la vida de nuestra nación —o lo que de ella queda. El lector, incluido aquel que aún ama a España, que aún se siente concernido por nuestro destino colectivo, se queda abrumado al constatar cómo esta orwelliana falsificación de nuestra historia y de nuestra identidad lo marca todo..., incluso a él mismo. Porque todos —insisto, incluso los antiseparatistas— estamos vagamente convencidos de que nuestro conflicto nacional es algo que viene de lejos, como mínimo de 1714, si es que no de más atrás. Unos lo lamentamos con pesar, otros lo celebran con júbilo, pero todos creemos que vascos y catalanes son gentes que, desde muy antiguo, por no decir desde siempre, se han alzado en contra de lo español; son gentes que para afirmar la peculiaridad de

su lengua y de su idiosincrasia han renegado de su pertenencia a lo español. Y sin embargo... ¿Podrías en pocas palabras explicarnos por qué ello no es en absoluto así?

—Porque, desde que a finales del siglo XIX, con la excusa del 98, arrancaron los fenómenos separatistas como rechazo a una España en grave decadencia, no se ha dado una contestación contundente al artificio ideológico que han ido creando para intentar legitimar en el pasado sus aspiraciones para el futuro. Evidentemente, como decía aquel añorado programa de Sánchez Dragó, todo está en los libros: la obra de Menéndez Pelayo, Sánchez Albornoz, Menéndez Pidal y tantos otros no se escribió en vano, y en sus muchas y maravillosas páginas cualquiera puede encontrar la verdad histórica de España. Pero dichas obras de erudición no han tenido efecto político alguno, mientras que las patrañas de Sabino Arana, Prat de la Riba y sus seguidores, sí, pues los partidos políticos que las sustentan han sabido propagarlas de forma magistral, por muy necias que sean. En toda la



Arriba, moneda de plata acuñada en 1642 en Barcelona con la cara del rey francés Luis XIII. Abajo, portada de un libro de alabanza a la armada francesa, editado en Barcelona en 1641.

1. Jesús Laínz, *La Nación falsificada*, Encuentro, Madrid, diciembre de 2006, 517 páginas. Ilustraciones de Julen Urrutia.



historia de España no hubo ni un solo catalán, ni un solo vasco que no se sintiera, que no se supiera español. Para eso hay que esperar a la creación de las adulteradas «conciencias nacionales» vasca y catalana surgidas del laboratorio de los nacionalismos finiseculares, que transportaron retroactivamente los esquemas mentales y las modas de los separatistas de hoy a los vascos y catalanes de siglos pasados. Pero échese un vistazo, por ejemplo, a las memorias de Jaime I el Conquistador y podrá verse lo que opinaban los catalanes sobre España ya en aquel lejano siglo XIII; o a los versos de Alonso de Ercilla sobre Lepanto y la campaña contra los araucanos; o a la proclama de Casanova el 11 de septiembre de 1714, que ningún nacionalista catalán conoce; o a los cantos, versos, discursos y proclamas de los catalanes durante las guerras de la Convención y la de la Independencia; o los poemas dedicados por los versolaris vascongados a dichas guerras y a las carlistas, así como a las de África y Cuba, versos que, evidentemente, se ocultan cuidadosamente a los escolares y al público en general.

Además, los españoles somos muy aficionados a regodearnos en nuestra leyenda negra, así que la hispanofobia está servida, incluso entre quienes no sean separatistas. Ahí se entronca, por ejemplo, la ya larga tradición izquierdista de rechazo de la nación española. Por todo esto, el pueblo español es un pueblo desmemoriado. Si se conociera a sí mismo no estaría en la actual situación. Y si los vascos y los catalanes conocieran de verdad su historia, los separatismos no existirían.

—Cuando uno piensa en toda esa inmensa cantidad de gentes, pensadores, literatos, militares, sin olvidar al pueblo llano, que van desfilando por las páginas de tu libro; cuando uno se da cuenta de lo que fueron



Escena del combate de Montjuic en la guerra de los Segadors en el que fueron derrotadas las fuerzas del marqués de Vélez. La Cataluña que se alzó en 1640 contra los planes unificadores de Felipe IV pidió ayuda al mucho más centralista rey de Francia. Al final, los catalanes, escarmentados, prefirieron volver a ser parte de la Corona de España.

capaces todos esos españoles para quienes el entroncamiento con su nación era cosa decisiva, vital; cuando uno piensa en particular en estos catalanes y vascos que, frente al invasor francés fueron los primeros, tu libro lo deja clarísimo, en alzarse en defensa de «Dios, la Patria y el Rey»; cuando uno piensa igualmente en todos los demás españoles

En toda la historia de España no hubo, hasta finales del siglo XIX, ni un solo catalán, ni un solo vasco que no se sintiera español

que reaccionaron en todas partes por igual; cuando uno recuerda, por un lado, a nuestros antepasados... y piensa, por otro, en los blandengues españolitos de hoy para quienes la palabra «heroicidad» es simplemente repulsiva; cuando uno piensa en esos bien nutridos señoritos incapaces de sentir la menor inquietud colectiva, de mover un solo dedo frente a un separatismo que nos amenaza mucho más gravemente hoy que ayer Napoleón, ¿cómo no acabar diciéndonos que esta gente no es la misma, que nos la han cambiado, que aquí se ha producido una brutal mutación histórica?

—Evidentemente, si España no fuese una nación en intensa decadencia, no tendría su existencia futura al borde del precipicio. Esto sólo les pasa a los pueblos débiles, y España lo es. De nada sirve dar la espalda a la realidad.

El narcisismo no sirve de nada. La debilidad física, intelectual y espiritual de España es manifiesta, sobre todo si la comparamos con la España de otras épocas, orgullosa, vital y atrevida. O con otros países en los que aún se conservan ciertas virtudes viriles que aquí se desprecian, como Gran Bretaña o los Estados Unidos. Aunque en los llamados países de nuestro entorno las cosas tampoco difieren tanto. La enfermedad moral que tiene a la vieja España postrada en el lecho de la impotencia y el auto-odio también la padecen, en mayor o menor medida y en una u otra variante, todos los países europeos. Fijémonos, por ejemplo, en el lamentable separatismo escocés que les está saliendo a los británicos, en el incierto futuro de Bélgica o en el interminable y espinoso debate sobre la multiculturalidad que agita a toda Europa y a los Estados Unidos. Es una enfermedad occidental. Sobre ella ya escribieron hace décadas muchos insignes autores, como Nietzsche, Spengler o Le Bon. Y hoy, cada día más, insisten en ello personalidades de los más diversos campos e ideologías, desde el compositor Penderecki o la periodista Oriana Fallaci hasta el pro-

pio Papa, quien hace unos pocos días ha denunciado, una vez más, la voluntad de morir que demuestra Europa con intensidad creciente.

—Volviendo a la cuestión estrictamente vasca y catalana, hay en tu libro algo que no dejará de asombrar a más de un lector acostumbrado a los planteamientos maniqueos y simplistas. Resulta que tu libro emprende el más demoledor ataque contra los postulados del nacionalismo catalán y vasco. Y, sin embargo, este ataque lo efectúas... en defensa de la identidad, la historia, las raíces de catalanes y vascos, defendiendo —dices— «su innegable personalidad frente a quienes la ocultan y menosprecian». ¿Podrías explicarnos esta aparente paradoja?

—No es una paradoja. Los principales enemigos de lo que ellos llaman tan obsesivamente «identidad» vasca y catalana son los nacionalistas vascos y catalanes.

Los principales enemigos de la «identidad» vasca y catalana son los nacionalistas vascos y catalanes

¿Cómo se puede defender una identidad, si para ello no se hace otra cosa que mentir, falsificar, ocultar y manipularla diariamente en el parlamento, la prensa, la universidad, la televisión, las escuelas, los libros y hasta los comics? La identidad que salga de esa sonrojante campaña de falsificación no puede ser otra cosa que una identidad falsa, un esperpento, un insulto contra la inteligencia y la decencia. Si algún día los ciudadanos vascos y catalanes consiguieran despertar de la *alzheimerización* colectiva a la que han sido sometidos por los nacionalistas, éstos iban a tener que salir corriendo de miedo y vergüenza.

—Quiénes ocultan y menosprecian hoy la innegable personalidad de catalanes y vascos son todos estos separatistas que se ven obligados a falsificar su propia historia —



a silenciar, por ejemplo, el profundo espanyolismo de pretendidos iconos de la «resistencia antiespañola» como Rafael Casanova, Verdager, Zumalacárregui o Iparraguirre. Pero no privemos al lector del placer de descubrir lo que dice de España un Jacinto Verdager, o lo que pasó el famoso 11 de septiembre de 1714 cuando —pretenden los engañabobos— un Rafael Casanova, «héroe nacional de Cataluña», combatió hasta la derrota contra la «opresión española». No quiero preguntarte sobre ello, sino sobre lo siguiente. Como antes decías, esta falsificación constituye el mayor menosprecio hacia la historia y la identidad de catalanes y vascos. Ahora bien, ¿no se debe reconocer que en otros momentos el menosprecio vino por parte de un centralismo cerril y jacobinista, incapaz de comprender y aceptar la riqueza que representa la multiplicidad de lenguas y personalidades de España? En tal sentido, aludes por ejemplo a la oportunidad que en el siglo XIX se perdió con la Mancomunidad de Cataluña. ¿No crees, sin embargo, que aún mayor fue la oportunidad perdida por un franquismo que, si lo hubiese querido, habría podido hacer las cosas de manera profundamente distinta? ¿Cómo olvidar, por ejemplo, que la victoria de la España nacional había sido apoyada con la mayor de las entregas por la que históricamente fue la principal fuerza catalanista: la Lliga de Cambó?

—Los errores y la obcecación han sido muchos, y el inoperante centralismo deci-

monónico causó bastantes de los problemas que luego se enquistaron. El indebido tratamiento dado al evidente bilingüismo de Cataluña fue, por ejemplo, causa de no pocos agravios que no hicieron sino enconar la cuestión. Pero los nacionalistas catalanes y vascos de hoy han aprendido muy bien de sus maestros franquistas, y ahí están repitiendo el error, esta vez en sentido contrario. Algunos nunca aprenderán.

—¿Podemos concluir con alguna nota de esperanza... o no hay lugar, en nuestra España de hoy, para la esperanza? El Adiós, España con que titulabas irónicamente tu anterior libro, ese gran éxito editorial, sería



Jesús Laínz (Santander, 1965): abogado. Es columnista de *El Semanal Digital* y autor de dos libros de éxito sobre la manipulación de la historia por los nacionalistas, *Adiós España* y *La nación falsificada*, publicados por Encuentro.



Página anterior: buque real junto al puerto de La Habana, en el siglo xvii.
Los soldados y marineros vascos figuran entre los principales forjadores del Imperio español.

A la derecha: el presidente de la Generalitat en el exilio, Josep Tarradellas, habla a la multitud a su regreso a Cataluña el 23 de octubre de 1977.

Abajo: manifestación de la Diada el 11 de septiembre de 1976 en Barcelona. Ninguno de los manifestantes sabía —ni sabe— que el 11 de septiembre de 1714 Rafael de Casanova llamó a los barceloneses a luchar «per son Rey, per la patria y la llibertat de tot Espanya».

Sobreimpresa, la portada del libro de Jesús Lainz.



tal vez un adiós inapelable? O viendo por el contrario lo sucedido estos últimos años, viendo la forma en que una parte considerable de la sociedad española está reaccionando por fin ante la destrucción de nuestras señas de identidad, ¿no cabe considerar que el aparente «adiós» encubre en realidad un inminente «renacer»? Cuando, hace cosa de un siglo, unos reducidísimos núcleos de intelectuales y políticos nacionalistas comenzaron en Cataluña y las Vascongadas lo que tú llamas su magistral labor de falsificación histórica, ¿no se encontraban, como ellos mismos reconocían, en una situación de extrema marginación social?

—El tiempo dirá. Yo no soy ni optimista ni pesimista. Estoy a la expectativa. Francamente, me considero incapaz de avanzar un pronóstico. El futuro está en nuestras manos, y será como nosotros nos lo fabriquemos. Los vascos, los catalanes y todos los españoles habrán de estar a la altura de las circunstancias si quieren sobrevivir como sociedades caracterizadas por una cultura arraigada en muchos siglos de historia. Los problemas a los que habremos de enfrentarnos —a los que nos estamos enfrentando ya— no son pocos ni pequeños. Si sabemos encararlos con firmeza, inteligencia y energía, los venceremos. Si no, los españoles, los vascos y los catalanes —todos sin excepción— no tardaremos en pasar a la categoría de recuerdo. ●





La derrota que salvó a Europa

Fernando Anaya

HE de reconocer que *La tumba de Leónidas* de Josep Carles Laínez me ha concedido, además de un aprendizaje de hechos históricos, un hallazgo literario. El peligro de escuchar a un poeta hablando de Historia es que nos puede dejar sin aliento.

El acontecimiento sobre el que se cimienta el libro es conocido por todos: Leónidas, rey de los espartanos, conduce a una muerte segura a los suyos al paso de las Termópilas (480 antes de lo que Laínez llama «la era vulgar»).

Su objetivo era bloquear al ejército persa de Jerjes. Un contingente de siete mil guerreros hizo frente a trescientos mil asiáticos, y aun así fueron abatidos por una traición y desde la cobarde distancia que otorgan las flechas.

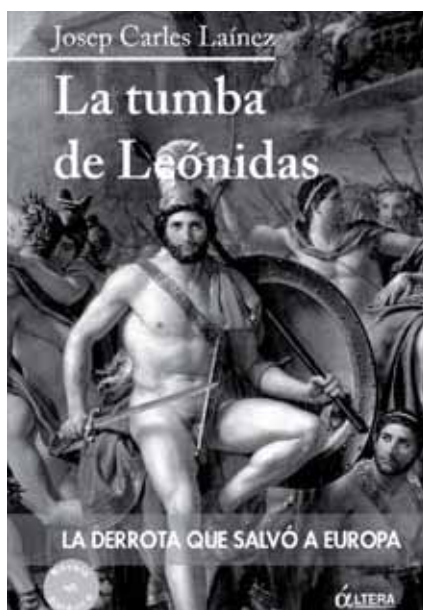
Su sacrificio no fue en vano, ya que la sangrienta contención permitió organizar la escuadra que, posteriormente, vencería en Salamina.

No nos referimos a meras escaramuzas arcaicas sino, sencillamente, a hechos fundacionales de Europa.

Sin embargo, si *La tumba de Leónidas* se hubiera limitado a ser un relato de circunstancias, estaríamos ante otra radiografía más, aséptica, de unas batallas intrascendentes para todo utilitarista.

Queda ello muy lejos de la intención del autor que, atizando su estribo de poeta, trasciende la cita histórica para convertirla en angustia vital.

Por ello, emplazo al lector al repaso de los sucesos que originan este libro a cambio de hacer míos los silencios que



En el año 480 a.d.C., el ejército persa acometió con miles de hombres la invasión de Grecia. Esparta, coaligada con Atenas, se enfrentó al invasor asiático por medio de un ejército capitaneado por su rey Leónidas. Con sólo trescientos guerreros, sus fuerzas eran netamente inferiores, aunque parecían suficientes para detener la primera acometida persa. Sin embargo, una traición condujo a los soldados de Jerjes a la retaguardia de los griegos, a los que aniquilaron por completo. Pese a ello, el sacrificio de Leónidas y sus guerreros acabó convirtiéndose en una victoria para Grecia. Al haber retrasado el avance persa, resultó clave para que el ejército invasor acabara derrotado en Salamina, evitándose lo que hubiese representado, para el futuro de Europa, la dominación persa.

se propagan por sus páginas y que, por suerte, pasarán inadvertidos a los estudiantos de lo visible.

En la Esparta de hoy, desde una habitación de hotel, en la absoluta quietud que requiere el nerudiano ritual de sus piernas,

nuestro cronista de altos vuelos acepta la dolorosa evidencia de haber llegado tarde a la concentración de los héroes.

Y recorre la ciudad, que es igual a todas, con sus restos de épocas mayores camuflados por el asfalto y la ignorancia.

Y duda en demorarse ante cada fotografía que recuerde su paso, diferenciándose así de cualquier recopilador compulsivo de postales, porque el poeta no fue a Esparta para eso sino para demostrar que el tiempo, a veces, puede llegar a ser más que una acumulación secuencial de actos.

La conclusión de tanto trasiego por sus calles le aturde: en Esparta, al igual que en el resto de Europa, ya nadie recuerda.

Horroriza pensar que el verdadero verdugo de Leónidas es la senilidad de sus herederos.

La Poesía es el oráculo de la Historia y Laínez lo sabe, por eso resulta un sujeto tan peligroso para los esclavos de lo evidente.

Busquemos cada respuesta en sus presagios y dejemos a los antólogos de timbre oficial que mantengan su tono monocorde de enciclopedia burguesa, porque no será su «Historia» la que redima a los buscadores de la luz.

La tumba de Leónidas es el recuento a solas de una derrota de la que todos participamos. ●

La tumba de Leónidas. Áltera, octubre de 2006, 128 p., 15 €, www.altera.net. Tel. 902 151 842 (venta directa)



¡Dé a conocer *El Manifiesto* entre sus amigos!

Estamos seguros de que, entre sus amigos, habrá personas a las que les gustaría conocer *El Manifiesto*. Si nos proporciona sus direcciones, les enviaremos con mucho gusto un ejemplar atrasado de la revista. A usted se lo agradecerán.

- Nombre..... Dirección
- C.P. Localidad
- Nombre..... Dirección
- C.P. Localidad
- Nombre..... Dirección
- C.P. Localidad
- Nombre..... Dirección
- C.P. Localidad

En cumplimiento de la ley 15/1999, sus datos serán incluidos en nuestros ficheros, inscritos en el R.G.P.D., cuyo responsable es Altera 2005, S.L. con CIF B-3739650. La finalidad es la gestión comercial de los clientes y el envío de publicidad. Usted declara estar informado de lo expresado aquí y se compromete a tener actualizados sus datos. En caso de que usted, como interesado, no dé su consentimiento, será imposible mantener con usted cualquier tipo de relación comercial. En cualquier caso, podrá ejercitar gratuitamente los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose a Altera 2005 S.L., C./Trafalgar, 10, 2º-1ª, 08010 Barcelona.

No deseo que mis datos sean empleados para recibir publicidad de otros productos de Altera 2005 S.L. o de otras entidades a las que ésta pudiera comunicar tales datos (marque con una «X» si así lo desea).

Principales librerías en las que se vende *El Manifiesto*

Popular (**Albacete**), 80 Mundos (**Alicante**), La Central, La Casa del Libro, Mitos (**Barcelona**), Casa del Libro (**Bilbao**), Babel (**Castellón**), Ali Truc (**Elche**), Ambra (**Gandía**), Babel (**Granada**), Más de Libros (**Huesca**), Vara del Rey (**Ibiza**), Canaima, Libro Técnico (**Las Palmas de Gran Canaria**), Casa del Libro, FNAC (**Madrid**), Pau (**Menorca**), Diego Marín (**Murcia**), Ojanguren, Cervantes (**Oviedo**), Embat (**Palma de Mallorca**), Michelena (**Pontevedra**), Cervantes, Víctor Jara (**Salamanca**), Bilintx (**San Sebastián**), Lemus, La Isla (**Santa Cruz de Tenerife**), Estudio (**Santander**), Follas Novas, Encuentros (**Santiago de Compostela**), Beta Imperial (**Sevilla**), Soriano, Paris-Valencia (**Valencia**), El Margen, Oletum (**Valladolid**), Casa del Libro, Arriaga (**Vitoria**), Librería General, Librería Central (**Zaragoza**).

RESPUESTA COMERCIAL

Autorización N° 16896
B.O.C. n° 85 de 6/11/1998

NO
NECESITA
SELLO

A franquear en
destino

Apartado n° 603 FD
08080 BARCELONA